

ESCUELA DE ENFERMERAS
"CARLOS VAN BUREN"

ESCUELA de ENFERMERAS
Biblioteca
Carlos Van Buren

BIBLIOTECA ESCUELA DE ENFERMERIA
"CARLOS VAN BUREN"
ESTE LIBRO PERTENECE A LA MATERIA
Literatura y Clínica
REGISTRADO EN EL INVENTARIO BAJO LA
LETRA E Y N. 13

Del Autor

Al Calor de Terruño.—Versos.—1911

El Bordado Inconcluso.—Teatro.—1913

La Música que Pasa.—Versos.—1915

Cielo de Provincia.—Apuntes.—1915

Claridad.—Versos 1917

Nuestra Vida Vulgar.—Apuntes.—1917

Los Momentos.—Versos.—1918

Palabras de Gaspar Max.—Apuntes.—1919

Las Montañas Ardientes.—Versos.—1919

La Luna Enemiga.—Novela.—1920

Los Horizontes.—Versos.—1922

Un Año de Inquietud.—Versos y ensayos.—1924

Calumnias.—Crónicas.—1925

Las Mejores Poesías.—Selección de la Editorial Cervantes.—Barcelona.—1926

Manzana Prohibida.—Crónicas.—1926

Memorias de un Chiquillo de Provincia.—Crónicas.—1927

Las Instantáneas.—Crónicas.—1927

Andanzas de un Cronista de Teatro.—Crónicas.—1927

Viento Sur.—Viajes.—1929

e. 13.

Daniel de la Vega

P
V422
c.1

SUS MEJORES POEMAS

Selección de Roberto Meza Fuentes

813



Nascimento

Santiago 1930 Chile

Ku 12124

R. 1021

Impreso en los Talleres de
la Editorial Nascimento,
= Ahumada 125 =
Santiago de Chile.

PREGÓN

Si existe en Chile un escritor que no precisa para nada la presentación de nadie, ese es Daniel de la Vega, que lleva ya quince años en las columnas de la prensa, entregando día a día, a la voracidad de sus lectores, el nardo cotidiano de su firma.

Sin embargo, por un capricho de su corazón, quiere Daniel que sea mi mano ruda y fraternal la que levante la tapa de su cofre.

Capricho de maharajá, que antes de ir hacia la multitud, arropado en su magnífico atavío, echa adelante un pregonero desnudo, sin otra música que un desollado tamboril.

El gran poeta que hay en de la Vega—profundo y claro, delicado y viril, humilde y suntuoso—queda estampado de cuerpo entero en «Sus mejores Poemas», lo que me ahorra insistir sobre los valores de su poesía, que por otra parte, admiro apasionadamente.

Pero sí quiero deciros que este hombre taciturno, pálido y alto—que como el Príncipe danés viste de oscuro—que fuma con tal parsimonia que, en sus labios desdeñosos, el cigarrillo parece apagado; que marcha sin prisa como con ganas de llegar a ninguna parte, es un hombre engañoso: se va quemando por dentro lo mismo que el cigarrillo.

Se encubre de aparente frialdad, bajo una máscara de ceniza, para esconder y conservar mejor el ascua viva de su espíritu, el recóndito fuego que caldea sus páginas con calor de humanidad, con ardor moceril, con rescoldo de amores antiguos.

En el verso, en la novela, en el artículo periodístico, en toda su labor afiebrada de fecundo escritor, ha man

tenido un estilo propio, personalísimo, donde también persiste su afán de tapar la brasa.

En esa ironía que no llega al sarcasmo, en ese humorismo que no cae en lo cómico, la red de su estilo trabaja por encubrir con una malla reidora, los ardidos sentimientos que, en el fondo, fulguran como resbaladizas oyas de rubíes

Ah! yo sé bien, amigos míos, que Daniel es un gran pecador; y lo que es peor aún: que es un gran pecador empedernido.

Aparte los que enumera, cataloga y pena la Santa Madre Iglesia Católica, lo ganan y contristan otros pecados, no por ilusorios menos tenaces, en los que persevera con el favor de Dios y la vehemencia que santifica todos sus malos pasos.

Ama el sitio lejano donde nunca estuvo, o donde ya no puede regresar jamás; lo que no tiene, lo que ha perdido; lo que presiente que ya no podrá ser.

En su bohemia juvenil lo desgarró el deseo, y en la noche de música—a esa hora en que todas las mujeres se recuerdan bellas, quiso tener dos corazones y una voz tan alta que asustara a los astros.

La vida nos va haciendo tolerantes y contemporizadores y entretanto nos roba la fe; pero Daniel lo ignora y sigue siendo el Soñador.

Su piragua navega todavía sobre el río infinito y él—bogador incansable—continúa contemplando la montaña sumergida, el azafrán de la tarde y las flechas agudas de los pájaros. Porque la piragua pasa, la montaña se borra, la tarde se muere y los pájaros se van.

Pedro Sienna.

LA MÚSICA QUE PASA

En tanto que nosotros comprábamos mujeres,
y a nuestro pie la gloria ofrecíase esclava,
y era nuestra jornada hoguera de placeres,
el musulmán oraba.

Fundieron nuestras manos las ciudades de acero,
el timón de los aires y el sonoro cañón.
Navíos, libros, puentes, filosofías,
pero nos falta la oración.

¡Oh, ramo de jazmines! Aún estás lejano
y ya nos estremece la onda de tu aroma.
Entra a esta penumbra. Asomará tu mano
por donde el sol asoma.

POST SCRIPTUM

Ya es hora de que yo pare mi barca y hable.
Viajero del crepúsculo, divino y miserable,
volqué mi verbo en llamas y dije lo inefable.

Tantas estrellas tristes arrojo a la corriente,
que nadie ha conseguido medir mi ofrenda ardiente.
¡La vida en contar astros gastará el que lo intente!

Desdeñoso Caronte, de pie en mi barca fuerte,
voy por aguas de sombras, remando hacia la muerte.
Yace bajo mis plantas una sirena inerte.

En su frente sin vida queda aún altivez,
y oro viejo en su fina extremidad de pez.
Era mi juventud. Yo la maté una vez...

¿Solitario? Este verso estrellado
y el silencio acompañan mi barco inesperado.
Constelaciones nuevas van rodando a mi lado.

De mi labio ha caído el himno de cien modos.
Guerreros y mujeres, ascetas y beodos,
¡mi verso es vasto para recogeros a todos!

Mi verbo es pensador, sensitivo, haragán,
trapacero y apóstol, pierrot y capitán.
Tendrá que ir solitario. No lo perdonarán.

¿Y qué importa? Es tan breve este viaje divino,
que es pecado enturbiar con riñas el camino.
Sólo el tiempo dirá si es eterno mi vino.

Dice el Eclesiastés: —Todo pasa. El cantar
y la piedra. —Infinitas barcas se tragó el mar.
Iban locas, en fiestas. Yo las miré pasar...

Y ya no serán nunca. Sus claros aparejos
hoy viven vagamente en los recuerdos viejos.
Serán nostalgias para los que vamos muy lejos.

Sigamos arrojando belleza a la corriente.
Tanta, que nadie logre medir la ofrenda ardiente.
La vida en contar astros gastará el que lo intente!

OFRENDA A JESUS

Jesús Nazareno, tú que los querías,
tú que los buscabas, tú que defendías
las blancas mañanas de sus alegrías,
tú que a tus hermanos siempre les decías:
«Dejad a los niños que vengan a mí»...
toma este florido rayito de luna,
carne de mi carne, sin mancha ninguna,
candorosamente dormida en su cuna,
Jesús Nazareno, te la entrego a tí...

Te pido que nunca la dejes perdida
en las fragorosas aguas de la vida.
Está por tu propia sangre redimida.
¡Jesús Nazareno, te la doy dormida!
Su corazoncito también está así...
Su madre ha querido que te la dé plena.
Tómala así humilde, tómala así buena,
tómala, maestro, por ella y por mí...

Su madre ha querido que te la dé plena.
Haz que sea dulce, haz que sea buena,
haz que sea un rayo de luna serena
sobre las angustias de nosotros dos...

Yo quiero que sea su fe la más viva,
yo quiero que sepa mirar hacia arriba
con hambre de altura, de lumbre, de Dios...

Tómala, maestro, tómala inocente,
quiero que te rece fervorosamente,
y que en las mareas de su vida ardiente
ame humildemente, ame dulcemente,
todas esas cosas que su padre amó...
Y tú, Jesús, déjale esas ilusiones,
esas alboradas, esas devociones,
esas alegrías, esas oraciones,
esas inquietudes que he perdido yo...

Señor Jesucristo, es mala la vida...
Señor Jesucristo, la fe está perdida,
la esperanza muerta, muerta la ilusión...
Tú, Jesús, apártala de nuestros abrojos,
y quema sus labios y alumbra sus ojos
con el evangelio de tu corazón...

Toma este florido rayito de luna,
es rosa de sangre, sin mancha ninguna,
Jesús Nazareno, tómala en la cuna,
Ella me ha pedido que te la dé así...
Es luz de nosotros, es luz de mi vida.
Tómala, maestro, ¡te la doy dormida!
Tómala, maestro, ¡por ella y por mí!...

YA SE VA LA FARANDULA...

Vieja tienda bohemia, te dejamos! Mañana
se irá por el camino la alegre caravana,
pájaros que persiguen el temblor de una estrella,
nosotros los gitanos, nos marchamos con ella...

Cuando suenen lejanas nuestras últimas voces
y los pañuelos blancos te manden sus adioses,
en ti han de sollozar recuerdos angustiados
de músicas dormidas y aplausos apagados.

Vieja tienda bohemia, en nuestra alma pusiste
la emoción angustiosa de tu música triste,
y ahora resucitan con un dolor sereno
esos valses oídos en las noches de estreno...

Nos vamos! Tal vez nunca nuestra suerte consiga
volvernos a juntar bajo esta tienda amiga...
La farándula loca ya dispersa y dolida
va a perderse en la inmensa soledad de la vida...

Gitana, ¿tienes pena? Consúelate, gitana,
que el cariño nos une y el dolor nos hermana,
y en la quietud piadosa de este amor que bendigo
cuando tú tengas pena yo lloraré contigo...

Ya se va la farándula! Gitana, dile adiós
a la tienda que fué techumbre de los dos.
¿Te entristece la música de nuestra caravana?
Ahora vas conmigo... consúelate, gitana!

No importa que se acerquen los días dolorosos
y la melancolía te asalte en la jornada.
¡No importa! Ahora tienes mis hombros amorosos
donde inclinar tu triste cabecita adorada...

Ya se va la farándula! Sonrisas, carcajadas...
pero debajo de ellas hay flores deshojadas...
La farándula loca ya dispersa y dolida
va a perderse en la inmensa soledad de la vida...

Vieja tienda bohemia, tus más humildes cosas,
en las pasadas noches vibrantes y olorosas,
sintieron nuestros sueños y oyeron nuestras charlas...
Yo no podré olvidarlas... Yo no podré olvidarlas...

Farándula risueña, aunque las sendas cruces
dichosa, evocarás con intensa emoción,
cuando se marchó el público y apagaron las luces
después de terminar la última función...

Ya se va la farándula, ya se va! Apasionado
te contaré la historia de mi ensueño sonoro,
tanto tiempo escondido, tanto tiempo callado...
¡Algún día sabrás desde cuando te adoro!

—Nos vamos, ¡adiós vieja tienda bohemia! Adiós
vieja tienda que fuiste techumbre de los dos...
La farándula loca ya dispersa y dolida
va a perderse en la inmensa soledad de la vida!...

IN MEMORIAM

Mujeres que nunca quise,
mujeres que no amé nunca,
como un castigo aquí dentro
llevo vuestra misma angustia.
Mujeres que nunca quise,
mujeres que no amé nunca!

Cuando camino de noche
canturreando penas viejas,
vuestro recuerdo aparece,
por las callejas estrechas
hablándome de esas bocas
que sentí pasar tan cerca!

Mujeres que nunca quise,
mujeres que no amé nunca,
mujeres de labios tristes
devotas de la armagura.
Mujeres que nunca quise,
mujeres que no amé nunca!

Pasasteis al lado mío,
me ofrecisteis vuestros besos,
me disteis flores y citas
bajo las noches de Enero,
y me lo dijisteis todo
en el adiós de un pañuelo!...

Mujeres que nunca quise,
mujeres que no amé nunca,
mujeres de noches blancas
que acariciaron mis dudas...
Mujeres que nunca quise,
mujeres que no amé nunca...

Os amo como amo todo
lo que ya no ha de ser mío,
y tenéis todo el encanto
de las cosas que no he dicho,
de los besos que no he dado,
de los versos que no he escrito...

Mujeres que nunca quise,
mujeres que no amé nunca,
mujeres que deshojasteis
mis alegrías, las últimas...
Mujeres que nunca quise,
mujeres que no amé nunca!

En la noche de los jueves
cuando suena la retreta,
rememoro amargamente
vuestro piano, vuestra pieza,
y el libro de poesía
abierto sobre la mesa...

Mujeres que nunca quise,
mujeres que no amé nunca,

mujeres que leen sueños
en el misal de la luna...
Mujeres que nunca quise,
mujeres que no amé nunca!

Cuando en mis locas vagancias
voy rezongando alegrías,
en ojos de otras mujeres
suelo hallar vuestras pupilas
pero estas otras son otras...
No me miran! No me miran!

Mujeres que nunca quise,
mujeres que no amé nunca,
mujeres de ojos enfermos
de cosas hondas y ocultas...
Mujeres que nunca quise,
mujeres que no amé nunca!

Cuando la luna me mira
por detrás de algún tejado,
resucitan vuestros nombres
temblorosos en mis labios,
y brotan como oraciones
de la emoción del pasado!

Mujeres que nunca quise,
mujeres que no amé nunca,
mujeres que aman los rezos
del breviario de la angustia.

Mujeres que nunca quise,
mujeres que no amé nunca!

Sois en mi vida aturdida
como una página blanca,
como la música loca
de una sonata ignorada,
como un dedo sigiloso
sobre una boca cerrada.

Mujeres qun nunca quise,
mujeres que no amé nunca,
mujeres de alma profana
que ofician cultos de angustias...
Mujeres que nunca quise,
mujeres que no amé nunca!

MISERERE SENTIMENTAL

Mi muertecita rubia que vive todavía
me ha dejado en los ojos la humedad de un adiós,
y en la melancolía de mis meditaciones,
un aroma angustioso como el de una oración.

Era alegre. Era pálida. Era triste. Era mía...
La suelo sentir cerca cuando va a atardecer,
con sus risas, sus flores, sus gestos, sus modales;
y el trajecito negro como cuando se fué...

¡Oh! el desfile sereno de las tardes felices!
Sus violetas, su piano, mis versos, el balcón...
Y esos graves silencios en que se sumergía
como si se olvidara de la conversación...

Después los largos ratos que pasábamos mudos
y los presentimientos volando entre los dos...
¡Y luego aquella noche!... Besé su boca muerta
y celebré un velorio dentro del corazón...

Qué linda era mi muerta! Por mis horas tranquilas
pasó serenamente como una ensoñación,
y hoy cuando en otras bocas suelo encontrar su nombre
solloza el ritornelo de una vieja emoción.

Quedamente mis rimas, quedamente mis rezos
voy dejando en el lento gotear de mis días,
no han de llegar a ella y por eso yo arrastro
quedamente mis versos, quedamente mis rimas.

Cuando vuelvo de noche por las aceras viejas
rumiando interiormente mi vida ingenua y gris,
me parece que escucho que cariñosamente
sus pisaditas breves vienen detrás de mí...

Y camino y camino. La luna me persigue
por sobre los tejados con algo de obsesión,
y al pensar en mi muerta que vive todavía
siento que hay en mis ojos una humedad de adiós!

DEVOTAMENTE A TI

Dame la mano, amada, vámonos lentamente,
por la senda sombreada de los días felices,
dame la mano, amada, vámonos lentamente
conversando de muchas cosas tristes...

Da tu adiós a las calles y a las cosas ruidosas
donde canta el sonoro gorrión del regocijo,
dame la mano, amada, vámonos lentamente
perfumando el silencio del camino.

Tú, amada, eres un blanco milagro en la jornada,
un reposo, una senda,
un árbol en la linde de un camino
y una queda canción de primavera.

Cogidos de las manos te rezaré ferviente:
Te amo cuando te ríes, te amo cuando meditas,
te amo cuando me llamas,
te amo cuando me olvidas.

Te recuerdo en mis dudas, te recuerdo en mis gozos,
y cuando me hallo triste, y cuando me hallo solo.
Venero tus silencios, venero tus palabras,
y tus ojos serenos, y tus manitas blancas.

Te amo porque sonríes y porque sueñas siempre
y porque hablas de todo amarga y locamente,

porque sabes reír, porque sabes pensar,
porque sabes querer, porque sabes llorar.

De mi breviario amante he sacado este rezo
musical y ferviente,
y te lo he de decir, con las manos unidas,
melancólicamente, melancólicamente...

Y después de rezarte te besaré en la boca
para que el beso sea como una comunión,
y después seguiremos por el blando camino,
amándonos, besándonos, tomándonos los dos.

Por la acera sombreada de los días felices
echemos a rodar nuestro cariño siempre
humildes, ignorados, silenciosos, felices...
dame la mano, amada, vámonos lentamente.

ESCUELA de ENFERM... Biblioteca Carlos Van Buren

¿TE QUEMARAS TAMBIEN?

¡Qué alegría tan honda van cantando tus ojos!
¡qué música más loca van diciendo tus risas!
¡qué caricias prometen tus manecitas blancas
donde han de sollozar mis despedidas!

Brava cosmopolita, tu corazón viajero
no sabe de nostalgias ni de meditaciones,
y tu boca jamás con pena ha recitado
la dormida oración de los adioses!

Tu trajecito blanco sobre el verdor del parque
pone una pincelada de alegría infantil.
¡Pasas! y al alejarte me siento tan ausente
como si me alejara en pos de ti!

En este barrio mío donde hay tanto estudiante,
tú eres nuestra Señora de la Frivolidad;
pero ante la locura de tus ojos profundos
las fórmulas científicas saben a ingenuidad.

—El señor de la Vega—has dicho—está jugando
con fuego... ¡Oh, qué ingenua eres tú!
Si la vida no es más que eso... Ilusionadas
mariposas que juegan y mueren en la luz...

Acaso tú algún día también te quemarás...
Acaso yo algún día también me quemaré...
¡Pobres las mariposas que no encuentran la luz
donde quemar las alas en un sereno arder!...
¿Comprendes?
¿Te quemarás también?

A UNA TÍSICA

Perfúmame la boca
con besos afiebrados,
ilumina mis ojos
con miradas de adiós...
quiero saber la angustia
de los que mueren jóvenes
bajo la risa inclemente del sol.

Dime esas cosas tristes
que murmuran las bocas
en donde canta el rictus
de la desilusión,
pues quiero saber penas
tan tristes y tan negras
como el hastiado bostezo de un lord.

La alegría se fué,
pues no han de volver nunca,
los domingos de playa
ni las tardes de sport,
ni esas noches de baile,
aturdidas de amores,
cuando tú riendo bailabas cake-walk...

No han de volver ya nunca
esas mañanas cuando
íbamos a la quinta para tomar el sol...

Eras tan bella entonces que siempre me evocabas
un recorte de un cuadro de Wateau.

No volveremos nunca,
mi virgencita física,
a jugar ajedrez tras el biombo nipón
ni en las tardes de estío
enfermas de pereza
a leer los cuentos de Rusiñol.

Ya no han de volver nunca
esas noches de biógrafo
cuando desde tu palco
me enseñabas la flor
que yo te había dado...
Locos romanticismos
que hacéis tanto daño en el corazón.

Siempre en mí despertaste
emociones artísticas
con tu risa, tu gracia,
tu alegría y tu voz:
y ahora tus ojeras violetas
me hablan de una
Margarita Gautier...
Tu Armando seré yo...

Vida de artistas

MOTIVO SEGUNDO

Es rebelde y morena... ¡Carne de amores!
su boca es un nidito de picardías,
y tiene unos ojazos perdonadores
donde se duermen todas las dudas mías...

Es triste. En sus miradas hay intranquilas
angustias incurables que hablan a voces
que en las noches sensuales de sus pupilas
han quedado temblando viejos adioses...

Tal vez sea un exceso de amor potente;
no sé... pero cuando ella me da su charla
en silencio me azotan bárbaramente
¡unos locos deseos de asesinarla!...

No son refinamientos ni extravagancias,
es la sangre plebeya ¡somos iguales!
Los dos sentimos juntos enormes ansias,
de juergas, de organillos y de arrabales...

Cuando desnuda su alma y la desgarra
en confesiones tibias y sandungueras,
sus labios me parecen una guitarra
sinfonizando angustias populacheras.

Cuando salimos nunca vamos a prisa
para hacer más extensas las discusiones...
y su cara morena llena de risa
va poblando las calles de admiraciones!

Del camino que hacemos ambos amamos
sus recodos, sus puertas, y sus detalles,
y de tanto mirarlos hasta pensamos
que hay gestos familiares en ciertas calles.

A veces una frase o un chiste hiriente
la enfadan, y la brusca pendencia estalla
y después de insultarnos groseramente
ya enciendo un cigarrillo y ella se calla...

Y al final de esos viajes apasionados
hay reconciliaciones y frases cuerdas,
y así nuestros mutismos de divorciados
mueren en la paz blanca de algún ¿te acuerdas?...

Ambos nos despedimos con todo el fuego
de un apretón de manos que no es muy breve...
yo le doy la promesa de un «hasta luego»
y ella murmura un «vuelve... salgo a las nueve»...

Y me alejo silbando valses ajados
en pianolas de bares populacheros
donde beben lirismos apasionados
los enamoramientos conventilleros.

Y cuando por las viejas calles me pierdo
derrochando lirismo fácil y blando,
saben las obreritas que es el recuerdo
de un amor callejero que va pasando...

¡Bravo amor callejero donde yo bebo
locuras venenosas y emocionadas,
que se exalta en los vasos de vino nuevo
y que revienta en coplas y puñaladas!

MOTIVO TERCERO

¡Oh, que Pascua más rara
y más bella! En resumen
me puede servir para
adornar un volumen
de memorias, o hacer
un romance español
con alma de mujer
y alegrías de sol.

¡Oh, las calles pobladas
de risas y rumores!...
Derroches de miradas
y almacenes de flores;

y como enamorados
que dicen sus tristezas,
los violines cansados
de las damas vienesas...

El fatigoso humear
de los cigarros iba
llenando todo el bar
de niebla pensativa...
Y esa niebla era como
si en silencio pasara
un gran ensueño plomo
rozándonos la cara...

Después nuestros perversos
e incurables artistas
a casa a leer versos
de autores modernistas.
¡Oh, la pieza de Pérez!
Devoción de poetas;
retratos de mujeres,
pinceles y paletas,
decoloridas flores,
libros nunca leídos,
historietas de amores
y fábulas de olvidos...

Soporta resignado
el viejo caballete
el gesto mal tomado

del rostro de un pillete,
un doliente paisaje,
una tarde de lluvia,
un apunte de viaje,
una cabeza rubia,
un taller de pintura,
un boceto inconcluso,
y una caricatura
de un novelista ruso.

En el cuarto de Pérez
siento vibrar las vidas
de todas las mujeres
que fueron sus queridas.
Cada una de ellas
le contó sus dolores,
le dijo cosas bellas
y le dejó unas flores...

Y al ver esos racimos
de memorias, pensamos
que así también quisimos
y así las olvidamos...
Y esa historia nos hiere
aunque es tan repetida:
un corazón que quiere
y un corazón que olvida...
Por ser Pascua esta noche
propuso Pérez que
hiciésemos derroche

de inspiración, o de
buen humor, y allí todos
sobre asuntos diversos,
y de diversos modos,
improvisamos versos.
¡Oh, qué noche más rara!
¡Oh, que noche más bella!
Nos besaba la cara
¡ilusión de una estrella!

¡Oh, que Pascua más rara
y más bella! En resumen
me puede servir para
adornar un volumen
de memorias, o hacer
un romance español
con alma de mujer
y alegrías de sol!

MOTIVO SÉPTIMO

I

Ilusionado peregrino
llevo mi fardo espiritual
he cantado muchos cantares
y no he cantado mi cantar.

Hoy me detengo en un recodo
y desparramo mi canción

sobre la tierra enternecida
bajo la promesa del sol.

Es una lenta canción, una
melancólica canción,
que no ha brotado de mis labios
pues la sangra mi corazón.

Ha sido un parto doloroso;
ha sido una revelación.
Lo siento tan sinceramente...
No es ilusión. No es ilusión.

Mientras yo paseaba mis fiebres
íntimas por el arrabal,
el rezongo de un organillo
me ha logrado despertar.

Te bendigo viejo organillo,
tu alma gitana despertó
en mi alma hermana de la tuya
la llamarada del dolor.

Entre tus notas clamorosas
yo ya he sentido revivir
las cosas muertas y perdidas
y he logrado sentirme a mí...

A mí mismo con mis angustias
y con mi sed de amor y dios,
y agotado siempre por una
bárbara desorientación.

A mí mismo con mis cariños
que no había sentido jamás:
los crepúsculos que se apagan
y las mujeres que se van...

Las largas tardes del Domingo,
las calles dormidas en paz,
los corredores de los claustros
y la campana conventual.

Eran cariños viejos, hondos,
que no los confesé jamás,
y hoy estallan como en una
loca explosión primaveral.

II

Amo mi blanca callejuela
y sus casas llenas de paz,
que por sus grietas y roturas
sudan olor a intimidad.

Y sus paredes con dibujos
hechos por un loco escolar,
tienen aromas a cosas propias,
sabor a objeto familiar.

Las ventanas y los letreros
que leo siempre yo al pasar,
¡viejos letreros que parecen
tener el alma de mi hogar!

La campanita mañanera
de alguna iglesia o de un taller,
que en las mañanas me despierta
con precauciones de mujer.

En la noche esta callejuela
tiene una encantadora paz,
los viejos árboles se duermen
bajo la beatitud lunar...

Esta mi blanca callejuela
también posee corazón;
sabe de cosas adoradas
y tiene gestos de dolor.

Ella sabe lo que yo pienso
cuando vuelvo de la función,
silbando valses muy antiguos
que el populacho ya olvidó.

Oh, callejuela! Tú ya sabes
que yo soy un sentimental,
que amo los libros y los instantes
de comunión espiritual.

Tú ya sabes que marcho solo,
enamorado de la luz,
con tu soledad solamente
me vienes a acompañar tú...

Te amo blanca callejuela. Eres
tan visionaria como yo,

y como yo sufres silencios
borrachos de meditación.

Te amo blanca callejuela,
y a tus casas llenas de paz,
que por sus grietas y roturas
sudan olor a intimidad.

III

Amo todas las cosas viejas,
todas las cosas del hogar,
que tienen historias sencillas
que nadie las ha de contar.

Amo la llave que de un clavo
colgada está en el corredor,
pues por mirarla siempre, debe
tener pedazos de mi yo.

Amo aquel cuadro de la guerra
ya desteñido por el sol,
él presidió las locas charlas
en otro tiempo en el salón...

El escuchaba las romanzas
que la abuelita repitió,
en un piano feo y antiguo
que no alcancé a conocer yo...

Amo la habitación cerrada
del hermanito que se fué...
Allí guardaba sus juguetes:
la caja, el trompo y el cordel...

Ella recuerda melancólica
sus rizos de oro y su reir,
cuando en las noches se ponía
su rojo traje de arlequín...

Amo los cantos que cantaban
los domésticos de otra edad.
¡Santas canciones que conservan
el alma del viejo hogar!

Amo las leyendas morales
que escuchaba junto al fogón,
cuando aún tenía los labios
perfumados por la oración!

Amo aquellos naipes ajados
en que leía el porvenir...
¡Quebradizas ensoñaciones
que ya no han de volver a mí!

Amo todas esas sabrosas
y humildes cosas del hogar
qne tienen historias sencillas
que nadie las ha de contar!...

IV

Gusto en las tardes del Domingo
de recorrer el arrabal,
donde brota monstruosamente
la flor de la credulidad...

En donde hay hembras silenciosas
que tejen rezos a Jesús,
encienden velas a los santos
y se postran ante la cruz...

Donde los vicios y la tisis
alzan un canto triunfal
en las cloróticas muchachas
y en los gandules sin hogar.

En una esquina un organillo
quiebra la triste y hosca paz,
repitiendo su doloroso
miserere sentimental...

Es una música lejana...
Y ahora recuerdo de ese vals
que lo tocó mi muertecita
una noche de carnaval...

Y siento que renace todo,
con un venenoso placer,

aquel amor que ardió en silencio
y que ya nunca lo diré...

Risas idas. Besos no dados.
Confidencias muertas en flor
junto al viejo piano dormido
en la penumbra del salón...

Claros amores de otros años
¡cuán adorables renacéis
encendidos por mi nostalgia
y empolvados por el ayer!

Abandono los arrabales
con la amargura del pensar,
y con una embriaguez de vida
hosca y triste y material...

Y siento asco de los hombres
de su locura y su pasión,
y suelo pensar que la vida
ha sido un fracaso de Dios...

Y me siento sólo y pequeño,
y, agotado por mi inquietud,
sufro la nostalgia enfermiza,
de orar postrado ante la cruz...

POPULACHERA

Eres la flor del barrio. Cuando tu sales
en la calle se alumbran los corazones,
y el orgullo encendido de tus rivales
sufre un derrumbamiento de admiraciones!

Conmigo eres piadosa. Tus ojos crueles
nunca me fustigaron indiferencias.
¡Tú curas mis angustias entre tus pieles
y en tu manguito entibias mis confidencias!...

Sobre mis caprichosas murrias de artista
pones el perdón tibio de tus miradas,
y con esa boquita tan optimista
repicas aleluyas apasionadas!

En la calle tus ojos derrochan arte;
y cuando vas luciendo tu gracia inquieta,
los hombres que se vuelven para mirarte
¡presienten que eres novia de algún poeta!

Aunque no te preocupa que hable la gente,
siempre temes que vean torcidos fines
cuando yo me arrodillo galantemente
para anudar las cintas de tus botines...

Lo que dice la gente... ¡qué tontería!
Nuestro amor que es la gloria del vecindario,

cobra un tinte de loca novelería
al través del incienso del comentario.

Mirando como triunfa tu aristocracia
y tus ilusionados ojos pervesos,
dicen los literatos:—No tiene gracia
que De la Vega escriba bonitos versos!

Eres nerviosa, loca, brava y morena,
y tienes toda el alma de una española;
todos te ven alegre, porque la pena
te muerde solamente cuando estás sola...

Como creo en tu lírico amor violento,
con el cual audazmente todo lo afronto,
jamás he de sentirme con más talento
que cuando tú me dices:—¡No seas tonto!

Y viendo tus pupilas con que me abrasas
y la brava arrogancia de tu silueta,
los hombres que te miran cuando tu pasas
¡presienten que eres novia de algún poeta!

A FEDERICO MISTRAL

Bendito tú, Mistral, que en un huerto cerrado
revivías las aguas dormidas del pasado,
tal como un jardinero que detrás de su reja
canturriando una copla muy amable y muy vieja,

consagraba su vida al amor de las rosas,
sin recordar que allá, tras las tapias ruinosas,
se crispaba la pálida humanidad muriente,
nerviosa, convulsiva, enferma y decadente...

En vano el siglo veinte tuvo la cortesía
de elevarte una estatua, en vano repetía
tus versos más fragantes, en vano Francia fué
a verte en la persona de Raymond Poincaré:
¡el siglo veinte ha sido demasiado pequeño
para que en él cupieran las alas de tu ensueño!

Todo fué en vano, todo! Mireya de Mistral,
la hija predilecta del rincón provenzal,
que embellecía todas sus tardes campesinas
mirando absorta cómo se van las golondrinas,
jamás en el paisaje de su vida feliz
dibujó el retorcido camino de París...
Tú, viejo jardinero del más viejo jardín,
que estrechaste las manos de Alfonso Lamartine,
y abriendo la piedad sobre sus desengaños
le ofreciste el aroma de la Flor de tus años;
tú, abuelo de poetas, tal vez no conociste
este gran siglo veinte neurasténico y triste,
que ya está agonizante de proyectos febriles,
que perfora montañas, tiende ferrocarriles,
ovaciona operetas de cualquier arrivista
que se coloca el título de marqués o de artista;
este siglo orgulloso, tan práctico y potente
que con mucha elegancia se ríe diariamente

del pasado, del arte y de la ensoñación
por ser bastante inútil esto del corazón;
este siglo orgulloso que ante nada se humilla
¡tiene estómago! y todos los días se arrodilla
con oportunidad ante cualquier minero
que el léxico moderno llama el Rey del Acero!

¡Oh! Mistral, tú no viste las hazañas triunfales
de este gran siglo veinte de gafas doctorales;
pero en algún ensueño tal vez las presentiste,
y, amable, melancólico, ensoñador, te fuiste...

Hiciste bien! El siglo no te necesitaba!
La culta Europa aplaude la gentil y la brava
proeza de Jack Johnson que en una bofetada
llevó todo el asombro de la civilizada
y moderna Inglaterra; aplaude al maquinista
Blériot, que realizó la colosal consquista
—o el negocio—de ir a traer la victoria
y la sólida práctica, modernísima gloria,
que consiste en buscar en biplano, divinas
letras de Banco, cheques y libras esterlinas.

Este siglo está lleno de empresas deslumbrantes,
de triunfos sorprendentes, de proyectos gigantes.
La hazaña más enorme del siglo, ¿sabes tú
cuál es? Pues, es la hazaña del aviador Pegoud.
¡Un símbolo! La hazaña de este siglo orgulloso
que mira las edades con gesto desdeñoso,
la hazaña de este siglo del oro y del trabajo,
hoy consiste en llevar la cabeza hacia abajo!...

Este siglo está honrado por nobles boxeadores,
por atletas soberbios y audaces aviadores,
que prometen cruzar el mar y la montaña
sólo con audacia, con valor y con maña,
y llegado el momento de realizar el vuelo
se vienen a fijar que es muy lindo el anhelo,
pero que no efectúan sus proyectos magníficos
atendiendo a doscientos mil cálculos científicos...
Porque ellos ni siquiera tienen la habilidad
de saber suicidarse con oportunidad...
Ahora que tú sabes por qué esta raza brava
no ha llorado tu muerte: ¡no te necesitaba!
Y tú, abuelo poeta, tal vez lo presentiste,
y amable, melancólico, ensoñador, te fuiste...

RONDELES DE PASION

Para esconder tus viejas melancolías
anoche blandamente te sonreíste.
¡Bien sabes que no quiero que te sonrías
porque cuando sonríes te ves más triste!

Con tus ojos serenos ya me dijiste
que tus tardes son grises ¡como las mías!
Y anoche blandamente te sonreíste,
para esconder tus viejas melancolías...

Si con tus grandes ojos ya me dijiste
que tus tardes son grises como las mías,
¿por qué entonces anoche te sonreíste?

¡Bien sabes que no quiero que te sonrías
porque cuando te sonríes te ves más triste!...

* * *

Hay una angustia crepuscularia
en tu alegría que desfallece,
¡y esos tus ojos de visionaria
se ven más tristes cuando atardece!...

Arrojo al viento mi pasionaria
para que borre cuando te bese
toda la angustia crepuscularia
de tu alegría que desfallece...

Irá temblando mi pasionaria
para decirte cuando te bese
que sé tu angustia crepuscularia,
porque tus ojos de visionaria
se ven más tristes cuando atardece!...

UN GRITO EN LA SOMBRA

Quiero vivir conmigo mismo,
perfumarme de soledad,
sentir pasar las horas llenas
de mi ternura y mi pensar.

Quiero sangrar serenamente
mis rimas llenas de emoción,

y oír las misas del recuerdo
en mi encendido corazón.

Quiero cantarme todo entero,
pues mi vida es una canción,
y sólo encuentro rimas muertas
sin locura y sin vibración.

¡Oh, el dolor de no cantarse!
¡Oh, el dolor de no encontrar
la cifra, el número, la nota,
el alarido, el ademán,
que nos desgarre el alma para
poder vaciarla en un cantar!

He de hallar la música cálida
que trasparente mi emoción,
y mis paisajes interiores
y mi desorientación...

Mi cantar tendrá un espasmo
como de ansiosa posesión,
y después quedaré mudo
con la única ambición
de convertirme en una cosa—
piedra o cerro—
y dormirme bajo el sol...

EN LA REDACCIÓN

Cuando a la luz rojiza de mi lámpara escribo
un artículo sobre una cuestión social,
resucita tu blanco recuerdo fugitivo
hablándome de aquella tarde sentimental...

Pienso en escribirte algo... un cuento sugestivo...
un soneto... una estrofa moderna y musical...
Miro el reloj... ¡las doce!... y sigo pensativo
escribiendo mi artículo para el editorial...

Y tú, mi virgencita, ahora que ya sabes
que bajo aquellos párrafos doctorales y graves
hay un madrigal roto o una estrofa trunca,

podrás llorar conmigo mi ensueño fracasado
sobre aquellos artículos en donde he enterrado
los poemas de amores que no escribiré nunca...

A LA HERMANA AUSENTE

Después cuando volvimos,
qué desierta y que sola encontramos la casa!
Yo, desde el escritorio,
creía oír tus grandes carcajadas
y dejaba un momento mis papeles
para escuchar qué era... y no era nada!

Y ahora que eres tú
la única que faltas,
nos parece que somos muchos menos
soportando el silencio de añoranza,
que dolorosamente nos impone
una silla desierta y una pieza cerrada!...

Ayer entré a la sala
y en el sofá encontré
abiertas las revistas que leías
la tarde que te fuiste... El croché
de tus tejidos, todo... Y en el atril del piano
dormitando un nocturno de Chopin...

Si tú vieras, a cada
paso encontramos un recuerdo, un
detalle sugestivo que nos dice
que todavía no te has ido tú.

¡Oh, los graves silencios
que entre nosotros pasan aleteando!
Deben ser los recuerdos, debe ser
el dolor de la pieza solitaria,
o el dormido nocturno de Chopin
que vuela a nuestro lado
pensando en ti también!

Cuando más se te evoca
es en el comedor;
entre todos nosotros una silla desierta

que habla con una voz
de añoranza infinita; una silla desierta
que parece un adiós!

Hay veces en que todos
conversamos contentos;
alguno de nosotros
con espontáneo chiste narra un cuento,
y pasa casi siempre que entre sus personajes
aparece tu nombre... y al momento
nos quedamos callados
como por un supremo encantamiento.
y parece que pasa por nosotros
sollozando la angustia de ese cuento...

Cada detalle sugestivo
aunque sea bastante triste,
cada rincón amado, cada aposento, cada
objeto tuyo, cada libro que tú leíste,
nos dice que es mentira tu ausencia,
que tú vives aquí... que no te fuíste!

Sí, tu estás con nosotros,
tú con nosotros vives,
tú con nosotros lloras,
y con nosotros charlas;
tú sientes nuestros tristes
silencios, tú comprendes
las angustias que pasan
trotando en nuestras largas

veladas... tú jamás
te has ido. Tú estás siempre
aquí, y vienes en
las tardes visionarias,
a reír, si reímos,
al son de nuestras risas;
a rezar, si rezamos,
nuestras mismas plegarias!

Sí, es cierto, tú no puedes estar lejos, tú estás con nosotros y cuando te recordamos, más te acercas y nos besas, porque tus besos son notas con que el recuerdo compone su canción.

En mis noches más largas, cuando escribo a la luz de mi lámpara, a veces, creo sorprender tus ojos que están mirándome, y entonces pienso que adiós fué sólo un sueño que escribiendo soñé.

Y siempre eternamente tú estarás con nosotros. Vendrán otras mañana, resucitarán otros recuerdos, pero siempre tu recuerdo será el primero, el mejor, el que no emigrará...

Sí, tú estás con nosotros! Tú vienes en mis horas de labor a decirme frases alentadoras; tú vuelves en las tardes otra vez al sofá al leer la revista que todavía está como tú la dejaste y tú vuelves también a cantar el sonámbulo nocturno de Chopin!

Y mientras escribo esto, pienso sin gran asombro,
que tú estás atrás para mirar por sobre mi hombro
lo que escribo...

—¿Te gusta?...
mi blanco ensueño pasa...
¡qué desierta y qué sola me parece la casa!...

OBSESION

Tal vez ya nunca vuelvan tus ojos adorados
a encender de locura mis noches de cristal;
tal vez ya nunca vuelvan tus ojos adorados...
En mi angustia renacen adioses olvidados
como acordes de un viejo motivo musical.

Estoy solo... la luna... los balcones cerrados...
Estoy solo y la loca soledad me hace mal;
la brisa va cantando versos emocionados...
Tal vez ya nunca vuelvan tus ojos adorados
a perfumar de gloria mi amor sentimental.

La noche está vibrante. Los paisajes plateados
seducen con un lírico efectismo teatral...
Tal vez ya nunca vuelvan tus ojos adorados...
A lo lejos las torres... la ciudad... los tejados
y la nostalgia de una campana conventual...

Tal vez, ya nunca vuelvan tus ojos adorados
a darme su angustioso veneno espiritual.

Tal vez ya nunca vuelvan tus ojos adorados
tristes como los ojos curiosos y cansados
de una novia que tuve cuando era colegial...

La noche, el plenilunio, los ruidos apagados,
me envuelven en un vago misticismo sensual...
Tal vez ya nunca vuelvan tus ojos adorados...
miro al cielo... la luna... los caminos plateados...
Tal vez ya nunca vuelvan tus ojos adorados
tal vez ya nunca vuelvan, tal vez no vuelvan más!...

OTOÑO

Estoy sintiendo este otoño
en el cielo y en el alma...
en los pensamientos tristes
y en las ventanas cerradas...
Es un otoño de aldea
para los poetas. Viajan
vaguedades exquisitas
en las tardes. Hay veladas
dudas en todas las cosas
de mi pieza solitaria...

Yo estoy sintiendo este otoño...
No leo. Sobre las páginas
hay una vaguedad triste.
No quiero salir de casa
porque en las calles encuentro

hostilidades. La charla
de los amigos es dura
y cruelmente alegre para
mi dulce melancolía.
Por eso me quedo en casa...

Cuando yo era colegial
sentía cosas así...
Me acuerdo a veces que estábamos
en la clase de latín;
por los corredores largos
el continuo ir y venir
de un fraile que repasaba
su breviario... El cielo gris...
El profesor repetía
los terminados en ir...

Tristeza.—Duda.—Abandono.
Campana que en el confín
sonaba... sonaba... Entonces.
sentía cosas así...

La ventana de mi sala
de trabajo muestra un trozo
de cielo sucio. Se ven
los aleros melancólicos
y lejanos de las casas
vecinas. El doloroso
sonido de las campanas
tiene un encanto monótono
de lejanía. No sé
qué me recuerda este otoño...

Claridad

AQUELLO...

Es la fuerza y la flor de nuestra poesía.
Nadie ha mirado el fondo de aquella lejanía
que en los callados versos despunta levemente.
No es lo que se conoce. Es lo que se presiente...

Es el hondo misterio que preside el momento
de fuego, en que el milagro de nuestro sentimiento
da luz interna al verso que acaba de nacer.
No vale investigar. Nunca se ha de saber...

Es el misterio eterno del que todo bebemos.
Sus voces no se escuchan, sus ojos no se ven;
nadie conoce el soplo de sus ritmos supremos.
Está en el cielo inmenso. Y en la tierra también...

VELANDO TU SUEÑO

Mientras duermes yo pienso aquí en la cabecera
de tu camita. Dulce es mi pensar; sereno
mi sentir. Acaricio tu loca cabellera
y siento la alegría inmortal de ser bueno.

Tú duermes y yo pienso. Mi altivo pensamiento
ahora se levanta sin inquietud ninguna.
Mi pensamiento ahora es más hondo, y yo siento
que tiene la humildad de una canción de cuna.

Hija mía, tu padre, ante tu sueño santo
se confiesa. Mi espíritu ahora está encendido
de verdad. Y mi clara confesión será un llanto
de felicidad sobre tu corazón dormido.

Hija mía, tu padre no ha tenido un momento
que no pueda ser visto por tu casto cariño.
Juro que ha sido siempre noble mi pensamiento...
Y lo juro llorando sobre el lecho de un niño.

Contra todas las dudas y todos los dolores
siempre yo me estrellé, frente a frente, en la altura;
te lo afirman ahora mis voces interiores
¡a tí que eres la carne de mi vida futura!

El padre de tu padre te lo dice en la herencia
de esta sangre caliente de orgullo que te he dado,
y para levantar la voz de tu conciencia
la sangre ha de gritarte del fondo del pasado.

Hija mía, eres noble. He volcado en tus venas
la nobleza de ser buena porque eres fuerte;
y te hablará tu abuelo en las acciones buenas,
por encima del tiempo y al través de la muerte.

Hija mía, yo siento que tus blancos bracitos
cuando me estrechan quieren arrastrarme hacia el cielo;
tu fuiste uno de aquellos ensueños infinitos
de la noble y cansada cabeza de tu abuelo.

Hija mía, en la altura de la noche te arrullo
el sueño con mis versos y mis meditaciones;
y beso tus dorados cabellos con orgullo
porque los siento llenos de amores y ambiciones.

Tu y yo somos lo mismo, Es tuya mi heredad.
Hacia un mismo horizonte caminamos los dos.
Yo te daré el orgullo de amar la soledad
y de poder a solas mirar de frente a Dios.

Mi juventud revuelta, sedienta y errabunda
la vivo hora tras hora, con terrible violencia.
Mi alegría es altísima; mi tristeza es profunda...
Tú, hija de un poeta, tómalas como herencia...

En tus ojos enormes, hondos y espirituales
veo que se reflejan las cosas que he vivido,
y en ellos resucitan los gritos inmortales
de todos los más nobles arranques que he sentido.

Y miro absorto cómo resucitan temblando
mis sueños que murieron entre flores y abrojos,
y ahora me conocen y me están contemplando
con amor desde el fondo sin fondo de tus ojos.

Los hijos en los ojos llevan la vida inquieta
de sus padres. En ellos canta nuestra alegría,
por eso es que en tus ojos ¡tú, hija de un poeta!
llevas esa incurable y errante poesía!

Y al verte así dormida dulcemente, me inunda
una claridad llena de alegrías extrañas,
al sentir que mi historia bohemia y vagabunda
está dormida bajo tus rizadas pestañas.

Y descanso pensando aquí en la cabecera
de tu camita. Dulce es mi pensar; sereno
mi sentir. Acaricio tu loca cabellera
y siento la alegría inmortal de ser bueno.

MISTERIO

Caminad en puntillas. No hagais ruido
que ella está enamorada...
y con la realidad tan sólo, puede
caer rota la fábula...

No hagais ruido, por Dios, que se ha dormido
con un nombre en los labios.
Ella está enamorada
y suele a veces despertar llorando...

No preguntéis que tiene.
Hablad más bajo.

Ahi en su puerta hay un chiquillo rubio
con los ojos vendados.

Hay aromas de flores y de besos
en el silencio de la casa;
cadencias nuevas están despertando
en el temblor de sus palabras.

Sus largas manos pálidas
acarician las cosas;
están húmedos sus ojos pensativos
su mirada es más honda,

tiene un encanto y un desorden nuevos
la cabellera loca;
más bonita que nunca
está, y ella lo ignora,

y tiene perezosas actitudes
de enferma y soñadora,
y a veces sin saber por qué suspira
y le gusta estar sola...

¿En qué panal de mieles prohibidas
ha bebido esta mujer,
que le ha dejado el alma estremecida
de música y de sed?

¿En qué rosal de fuego aspiró el loco
aroma del cariño

que ha podido ir perdiendo uno por uno
sentido por sentido?...

¿En qué lejano manantial ardiente
humedeció sus labios
que todas sus palabras están ebrias
de pasión y de llanto?

¿Bajo qué plenilunios inmortales
se encendió su quimera.
que ha quedado fragante para siempre
su blonda cabellera?

¿Sobre qué veredita de optimismo
caminaron sus pies,
que quieren sólo andar, andar, andar
en pos de no sé qué?...

¿A qué ventana de misterio y luna
se asomaron sus ojos,
que guardan esa honda poesía
de las cosas de otoño?...

Nadie sabe el misterio
que oculta esta mujer;
nadie se atreve a enjugar los dulces
ojos que lloran sin saber por qué...

LA PUERTA

Mi puerta estará siempre hermética y sombría,
Mi puerta antigua, llena de viejos aldabones,
es áspera y hostil, y nadie creería
que detrás de ella arden ternuras y canciones.

Ante ella duermen, duras, tres gradas de ladrillos
que arrancan de la tierra hacia mi soledad,
por ellas sube el sol de mis días sencillos
y golpea la puerta con celeste humildad.

A esta puerta, un día nublado y pensativo
dos manos de mujer vinieron a llamar,
y sus hojas se abrieron con ese arranque altivo
con que se abren las alas cuando van a volar...

Los piececitos breves escalaron las gradas,
cruzaron el umbral con dulce y leve andar,
y las hojas cerráronse rotundas y calladas
así como dos ojos que no quieren mirar...

Alguien creyó sentir cadencia de alegría,
tenue rumor de besos y silencio de amor,
pero la vieja puerta, egoísta, escondía
profundamente hasta el más leve rumor.

Lentamente camino. En el inquieto arcano
de cada día viene el futuro a golpear;
yo le digo sonriendo:—Todavía es temprano.
¡Tienen un mismo ritmo la vida y el cantar!

Y llegará la muerte a mi puerta sombría,
entrará y en silencio me estrechará la mano...
Me llamará el futuro con llamado de hermano.
—¡Poeta; hoy te espero, que es el último día!
Y yo—como poeta—le diré en la agonía:
—¡Todavía es temprano! ¡Todavía es temprano!

SOLO CONMIGO

Aspero, amargo y solo, va mi espíritu. Cada
día voy penetrando mejor la claridad
y la altura que esconden la noche y la alborada,
el agua y la armonía, la tierra y la verdad.

Mis virtudes son rudas, terribles y conscientes,
como los viejos vicios de un señor feudal;
tienen orgullos sólidos, tienen gritos ardientes,
y una intensa y viril tristeza intelectual.

Mi orgullo fuerte y hondo adora el casto brillo
de la escondida senda que muy pocos verán.
Bendito eternamente será el vivir sencillo,
y benditas las flores y la risa y el pan.

Profundamente solo seguiré por la vida,
algunos ojos hondos me mirarán vivir...
Mientras yo, firme, mudo, con el alma encendida
iré como una proa rompiendo el porvenir.

A mis viejos rincones no llegan los halagos
ni las injurias. Sueña en la altura mi hogar.
Vivo solo. Mis ojos son distraídos, vagos,
y hondos, como de tanto meditar frente al mar...

Me asomo a mi ventana a mirar el camino.
Pasan los caminantes con precipitación.
Y yo me quedo solo, cara a cara al destino,
pues sé que no me tiembla jamás el corazón.

Me escupirán los odios, me gritarán las dudas,
cruzaré por abismos de tedio y de rencor,
pero cada mañana estas manos desnudas
volverán más ardientes que nunca a la labor.

MI PADRE

Padre! Bajo el estruendo de este luchar odiado
a solas te recuerdo cuando me hallo cansado,
y suelo arrodillarme para dejar mis besos
sobre la tierra santa que recogió tus huesos...
Padre, yo no estoy solo. Aun siento en mis manos
el calor de las tuyas; aun en mis hermanos
veo resucitar tu nobleza y tu altura;
y cuando me fatiga esta batalla obscura
contra todos los hombres que me cercan hay una
mano que me acaricia, una canción de cuna
que mece mi encendido corazón, una santa

palabra que me riñe dulcemente y me canta
ternuras de otra edad...
Eres tú, padre mío.
Eres tú que no estás en el nicho sombrío,
sino que te hallas siempre, inmortal, en el fondo
de mi fe, en lo más íntimo de mi alma, en lo más hondo
de mis nervios, y surges sereno del pasado
cuando tu pobre hijo está triste y cansado...
Padre, yo no estoy solo; yo no quiero estar solo.
En esta lucha larga y ruda en que me inmolo
apoyo mi cabeza sobre tu pecho fuerte
que no me lo ha podido arrebatar la muerte!
¡Qué sería de mí si a veces no cayera
tu mano de perdón sobre mi cabellera!
La lucha es larga; el viento contrario no reposa
de golpear mis carnes, la vida tumultuosa
se arrastra indiferente, pero voy defendido
por tu recuerdo y nada todavía me ha herido.
Cómo no he de seguir seguro la jornada,
cómo no he de tender radiante la mirada
sobre todo, si llevo en mis venas ardientes
el inmenso latido de tu vida.
Frecuentes
han de ser los obstáculos que me ponga el destino,
ruda será la cuesta, agrio será el camino,
y contrarios los vientos y las dudas ajenas,
de ocultas amarguras vendrán las horas llenas,
pero yo iré contigo por la senda hosca y dura
recibiendo la vida de frente, a plena altura!
Y por eso, te entrego, tal como un homenaje

esta fe en el futuro, esta fuerza en el viaje...
Ninguno supo nunca de tu altiva nobleza,
ni comprendió tu fuerza, ni sintió tu tristeza,
ni vió tu corazón de roble secular
que luchó con la tierra, con el cielo y el mar...
Pero un día, un gran día de loco amanecer
y de tarde larguísima, tendrás que renacer
todo entero en mis versos, hecho lumbre y canción,
tal como yo te llevo dentro del corazón!

La sangre de los mártires renace hecha tristeza,
despierta hecha ternura, florece hecha belleza!

En los versos que cada poeta arroja al cielo,
se hace luz el espíritu de algún lejano abuelo
que en silencios heroicos, hace siglos, sufría
¡y su nieto en la sangre heredó poesía!

Cuando en las altas horas de la noche yo escribo
bajo la llamarada de un soplo fugitivo
de pasión y misterio, que no sé si ha llegado
del fondo del futuro, del fondo del pasado,
o del fondo ¡quien sabe! de Dios, suelo sentirme
más cerca de tu pecho noble, sereno y firme,
contra el cual ¡tantas veces! cuando yo era un chiquillo
solías apretar mi corazón sencillo...

Desde entonces conozco el ritmo de tu pecho;
y todo lo que he sido, y todo lo que he hecho
lleva el sello triunfal de tu espíritu.

Pobre
será mi vida, tranquila mi canción, pero sobre
estos desnudos versos vibra el secreto aliento
de un muerto, se estremece el fuerte pensamiento

de un inmortal. Yo, ebrio de verdad y emoción
lo juro con las manos sobre mi corazón.
Sobre todo el futuro se proyecta la sombra
de mi padre. Por eso voy solo. No me asombra
ninguna de las dudas que nos deja la vida.
Yo he vivido en la sangre gloriosa y encendida
de mi padre; he vivido en las horas de duelo
y en las horas de triunfo cuando se ensancha el cielo.
Yo he venido arrastrando mis pensamientos como
grandes peñascos. Solo, trepando por el lomo
de la sierra, he dejado que pasaran los vientos
contrarios, las ajenas voces, los elementos
hostiles. Ante mí no había senda, pero
a medida que andaba iba haciendo el sendero,
y sobre la promesa de mis santos amores
la Cruz del Sur abría sus brazos redentores...
Tú me diste este empuje, tú me diste esta fiera
energía que salta rotunda y altanera
en todos los momentos de mi vida. Tus labios
destilaron copiosos esos consejos sabios
que a golpe de verdad y a golpe de pasión
cincelaron—con ritmo y luz—mi corazón.

EL SOL DESPUES DE LA PRIMERA LLUVIA

Frente al balcón un muro blanco, lleno de sol.
Y es un sol joven este que ha sonreído ahora
después de la primera lluvia; un sol alegre

que me hace recordar una convalecencia
muy larga. El sol es bueno.
Y ahora que estoy débil
y dulcemente triste, este sol me hace bien.
Mi espíritu se asoma a ver el sol, tal como
un viejo en el invierno...
Acaso yo estoy viejo.
Estas tardes de otoño me han hecho pensar tanto!

EL NIÑO DE LA VIDA

Siento en mi corazón una risa perdida
cuando contemplo a solas el horizonte obscuro,
porque en mí aun no ha muerto el niño de la vida
y el hombre triste y áspero ya avanza hacia el futuro.

Chiquillo de la vida, amor de ojos vendados,
por tí somos alegres, dulces y resignados.

Este pobre chiquillo de cabellera de oro,
que como a un ensueño yo llevo de la mano,
tiembla como una dulce mujer cuando yo exploro
la soledad del cielo y el corazón humano.

Tú ante cada paisaje, por nuestros ojos miras,
y en las puestas de sol, tú eres el que suspiras...

Chiquillo silencioso que llevamos adentro,
sobre esta humilde cuna de nuestro corazón,

por sí somos felices y vamos al encuentro
de todo lo que es cumbre o capullo o canción.

Vas muriendo en nosotros como se muere el día.
enfermo de una loca y errante poesía.

Pobre chiquillo triste que voy asesinando
en todas mis batallas con los vientos contrarios,
siento en mi corazón caer de cuando y cuando
el llanto de sus ojos hondos y visionarios.

Poeta de las dulces riquezas interiores,
a tí te pertenecen mis momentos mejores.

Tú eres el que de noche te estremeces oyendo
las canciones que pasan bajo nuestras ventanas,
y te duermes enfermo con el inquieto estruendo
de estas locas y tristes alegrías humanas.

Tu regocijo es suave, tu tristeza es bendita
tienes el corazón de una mujer bonita...

A veces cuando siento mi espíritu perdido
en esos ojos grandes que ya se fueron, pienso
que ante cada mujer, latido tras latido,
vas entregando todo tu corazón inmenso.

He perdido la risa, he perdido la fe,
y tal vez algún día también te perderé.

Pobre chiquillo rubio que lloras dulcemente
ante cada ilusión que del pecho me arranco,
tras tantas dudas, pronto llevaré únicamente
en el fondo del alma tu triste ataúd blanco...

IN MEMORIAM

Sí, yo estoy con vosotros. Ese dolor sombrío
que desciende por vuestros ojos, también es mío.
Mía es la planta dura que florece en dolores
y míos vuestros llantos silenciosos—sus flores;
Míos son los insomnios de las largas veladas,
y mías las palabras que mal disimuladas
ablan siempre de ella; míos esos momentos
en que vuelven despiertos todos los sentimientos
dormidos, ante un vago detalle, que de un modo
impensado y terrible, hace recordar todo...

Sí, toda esta amargura, toda esta poesía,
toda esta angustia extraña, ya toda, toda es mía.
Sí, ya la pobre vieja cayó. Un nicho estrecho
recibió con piedad su cuerpo ya deshecho;
y aquellas nobles manos humildes y benditas
que siempre descansaron en vuestras cabecitas
de chiquillos, ardientes de una santa ternura;
aquellas buenas manos que fueron la dulzura,
el perdón, la esperanza de todas vuestras vidas,
ahora están heladas, y duras y dormidas...

Y aquellos nobles ojos que os adoraron tanto,
ellos que os escondieron muchas veces el llanto
sólo por ese suave temor de entristeceros;
ellos que suavizaron todos vuestros senderos
con su larga mirada como una bendición;
ellos que vieron dentro de vuestro corazón,
ahora sin sentir vuestros dulces y amados
besos—que son los últimos—se marcharon cerrados...

Y aquellos nobles labios que allá en las horas crueles
siempre supieron ser ese panal de mieles
del cariño, del beso, del corazón, que labra
un paraíso sobre una humilde palabra,
no tendrán nunca más la voz dulce y sonora
para arrullar a solas vuestros pobres oídos;
esos labios—que siempre os llamaron—ahora
no podrán pronunciar vuestros nombres queridos...
y la casita humilde donde murió, aquella
casa donde alumbraba la peregrina estrella
de la felicidad, ahora está desierta,
y vuestras manos pálidas no llaman a la puerta...
y de aquello que fué un hogar, un rincón
de cariño, no queda más que una evocación
silenciosa, una lágrima ebria de desconsuelo,
un suspiro que busca, como un pájaro, el cielo...

Y vosotros, dispersos, doloridos, lejanos,
no os atrevéis siquiera a estrecharos las manos,
y en el dolor tenéis las pupilas perdidas
ahora que estáis solos, frente a frente a la vida.

Pero ahora sois míos! Míos por la tristeza
que alumbra vuestros ojos; míos por la pureza
del dolor que está ardiendo como una hermosa hoguera
del corazón que sabe sufrir, pero que espera.
Míos por el silencio de los recuerdos; míos
por esos pensamientos más brumosos y fríos,
míos en cuerpo y alma, míos de todos modos,
¡en mi amor de poeta hay carne para todos!

Y ahora que miramos la muerte cara a cara
¿que me responderíais si yo os preguntara
si acaso todo muere con el último aliento
o la fuerza celeste de nuestro pensamiento,
al morir en la tierra, con una luz más viva
despierta desplegando las alas hacia arriba?...

¿Cuando el cuerpo se duerme puede terminar todo?
¿caen nuestros amores revueltos con el lodo?
o del fondo de sombra de este cuerpo de arcilla
¿hay algo eterno y grande de luz y maravilla?
¿Muere todo en la muerte, o nuestro pecho encierra
algo que no esté hecho de pasión y de tierra?

Ahora la fe empieza, la duda muere ahora,
ahora que luce esta lumbre reveladora,
ahora que os desgarran los dolores sombríos,
ahora que sois tristes, ahora que sois míos!

Y yo sé que no todo se derrumba en la muerte;
yo sé que se levanta más allá nuestra suerte,

yo sé que en esta carne humilde de proscrito
está soplando siempre algo del infinito,
y por algo tenemos, para nuestro consuelo,
esta sed de arrojar los ojos hacia el cielo!

LOS VIENTOS DE LA OTOÑADA

TEMA TERCERO

Otoño, otoño mío; te veo en el follaje
de los árboles pobres y en mi espíritu. Pienso
en todos los amores que he perdido en el viaje,
y siento sobre mi alma tu crepúsculo inmenso.

Otoño, otoño mío; yo te adoro en el viento,
lleno de pesadumbre, de tus tardes vencidas;
en tus sangrientas rosas extenuadas, y siento
que voy agonizando en tus hojas caídas...

Empiezo estos caprichos de otoño. Interrumpida
quedará la labor. Las bellezas supremas
son más hondas, tronchadas .. ¡Oh, Venus! En la vida
he dejado inconclusos mis mejores poemas...

Poeta, sí. Profundo y evocador como una
tarde... Y no lo soy por los versos que escribo.
Yo soy poeta,—y esto no lo sabrá ninguna...—
por todas las bellezas inmortales que vivo...

Las bellezas vividas y nunca confesadas
guardan siempre el sabor sensual de los secretos,
al lado de sus hondos resplandores, ¡qué heladas
resuenan las palabras de mis versos inquietos!

Amor, anhelo, angustia, tedio, melancolía,
tristeza de mujer que nunca quiso hablar,
vuestra anónima y dulce y errante poesía
no habrá ningún poeta que la pueda cantar...

Resplandor de quimera que todas las palabras
te profanan; lejana tristeza indefinible
que no cabe en un verso; crepúsculo terrible
de las almas; no quiero que tus pétalos abras
ni a mí, que soy poeta de todo lo imposible!

En la estrofa de música, de oro y de tristeza,
mi belleza interior quedará siempre trunca,
pero abrirá sus ojos azules la belleza
de todos los poemas que no escribiré nunca...

TEMA CUARTO

Cada vez siento a todos más distantes!
Cada vez vuelvo a casa con más ansias
de descansar conmigo unos instantes,
y de beber las últimas fragancias
de un puñado de sueños, que defiendo
de la vulgaridad y del hastío.

Y siempre en la ciudad el mismo estruendo,
el mismo tedio y el mismo vacío,
mientras yo con angustia voy sintiendo
que los hombres no tienen nada mío...

Vuelvo a casa.. Mi madre, mi chiquilla,
mi mesa de trabajo donde escribo
esta tristeza íntima y sencilla
que nace, casi siempre, sin motivo...

Mi buena casa. Qué piadosas ruedan
las horas, cuando busco en el olvido
estos últimos versos que me quedan
dentro del corazón, que ha envejecido
no sé por qué...

Mi casa! yo querría
un vivir más alegre y más sincero,
pero esta niebla de melancolía
no me deja... Es un mal tan traicionero
esto de ser poeta. La alegría
hace su nido a veces en mi alero,
pero no mata la inquietud sombría
del fondo de mi vida de viajero...
Y es que en el fondo de la vida mía
hay un atardecer de poesía
que se halla en todos mis momentos, pero
que yo no he dicho nunca todavía...
Ha venido el otoño. Suenan huecas
las risas de los labios adorados.
Las nubes hacen dolorosas muecas.
Y en estos días largos y nublados,

yo sigo el rumbo de las hojas secas
por los caminos más abandonados...

Miro el paisaje desde mis balcones.
Leo unos locos cuentos de pasiones
que ahora me parecen tan irónicos,
en pleno otoño... Una golondrina
se ha posado en los hilos telefónicos
y luego se ha perdido en la neblina...
La soledad la siento rudamente
en todas partes, menos en la mansa
soledad del hogar, donde mi ardiente
cabeza llena de pasión descansa
de este viejo mareo de la vida,
de su horizonte gris, de las inquietas
calles llenas de horror y de maldad;
y entro a la soledad siempre encendida
en donde encuentran todos los poetas
pan de tristeza y agua de verdad...

TEMA SEXTO

En todas las cosas humildes, presiento
ciertas actitudes de recogimiento,
de inquietud, de espera... En el sol que arroja
un rayo en las rosas de la alfombra roja
de mi pieza; en todos los tiestos con flores
de otoño; en las quietas piezas interiores,
en donde en las tardes sus pasos parece
que escucho; en el viento sereno que mece
las últimas hojas de la enredadera;

sobre todo se halla, temblando, la espera...
Mi chica—rayito de luna, florcita
de nieve—lo sabe... La espera está escrita
en todos los rostros y en los corazones.

En esos profundos ojos regalones
de mi chiquitina, he visto el contento,
el ansia, la espera y el presentimiento...

Ninguno le ha dicho a la pequeñuela
que mañana Jueves llegará la abuela,
pero ella lo sabe. Su espíritu ardiente
lo leyó en nosotros, lo vió en el ambiente,
lo sintió en la casa dormida y callada
que se halla esperando también la llegada...

Es casi imposible creer que las cosas
esperan... Sus almas buenas y amorosas
tienen sin embargo, ciertas gratitudes
calladas, pero que en sus actitudes
suelen revelarse. Yo tengo el secreto
de oír el profundo lenguaje discreto
de las cosas. Siento en sus voces mudas
sus vidas ingenuas, sus almas desnudas...

Y esta ciencia extraña de sabio y poeta,
esta ciencia humilde, esta ciencia inquieta
que se aprende a solas en los interiores
de las buenas casas, donde hay muebles, flores,
retratos y libros viejos; esta ciencia

que duerme en el fondo de nuestra conciencia,
esta ciencia loca para las mujeres
que pasan sus pálidos atardeceres
soñando; esta ciencia profunda y serena,
mi nena, la siente, la sabe mi nena...

Ninguno le ha dicho a la pequeñuela
que mañana Jueves llegará la abuela,
pero ella lo supo por unas violetas
que ayer en la tarde fueron indiscretas;
por un cuadro antiguo que hoy día, a su modo,
a la chiquitina se lo contó todo;
por el sol de otoño que ahora, de fijo
entrando a la alcoba también se lo dijo...

Y así por el cuadro, y por las violetas
que son casi siempre las más indiscretas,
y el sol que por todas las piezas se cuela,
ya sabe la chica que llega la abuela.

TEMA SEPTIMO

I

Tardes azules, crepúsculos violetas;
tentación de pintores perezosos y altivos;
mujeres tristes de ojos pensativos
que tienen corazones de poetas.

Alcobas de penumbras discretas
que ocultan amores fugitivos;

pianos tristes, pensamientos furtivos;
agonías secretas...

Ventanas entornadas,
melancolías nunca confesadas,
incurable atardecer...

Una mujer, bajo la paz poblana,
está asomada a una ventana...
Y está pensando esa mujer...

II

Otoño, otoño de melancolía
que llegas una tarde, de improviso,
a entregarnos tu humilde paraíso
enfermo de una larga poesía.

Tu belleza lejana ha sido mía
en una mujer triste que me quiso...
Tu mal es impreciso
como un crepúsculo, como una melodía...

Yo te miro llegar,
y me pongo a pensar
en un cariño muerto.

Hojas caídas. Tristeza.
Ha quedado en la mesa
el libro abierto...

MI VECINDARIO

Somos pobres. Vivimos en esta cité. Enorme
cité de casas nuevas, alegres y soleadas;
donde viven obreros, estudiantes, empleados;
gente humilde que sueña, que bosteza y que canta...
Al entrar de la calle, notamos en los rostros
pálidos, asomados a las buenas ventanas,
cierta curiosidad por nuestro voluntario
apartamiento. Nuestras puertas están cerradas.
Nuestra vida es humilde como la de ninguno;
vivimos encerrados y hablamos en voz baja
pero hay una altivez profunda en nuestra puerta
que, cerrada, enigmática, con rotundas palabras
parece asegurar que fuera de nosotros—
en el mundo, en los hombres, en la vida—no hay nada.

Vecinos a nosotros, viven dos estudiantes
de medicina. Buenos chicos que se levantan
tarde, que muchas noches no llegan, que discuten,
que fuman. Yo en las noches escucho sus pisadas
inciertas, cuando entran; y les oigo toser,
encender sus cigarros... Y yo desde mi cama
pienso en ellos, y luego me duermo. Mis vecinos
son invisibles. Nunca se dejan ver, pues andan
escondidos. Yo sé por qué andan escondidos.
Los zapatos, los cuellos, las ropas muy usadas
los retienen de día en sus cuartos... De noche
salen. Por eso nunca les vemos. Sus palabras

ya nos son familiares. Por ellas solamente
les distinguimos. Uno tiene la voz delgada,
y nosotros pensamos que es un tipo alto, flaco,
y pálido. Y el otro tiene la voz muy áspera,
y parece ser grueso y moreno.

También
tenemos por vecinos desde hace dos semanas,
a varios españoles carpinteros; humildes
personajes que viven con una sistemática
gravedad. Son puntuales, tanto en el sueño como
en las comidas. Tienen trabajo en una fábrica
cercana. Los Domingos van de paseo, y vuelven
en la tarde, y a solas, dulcemente trabajan...
Suenan los sonsonetes del cepillo y la sierra,
mientras que con su grave ceceo español, cantan...

JUVENTUD

I

Cansado del trabajo vuelvo a casa en las tardes.
Mis manos aun traen calor de la labor.
Manos duras y fuertes que saben del martillo
y de la voluntad y del sudor.
Esta América joven y violenta
necesita de nuestro primitivo tesón.
¡Manos firmes que saben ir rompiendo el futuro
a golpe de pasión y de pasión.

Rudas manos calientes
de sangre y convicción,
que saben ajustar al ritmo del trabajo
el resplandor de una canción!
Regreso del trabajo. Mis ojos se levantan
hacia arriba con una cálida sed de sol.
A lo lejos enorme se yergue
la montaña como una afirmación.
Montaña dolorosa:
yo te doy mi canción!

II

Son tus perfiles duros y violentos
viejas palabras llenas de ardor y voluntad.
Frente a tus rocas ásperas, mi espíritu;
frente a tu inmensidad,
mi corazón—profundo, salobre, azul, intenso,
orgulloso... Escuchadlo...
Tiene el rumor del mar!
Tus perfiles dibujan las mismas líneas locas
con que comienza el cielo, el mismo arranque azul...
Y en las noches tus piedras sienten sobre sus lomos
el roce inmenso de la cruz del sur!

III

Tus cumbres solitarias modeladas al golpe
de los vientos profundos de la inmortalidad,
me esperan. No sé el día en que pondré mi planta
en las alturas, pero sé que llegaré allá...

Tú no tienes caminos. Eres dura. Eres agria.
Al treparte, camino en dirección al sol,
me han herido las zarzas y los guijarros, pero
en las últimas cumbres siento el ritmo de Dios.

LA VERDAD

Te voy bebiendo castamente,
agua serena y cristalina,
en la humildísima corriente
de nuestra vida peregrina.

Para mí tiene sabor nuevo,
vieja verdad, llena de amores;
junto las manos y te bebo
como te beben los pastores.

Ya te he hallado, agua encendida
y nunca más podré perderte.
Nos amaremos en la vida
para encontrarnos en la muerte.

Tu gesto es plácido y risueño;
te veo aquí en mi vida interna
amando todo lo pequeño
como un amor de madre eterna.

Con ese pálido perfil
de un niño errante, dulce y puro,
bajo tu diestra juvenil
va despertando mi futuro...

ESCUELA de ENFERMERAS Biblioteca Van Buren

MI ALMA

Palideció la tarde. El oro ardiente
bruñó el perfil de una montaña vieja.
Un charco de agua sueña santamente
en medio de la calle. En él refleja

la tarde su pasión desfalleciente
y loca de oro y de esplendor se aleja.
Y parece que el charco de agua siente
a lumbre de nostalgia que le deja.

Se durmió la aldehuela, arrepentida.
Las calles se borraron. Y la vida
inciertamente se marchó por ellas...

Cuando los horizontes se escondieron,
los últimos caminos se perdieron
y el charco de agua se llenó de estrellas.

LOS PEQUEÑOS TEMAS

II

Desde antes de la muerte de mi padre
nosotros somos pobres,
y conocemos toda la ternura
del pan y de las flores.

Vivimos en casitas arrendadas
en barrios populares,
donde hay gente vulgar y alegre, y donde
no nos conoce nadie...

Entre esta multitud que sufre y lucha,
vivimos silenciosos,
con esas humildades de los príncipes
cuando viajan de incógnito...

De vuelta del trabajo, nunca salgo
de este rincón anónimo,
donde estudio y escribo,
y me escucho y me ahondo...

A veces salgo a recorrer el barrio
bajo las tardes otoñales,
y la gente me mira indiferente.
No nos conoce nadie...

V

¿De dónde cae el sol de los presentimientos?
¿De qué séptimo cielo son las corazonadas,
que nos dan en el vuelo de los locos momentos
esa sabiduría de las largas miradas?

¿De qué tierra es la carne de los grandes amores?
¿En qué frase comienza la emoción del cantar?
¿Por qué camino vienen las voces interiores?
Yo lo siento aquí dentro. No lo puedo explicar.

¿Qué dejan en las casas donde un tiempo han vivido
las personas queridas? ¿Qué extrañas vibraciones
suelen sentirse, cuando cae el atardecido
dentro del fondo obscuro de las habitaciones?

¿De dónde vienen las supersticiones inciertas
que a veces, en la noche, nos suelen despertar
los objetos que fueron de las personas muertas?
Yo lo siento aquí dentro. No lo puedo explicar.

ESTAS CUATRO MURALLAS

Estas cuatro murallas, sencillas y calladas
me han defendido siempre de los vientos contrarios.
y a su sombra mi espíritu tiende sus avanzadas
en la paz de mis días firmes y solitarios.

Aquí mi orgullo eleva sus ramas exaltadas
que se empinan buscando cielos imaginarios;
y por las cariñosas ventanas entornadas
en las tardes se pierden los ojos visionarios....

Viviendo mi fragante soledad encendida,
siento que mis objetos viven mi propia vida,
y que nunca podrán ser iguales a otros...

Estos objetos tienen amores familiares
y en las desesperantes horas crepusculares
yo sé que ellos están de acuerdo con nosotros...

CONFESION

En tus ojos yo veo la gracia anónima
de un poema futuro; y unas palabras
nunca dichas, sonríen recién nacidas
bajo el santo pecado de tus pestañas...

¿Quién lo sabe? Yo solo. Pero eso basta.
Poeta de mujeres y sutilezas,
tengo unas vanidades originales
que es posible que nunca tú las comprendas...

Escribir versos. Nadie los siente. Nadie
lo quiere. Entonces mucho mejor sería
guardarlos, así inéditos, para nosotros...

Y que yo sólo vea la gracia anónima
y tus ojos profundos, y que mis versos
sean únicamente para mi espíritu...

Los momentos

LOS MOMENTOS ETERNOS

EGLOGA

Señor, Señor, confieso mi pecado:
mi corazón, doliente de ideales,
todavía, Señor, está apegado
a los últimos bienes terrenales.

Todavía, Señor, amo las cosas,
y amo el misterio que el placer encierra:
todavía, Señor, corto las rosas
¡y siento la tristeza de la tierra!

Tengo, Señor, sobre la cuesta brava
donde el camino muere, una casona,
que ante mí tiene una actitud de esclava
y yo la quiero como a una persona!

Tengo un viejo parrón, que cuando llega
el otoño ¡romántico y sonoro!,
con una dulcedumbre fiel me entrega
sus sencillas y humildes hojas de oro.

Y las miro caer, y en la desierta
quietud de mi jardín, solo y lejano
yo las recibo con el alma abierta,
abierta así como una mano...

Tengo, Señor, un huerto rumoroso,
lleno de hojas caídas,
en donde es dulce mi reposo
como las frutas encendidas,

En su silencio nada falta,
yo a su sombra me entrego,
y en las tarde de sol leo en voz alta
los versos puros de un poeta griego.

Un ancho caño de agua jovialmente
se derrama y resuena,
como entregándose a la carne ardiente
de la tierra morena.

El agua se derrama
en ondas intranquilas,
refrescando todo este panorama
que casi no me cabe en las pupilas.

Hay un ambiente lírico de idilio,
el aire es puro y grave.
Yo siento las sandalias de Virgilio
hollando el musgo fresco y suave.

Maestro ¿dónde estás?—Con un ardiente
miedo y placer me atrevo a preguntar

y el viento loco corre mansamente
y tras las parras se presiente el mar.

El paisaje es tan lírico y tan hondo,
que parece alumbrar toda mi vida,
y con su luz puedo mirar al fondo
de mi verdad florida.

¡De mi verdad florida! Si es tan pura,
es tan breve y tan dulce su latido,
que tiembla de humildad y de ternura
como un recién nacido.

Verdad florida y alta que es pequeña,
pero que es mi tesoro,
con la casa risueña,
con el huerto que sueña
y con el parrón de oro.

Y yo los quiero como a fraternales
seres, Señor, que tú me has entregado.
Son mis últimos bienes terrenales.
Señor, Señor, confieso mi pecado...

MI VIDA

Te doy las gracias buena vida,
por la amargura que me has dado
por esta pena florecida
y este querer que me ha quemado.

Aunque tus dardos me han herido
y me han dejado solo y triste,
yo humildemente te he vivido...
¡Tú bien sabrás por qué lo hiciste!

Me diste rosas, cogí rosas:
me distes penas, bebí penas,
¡penas dolientes y armoniosas
en tus inmensas manos buenas!

Siempre que tú para mí has sido
clara o sencilla, alegre o triste,
yo humildemente te he vivido...
¡Tú bien sabrás por qué lo hiciste!

Entre quebrantos y alegrías,
con estas pobres manos ciegas,
tomo del fondo de tus días
todas las horas que me entregas.

Vida, tú mandas y no ruegas
en este espíritu doliente,
cuando yo sienta que tú llegas
abro los brazos dulcemente...

Tú me has besado y me has herido,
rosas y lágrimas me diste;
yo humildemente te he vivido.
¡Tú bien sabrás por qué lo hiciste!

MI CORAZÓN

Para que entres, vida odiosa,
amada, enorme, fragorosa,
áspera, eterna y dolorosa
¡te tengo abierto el corazón!
rómpelo tú con tus dolores,
quémalo con tus rencores,
pártelo tú con tus amores,
¡tómalo, vida, te lo doy!

Llévalo por agrios senderos,
y por obscuros derroteros
por recodos traicioneros
a donde no llegue la luz;
apriétalo entre pesadumbres
arrójalo entre locas lumbres
y álzalo luego hacia las cumbres
del vértigo y de la inquietud.

Brindale todas tus pasiones,
y estréllalo entre convulsiones
con otros fuertes corazones
hechos al hierro y al rencor;
a él dolor y dicha lleva,
dicha y dolor en él renueva,
¡verás que sale de la prueba
vibrante como una canción!

Yo lo he forjado, día a día,
con una épica porfía,
a golpes de melancolía,
en llamas de la eternidad;
y como de él estoy seguro,
hoy te lo entrego, fuerte y duro
sintiendo el viento del futuro
en una sensación total!

Corazón mío, mío, mío;
envuelto en llamas bajo el frío,
ebrio de fe sobre el desvío,
pleno de paz ante el dolor;
corazón mío, que desgarro
contra la estrella y el guijarro
¿será verdad que eres de barro,
viejo y heroico corazón?

Yo lo forjé en la noche ruda,
con esta mi mano desnuda,
sin que la sombra de una duda
trizara su firme perfil;
yo lo he forjado contra amores,
contra terrores y rencores,
contra dulzores y dolores...
¡Yo lo he forjado contra mí!

SOPHIA

Ya lo sé! Con mis manos dolorosas y humanas
he tocado la leve túnica del Señor,
y mis ojos se abrieron a las zonas arcanas
y se van agrandando detrás de un resplandor.

Mis oídos oyeron sus sandalias celestes
pasar por el camino que siempre abierto está;
temblaban de ternura las violetas agrestes
y las piedras sabían algo del más allá...

Ya lo sé! Ya lo sé! Nuevo Fausto sediento,
revolví los crisoles buscando la verdad;
leí mil veces cada volumen polvoriento,
y la hallé en la humildad...

Detrás de los cristales mis ojos taciturnos
noche a noche exploraron Sirio, Véspero, Orión...
¿Estaba la verdad en los cielos nocturnos?
Estaba en la emoción.

Y, rebelde, exploraba mi cabeza cansada
en la noble, en la eterna, en la alta geometría.
¿Estaba la verdad en los números? Nada...
Estaba en la alegría...

Y el microscopio luego. Sentir la eternidad
buscando los abismos de nuestra arquitectura.
¿En el fondo del átomo se esconde la verdad?
Se esconde en la ternura.

Fatigado y perdido en el tedio y la duda
pronuncié las palabras de mi renunciamiento;
mi alma estaba desnuda
como el agua y el viento.

Y entonces fué el milagro. La luz fué entrando en ella
con el pan del ensueño, con el agua del bien.
Mi corazón era como la estrella
que va en camino de Jerusalén.

Verdad, que ya eres mía, hoy conozco tu lumbre
impalpable y piadosa
en un rito sagrado, en una brava cumbre,
o en una mariposa...

Yo conozco tu acento;
te persigo en el viento,
en el agua te siento
pasar como una nave...
Me besas en la boca;
eres libre, eres loca,
¡dura como la roca
pero con alas de ave!

La vanidad del hombre te ve en sus fatuos fuegos,
te investiga en los libros, te persigue en los astros.
¡Yo que ya te conozco, cierro mis ojos ciegos
para encontrar tus rastros!
Y mientras desespéranse buscando tu luz leda
yo... ¿Quién soy yo?—Un poeta que ya no te persigo,
te entrego íntegra y pura en la pobre moneda
que le doy a un mendigo.

EL SERMÓN DE LA MONTAÑA

Fué en las riberas armoniosas de la celeste Galilea,
en donde el viento está bendito y en donde es suave la marea...

Allí los simples pescadores sueltan las redes remendadas
para las pescas milagrosas de las ardientes madrugadas;
y las mujeres desde niñas tienen los ojos maternales
húmedos en las siete rosas de las virtudes capitales;
y los humildes niños vienen a descansar en torno nuestro
como palomas arrancadas de las palabras del Maestro.

Es costa llena de leyendas. Se alzan en todas sus orillas
dulces techumbres que nos hablan de las parábolas sencillas;
allí los pájaros no emigran, y el corazón triste descansa.
Sobre la arena el mar se acuesta como una pobre fiera mansa.

Fué en esas líricas riberas. Jesús venía de Samaria.
Almas y estrellas despertaban bajo su mano visionaria,
y el leve polvo que oprimía con sus sandalias milagrosas
debía dar toda su savia para ser luego trigo o rosas...

Jesús detúvose un momento frente al mar claro y transparente,
reunió a todos sus discípulos, y subió el monte lentamente.
Y le siguieron todos. Pedro, el pescador hijo del lago
Genezaret, el más ardiente de los discípulos; Santiago,
el que dejó las pobres redes para buscar la claridad;
Tomás, confiado en el maestro; Andrés, sediento de verdad;
Justo, Felipe, Juan, Mateo, Bartolomé, Simón y Judas...
¡Bajo las túnicas humildes las almas iban más desnudas!

Arriba Cristo se detuvo. El viento blando de la pura
tarde golpeaba levemente los pliegues de su vestidura.
Jesús pensaba. Su silueta se recostaba obscura y fina
sobre el crepúsculo más lírico que hubo en la ardiente Palestina.
El cielo inmenso del ocaso, como una gracia, recibía
sus actitudes siempre llenas de luz y de melancolía.
Y sobre el monte su figura era una sombra suave y sola,
y el sol muriente le besaba y le servía de aureola!

Junto a sus plantas los discípulos, ciegos, estáticos y mudos
estaban como niños trémulos, acariciados y desnudos...
Alzó Él la voz como si hablara hacia los siglos venideros.
Su voz se abrió en mil direcciones tal como se abren los senderos...

Y dijo:—«Bienaventurados los pobres verdaderamente
ya desprendidos de los últimos y obscuros bienes terrenales».

Tal como una alma agradecida, vibró el paisaje largamente
ebrio de luz y todo lleno de pensamientos inmortales.

Y dijo:—«Bienaventurados son los que lloran en las malas
encrucijadas de la vida.»

Lejos un ave emprendió el vuelo
y pareció que era la ardiente frase que había cobrado alas
para volver a donde Cristo la tomara antes en el cielo...

Y dijo:—«Bienaventurados los mansos con sus semejantes».

El viento se hizo leve y fino como una túnica florida
para envolver entre sus pliegues apasionados y ondulantes.

tal como un recién nacido lloroso y débil, a la vida...
Y dijo: «Bienaventurados son los sedientos de justicia».

Una estrellita brilló arriba. Fué la palabra de Jesús, que en el inmenso atardecido se derramó en una caricia, sobre la tierra fué esperanza y luego arriba se hizo luz...

Y dijo:—«Bienaventurados serán los misericordiosos».

El mar quedó en silencio como para escuchar el encendido decir de Cristo. Los momentos debieron ser tan silenciosos que pareció que el alto y mudo cielo también lo había oído.

Y dijo:—«Bienaventurados los hombres de corazón puro porque ellos han de ver a Dios».

Como eclipsado por la ardiente
voz del maestro de los tristes, el horizonte quedó obscuro, las nubes fueron apagándose y el sol se puso lentamente...

Y dijo:—«Bienaventurados los pacíficos».

Las gloriosas
montañas de la Palestina tuvieron un rumor de mar, y se quedaron taciturnas, arrebujadas, silenciosas, en actitudes tan humanas que parecían meditar...

Y dijo:—«Bienaventurados serán los hombres perseguidos por la justicia de los hombres».

La última luz ya moribunda
murió sobre los horizontes borrosos, negros, confundidos,
y para oir la voz de Cristo la noche se hizo más profunda.
Bajó Jesús de la montaña, serenamente. Su silueta
se distinguía apenas sobre la ondulación de los senderos.
El silencio era enorme y único, la obscuridad era completa,
pero la noche estaba como nunca abrumada de luceros...

EL TESORO

Ser bueno es una dulce y suave
felicidad que no perece;
el corazón que ya lo sabe
es un milagro que amanece.
Ama las cosas inmortales,
cruza caminos y recodos,
y abre sus nobles manos leales
para partir su pan con todos...

Y vive dando, dando, dando,
a nuestra tierra dolorosa,
es triste, dulce, suave... y cuando
mira la tierra, se hace rosa...
Contempla el cielo y se hace vuelo,
oye llorar y resplandece
en una frase de consuelo
que enjuga, ríe, tiembla y mece...

Rey sin palacio ni fortuna,
príncipe pobre y mudo, pero

dueño absoluto de la luna
y del milagro y del sendero.

Ser bueno es ser inmenso y puro
como una rosa o una cumbre;
ardientes días del futuro
le ofrecen sol, música y lumbre.

El corazón que ya lo sabe
es un milagro que florece...
Ser bueno es una dulce y suave
felicidad que no perece...

YA SE FUE LA ABUELITA

Ya se fué la abuelita! Si parece
que no fuera verdad, cuando resuena
la clara vocecita de mi nena
que la suele llamar cuando atardece...

¿No ves, nenita? Ya se fué la abuela,
y dejó a las chiquillas regalonas...
Luego podremos ver quién te consuela
cuando rompas alguna de tus monas.

Ya se fué la abuelita! Yo ví el mudo
dolor que ella ocultaba; yo lo ví...
Cuando se fué, no pudo
despedirse de tí.

Ocultó dulcemente la partida
ante tus ojos sabios y serenos,
y se marchó escondida
para que no la echaras tú de menos...

Y mientras preparaba
las maletas viajeras,
tanto que me encargaba
de que tú no supieras.

Te lo ocultamos hasta en la mirada
entre tu madre y yo.
Y tú, nenita, no supiste nada
cuando ella se marchó...

Tú estabas tan bonita
sentada en tu sillita
viendo un cuaderno que te hojeaba yo.
Ella entró a la pieza,
te cogió la cabeza,
te besó con tristeza,
y salió...

Ya se fué la abuelita! Muchos días
va a pasar ausente,
luego podremos ver quién te consiente
las regalonerías...
Y por las noches cuando estés despierta
y se te ocurra estar un rato en vela,
ya no podrás ir a tocar la puerta
que te abría la abuela...

Yo sé lo que recuerda y lo que anhela,
esa pobre cabeza juguetona,
pero, se fué la abuela.
¡Solita se quedó la regalona!

PLEGARIA

Dame serenidad. Mi pobre vida
quiere tener, Señor, los pies divinos,
y ser como la hoja desprendida
que cae y llena de oro los caminos.

Dame serenidad, Señor, y quema
mi corazón con tu sabiduría,
y haz que sea sencillo mi poema
para que nazca humilde como el día.

Dame serenidad y dame fuerza.
Esta carne que ahora yo desgarro
es muy posible que después se tuerza.
Señor, tú sabes que somos de barro.

Señor, tú sabes que somos de viento;
Señor, tú sabes que somos de lodo;
amamos un momento el sufrimiento,
pero después se nos derrumba todo!

A pesar de la luz en que nos meces,
y de este corazón que nos regalas,
y de esta claridad que nos ofreces,
¡no sabemos, Señor, abrir las alas!

Señor, mis pobres manos dolorosas
quieren tener, aunque ya están cansadas,
esa sabiduría de las cosas
que te obedecen dulces y calladas.

Dame serenidad, Señor, y quema
mi corazón con tu sabiduría,
y haz que sea sencillo mi poema
para que nazca humilde como el día.

EL SANTUARIO DE LA MONTAÑA

Vendrá en las claras mañanitas tuyas,
pondrá sus flores a tus pies desnudos,
levantará sus ojos pensativos
hasta tus ojos.

En tu santuario silencioso y solo,
a donde llegan todos los humildes,
te entregará la ofrenda modestísima
de su plegaria.

Al resplandor de tus azules ojos,
a tus pies la verás arrodillada,
sencilla y pura como una parábola
del evangelio.

Yo que ya tengo el corazón cansado
por las andanzas de la vieja vida,

los tres peldaños de tu altar celeste
nunca he subido.

Pero te pido que bajes los ojos
hasta su limpio corazón inmenso,
y en él verás, eterna y transparente,
mi poesía.

Su corazón lo he cincelado a solas;
égloga suave de mi primavera,
verso perfecto en el que yo he dejado
toda mi vida.

Madre de Cristo, Reina de la tierra,
toma su limpio corazón inmenso;
¡tiene algo eterno que me ha convencido
de que soy bueno!

MARÍA AGUSTINA REBECA

Sobre su corazón pondré la estrella
consoladora de mi poesía.
Me iré entregando totalmente a ella
en frases de humildad y de alegría.

Me iré entregando en todos mis momentos
para que su alma nueva me recoja,
y así mis más sencillos pensamientos
se copien dentro de su sangre roja.

Le daré lo mejor que hay en mi vida:
voluntad y pasión, fuerza y ternura,
y ante todo, esta sed siempre encendida
de levantar los ojos a la altura.

Suyos serán todos mis días buenos,
suyas mis crudas luchas interiores,
y suyos todos estos versos plenos,
miel de mi vida y sal de mis amores.

Será como un pedazo de mí mismo
lanzado al porvenir. Por su belleza
ha de soplar un hálito de abismo...
toda mi poesía y mi tristeza.

Será mi amor entrando en el futuro.
Su corazón llameante de verdad
tendrá la sencillez de un verso puro,
que nace como de casualidad.

Y cuando mis pupilas fatigadas,
no se eleven sedientas hacia arriba
cuando estén estas manos ya cansadas,
cuando la buena tierra me reciba,
su madre, que es más bella cuando llora,
cogerá su cabeza soñadora
enferma de una idealidad bendita,
se asomará a sus ojos de pasión
y en el fondo verá una lucecita
y en esa lucecita estaré yo...

APUNTES LÍRICOS

I

Te traje en brazos hasta el lecho,
toda belleza y emoción.
Así apretada contra el pecho
como se trae una canción.

Música tiene tu violento
corazón lírico y pequeño...
Cuando tú duermes, yo te siento
hasta el murmullo de tu sueño...

Ni he de pensar en este instante,
pues es tan leve tu soñar,
que con una idea vibrante
tú te podrías despertar...

II

Ser niño, niño, niño,
todo misterio y emoción,
y amar las cosas sencillas:
el pan, la miel y el sol.

Amar las cosas inútiles
con florida devoción,
y sentir volar los versos
alrededor del corazón.

Hundirse en los claros abismos
de la vida interior, y volver
transparente como el agua clara
que apaga la sed...

X

¡Oh, mujer! Estos versos tumultuosos y obscuros
que arrojo por la vida desesperadamente;
estos versos revueltos, espontáneos y duros
que lee—mansamente, sin inquietud—la gente;
estos versos llameantes, estos versos sombríos,
estos versos que tienen entrañas armoniosas,
son desesperaciones, son aullidos míos
ante el enigma eterno que hay en todas las cosas...

Yo tengo una inquietud que se retuerce loca
cuando interrogo al cielo buscando claridad,
con palabras de llamas que me queman la boca,
y quieren escapar hacia la eternidad!

XI

No es cosa de llorar ni de desanimarse,
pero es verdad. El rubio mocerío que esparce
glorias y rebeldías ya comienza a alejarse...

En un mesón de bar, desordenadamente,
hemos perdido el tiempo y el humor. El ambiente
ya comienza a enfriarse melancólicamente...

Gastón, nuestro poeta, se marchó a una obscura
provincia a trabajar cosas de agricultura.
Hoy ya no se preocupa de la literatura...

Rafael, que tenía tanto temperamento,
falleció sin dejar un libro. Un largo y lento
cansancio flota sobre los demás. Yo lo siento.

Hoy he llegado a casa y empezado a hojear
mis papeles. Ensayos y poemas. Pensar
de otros días. Cosas que no han de regresar...

Y como aquel que con una angustia secreta
antes de hacer un viaje arregla su maleta,
yo he arreglado a solas mi fardo de poeta,

¿He pensado en la muerte? Yo no sé lo que ha sido.
Pero hoy día, en la tarde, vagamente he sentido
un temor, una angustia por el tiempo perdido.

LAS MANOS

Aman el humilde
sabor del trabajo;
conocen el rostro
de los días ásperos;
viven la ternura
del hogar callado,
y tejen sus sueños
después que han ganado

la risa y el agua
y el pan cotidiano...

Mis manos son francas
y leales. Mis manos
luchan por la vida,
y pasan los años
golpeando en el yunque
del esfuerzo diario...

Vieja poesía
de nuestro trabajo,
cómo te comprenden
las sencillas manos
de los campesinos,
de los artesanos,
de la gente pobre
que sale temprano
y vuelve de noche
al rincón del barrio...

Poesía anónima
de las pobres manos,
vulgar poesía
que todos dejamos
en el calor propio
de nuestro trabajo.
Manos de poeta
que aman el trabajo,
yo espero que un día
llenas de milagros

se ahuequen tal como
las de un visionario
mendigo, y en ellas
caigan desde lo alto
una a una, todas
las estrellas...
Manos
de poeta, entonces
os moriréis bajo
los cielos vacíos
y mudos y trágicos...

RAYITO DE LUNA

Duérmete, mi linda,
duérmete, por Dios,
que estamos contigo
nosotros los dos...

En la lejanía
clara como el día
la melancolía
del ensueño aquel...
La tarde dorada,
la calle soleada,
y la risa amada
como un cascabel...

Y por la ventana
miramos lejana

la azul caravana
de la evocación...
Sueños que murieron...
cosas que pasaron,
días que se fueron
y que se olvidaron...
¡Pobre corazón!

Pero eso ¡qué importa!
si todo volvió...
Duérmete, mi linda,
duérmete por Dios...

Nos hemos querido.
Hemos hecho el nido.
Aquí hemos vivido
todo lo mejor.
Y hoy tenemos una
rosa en esta cuna,
con alma de luna
y carne de flor...

Duérmete, mi linda,
duérmete, por Dios,
que estamos contigo
nosotros los dos...

El dulce pasado
ha resucitado!
y el amor vendado
ha vuelto a pasar...

Milagro encendido
que hoy ha florecido
humilde y sentido
como este cantar...

Mi corazoncito,
¡qué bien me hace oír
el cantar bendito
que te hace dormir!
La canción serena
perfuma la voz.
Duérmete, mi nena,
duérmete, por Dios...

¡Cantares de cuna!
los sabe la luna
porque de ella son.
¡Cantares benditos
para sus ojitos
y mi corazón!

Florcita de nieve,
rayito de sol,
estamos contigo
nosotros los dos...
y los versos fluyen
como una oración...
Duérmete, mi linda,
duérmete, por Dios.

LOS MOMENTOS SERENOS

LA ESTRELLA

Una dulcísima ambición
de solitario peregrino,
vuelca un claro de luna en el camino
por donde va mi obscuro corazón.

Ha de llegar esa estupenda
noche, sin un presentimiento.
Yo la recibiré como una ofrenda
de mis tristezas y del firmamento.

Y el caso será así, sencillamente:
Bajo la noche lírica y durmiente
sentir el alma en calma tal como ella;
mirar el cielo, e impensadamente,
descubrir una estrella...

Después seguir, llevando como un lema
el cielo claro y el camino recto;
viendo cumplida la ambición suprema,
Nada más. Nada más. Todo el poema
en un verso perfecto...

Pero esa estrella será mía, mía;
antes que yo no la miró alma alguna;
y por ella será mi poesía
vecina de la luna...

Fábula viva del sereno Oriente,
ala de alondra que subió del suelo,
vértigo de tener eternamente
algo nuestro en el cielo...

Yo he de ofrecerle mi mejor ternura,
y esta fe suave que jamás perdí;
y de tanto mirar hacia la altura
algo de cielo habrá dentro de mí...

Cuando la vea el corazón dolido,
se poblará de ensueños balbucientes
y sentirá el dulcísimo latido
de las alas nacientes...

Yo seguiré sus huellas
por todos los caminos más lejanos,
y por la noche soñarán mis manos
que están llenas de estrellas...

Es esa toda mi ambición suprema.
Nada más. Nada más. Todo el poema
en un verso perfecto.
Después seguir llevando como un lema
el cielo claro y el camino recto...

LAS HUELLAS DEL MAESTRO

I

Abrir el corazón como una mano
para todo el que pide ensueño o pan,
Yo sé que hasta los astros más distantes
nuestras limosnas lograrán llegar.

La moneda que damos
alguna noche sin saber por qué
la recibe el mendigo
y la estrella también...

Rosal que suelta al viento su perfume,
río ancho y claro que se entrega al mar,
sol que alumbra la tierra. Cuando damos
nos vamos agrandando en los demás...

II

...Y así tus horas estarán sagradas.
¡Que la fiera te hiera
y que queden sus zarpas perfumadas
hasta el día en que muera!

¡Que te rompan el cuerpo los zarzales,
y que al tocar tu carne dolorida
se queden convertidos en rosales
para toda la vida!

¡Que te arranquen los ojos las sombrías
y obscuras manos de la humanidad,
pero que por tus cuencas ya vacías
puedan ver la celeste claridad!

LA FRONTERA

Hay en la vida humana una oculta frontera,
en donde abre los ojos nuestra propia verdad;
allí no languidece nunca la primavera
y nuestras manos palpan aguas de eternidad.

La vida arde con fuegos de lámpara votiva
que no habrá viento adverso que la pueda apagar,
y nuestra alma sedienta de las cosas de arriba
duerme en una dulcísima actitud de volar...

Cuando el hombre atraviesa la frontera ignorada
nuevas estrellas surgen en sus noches desiertas;
y el cosmos y el espíritu y el átomo y la nada,
se le entregan leales como manos abiertas...

Yo voy trepando aquellas solitarias pendientes;
buenas almas empujan mi barca sobre el mar...
En el viento presiento rastros de alas ardientes,
huellas de pensamientos tan altos y esplendentes
que mi espíritu pobre no las puede abarcar...

Ilusiones pequeñas, vanidades humanas,
mentiras y rencores: todo se quedó atrás.

Están clareando apenas las primeras mañanas
de unos días enormes:—¡Yo quiero subir más!

Tristezas de la tierra que yo he querido tanto
y que no he de volver a sentirlas jamás...
No importa. Unas sirenas me atraen en un canto
que viene de la altura: ¡Yo quiero subir más!

Y a los hombres que quedan solos con sus pasiones,
les dejaré, al partir de este ensueño sombrío,
unos versos sencillos y unas buenas acciones...
Lo único que fué enteramente mío...

Mis manos se despiden temblando de ternura.
Los hombres, los amores, todo se queda atrás...
Contemplo por vez última la angosta senda obscura
y despliego las alas cara a cara a la altura.
¡Yo quiero subir más! Yo quiero subir más!

Y ALZÓ LA COPA BAJO LAS ESTRELLAS

Sobre las inquietudes y los odios,
como una alondra despertó el poema,
ebrio de insospechables episodios
en la tarde enigmática y suprema...

Fué en la terraza, frente al mar, Zadara
iluminada de melancolía,
empezó a recitar como si hablara
con el ocaso y con la lejanía,

Ella ponía sus secretos fuegos
al decir el poema, lentamente;
qué bien lucían esos versos griegos
allá en el fondo de su voz caliente...

La sombra suave fué creciendo en torno
de los dos. El crepúsculo violeta
fué borrando con gracia su contorno
como para robarse su silueta.

Después, llena de ensueño y de inocencia,
al margen de una breve frase mía,
ella sostuvo con sutil vehemencia
toda la charla de filosofía.

Habló de Francia y su literatura
defendió a los filósofos germanos,
y en los ataques a la razón pura
se dió con Kant un apretón de manos.

Yo en tanto recordaba las gloriosas
noches desvanecidas y olvidadas:
Todo un mundo de lágrimas y rosas
con discusiones y con trasnochadas.

En una hora bulliciosa y honda
la conocí. Tenía el alma griega,
y detrás de sus ojos de Gioconda
temblaban los recuerdos de Noruega.

Fué en un bar apartado. Amanecía.
El alba derramaba un visionario

gris-azul. Un violín languidecía
con Grieg... «El Caminante solitario».

Nos saludamos riendo. La oportuna
música nos unió. Y a nuestro modo,
fuimos emperadores en la luna,
en el placer y en el desprecio a todo...

Y cuando, pura de melancolía
bebió conmigo por su amada Europa,
me pareció que toda el alba había
héchose ensueño dentro de su copa...

Después en su nostalgia siempre viva,
murieron sus palabras delirantes
y se quedó un momento pensativa
y con los ojos más enormes que antes,

Estaba encantadora su cabeza
de soñadora, inmóvil y sombría,
bajo la albada suave. Su tristeza
amaneció celeste como el día...

Después se fué. Los ojos tristes, graves...
Y me dejó, al marcharse apresurada,
los labios ebrios de palabras suaves
y el corazón lleno de madrugada.

No volvimos a vernos. Alas de ave
tiene el recuerdo. Vuela a sus abismos.
Y cada ensueño es una pobre nave
que va encharcándose en nosotros mismos.

Y así nos encontramos de improviso
en la terraza, frente al mar. Fué ella
como un desvanecido paraíso
que regresó con la primera estrella.

La noche surgió al fin, honda y extraña,
borrando el mar. Faltaba en el ambiente
la melodía simple de una caña
que se fuera alejando humildemente...

Nuestros cuerpos estaban silenciosos.
La champaña esperaba. A las vacías
copas llegaban toques luminosos
desde las moribundas lejanías...

Luego bebimos locamente. Para
brindar por todas las pasiones bellas,
con devoción altísima, Zadara,
alzó la copa bajo las estrellas.

Yo vibré de celestes emociones,
como si fueran en aquel instante,
a caer todas las constelaciones
en su pequeña copa de bacante.

Después, bebió y me dijo:—Soñaremos
con orgías y yo triunfaré en ellas.
Tengo en el corazón ritmos supremos.
He bebido champaña con estrellas.

¡El Milagro! Ya las constelaciones
no estaban en los hondos firmamentos,

y las sombras en nuestros corazones
se enroscaban como arrepentimientos.

Era una obscuridad trágica y nueva.
nosotros, ebrios, trémulos y mudos,
nos estrechamos como Adán y Eva,
sintiéndonos perdidos y desnudos...

Miré la copa lírica y vacía,
y pude contemplar unos instantes
que en el cristal quedaban todavía
aleteos de estrellas titilantes.

La tragedia pasó por nuestras vidas.
Y el mar quedó en tal calma sumergido,
que ambos, entre las sombras doloridas,
sentimos como si se hubiera ido...

Y la terraza, en la quietud nocturna,
parecía una barca abandonada,
que iba en la noche ciega y taciturna
enfrentando la proa hacia la nada...

MI CASA

He formado la carne de mis versos mejores
con la gracia de tu alba y humilde arquitectura;
tus ventanas me dieron horizontes y amores
y tu techumbre suave me entregó su ternura.

Bajo tus alas duermen los celestes dolores
nacidos de mi vida solitaria y obscura,
sobre la cual resuenan aires batalladores
que tienen—como pájaros—la emoción de la altura.

Ah! Cuando ya la tierra me tenga entre sus brazos
y sobre tí se arrastren los futuros ocasos
dorando tus pequeñas ventanas entornadas...

Cuando ya mis hermanos estén solos y viejos,
yo me asomaré al fondo de los pobres espejos
y en los cuartos obscuros sonarán mis pisadas...

REMEMBER

Es dulce hablar a veces de las mujeres muertas,
que al irse nos dejaron una fragancia leve.
Sus nombres tristes tienen resonancias inciertas
y nos llenan el alma de recuerdos de nieve...

Y esos recuerdos lívidos son ventanas abiertas
por donde mira al cielo nuestra existencia breve;
mientras sobre sus manos adoradas y yertas
cae tierra y olvido, pasan los años, llueve...

Y todos comentamos:—Sí... No sé qué tenía
de lejano y de triste cuando se sonreía...
¿Te acuerdas? Tanta gracia en el modo de andar...

Callamos. Ha caído un silencio del cielo,
algo como una luz o una sombra o un vuelo;
y a todos se nos quitan los deseos de hablar...

UN PEQUEÑO RECUERDO

Esa noche cenamos juntos. Nuestro destino
nos unió en sus celestes y delirantes redes.
Eramos cuatro locos de la risa y del vino:
Pablo, Alicia, Margot y un servidor de ustedes...

Pablo era un buen muchacho. Alicia, una morena
que derrochó su vida en amores triviales.
Margot... ¿qué era Margot? No sé. Pero era buena
y tenía unos ojos tan tristes y tan leales!...

Fué una noche embrujada, traicionera, encendida.
En nuestros corazones hubo una fiesta extraña
cuando rompió la música jovial, ¡Viva la Vida!
y saltó el estruendoso corcho de la champaña.

En las copas de vino
se reía el destino...
Y las copas se alzaron:—Por nuestra juventud!
Por tus ojos, Margot; Alicia, por tu boca;
por el amor, que pasa; por la gloria, que es loca;
por la vida, que ríe; ¡por nosotros! salud...!

Margot, la de los grandes ojos espirituales,
tan hondos y tan leales,
alzó la copa llena
en un brindis triunfal:
—Salud! Por los artistas que están lejos. Por Siena,
por Hübner, por Barella, por Luco, por Chazal!

Y se alzaron las copas. La música sabía
que nosotros brindábamos por nuestra muchachada.
Rompió en acordes que eran celeste brujería,
clara melancolía,
vagabunda alegría,
cálida chispería,
que llevo todavía
sobre la historia mía
como una carcajada...

Después, bajo la música que exalta
el alma adormecida
soñamos en voz alta
y hablamos de la gloria y de la vida...

Y luego nos lanzamos a la calle. La luna
llenaba las aceras.
Era tarde ya. Una
claridad oportuna
plateaba las locas cabelleras,
y acariciaba las ojeras
de nuestras compañeras.

Han rodado los años. Hoy nuestras alegrías
no tienen esa suave claridad,
y sobre el corazón caen los días
llenos de tedio y vulgaridad...

Los muchachos aquellos para siempre se han ido.
Sus ojos ya no esperan las futuras mañanas,
y sus manos lejanas
escarban en la tierra del olvido...

Los artistas ausentes
por quienes la adorable Margot brindó una vez,
han vuelto con las frentes
optimistas y ardientes
a luchar por la gloria, que ya vendrá después...

Y todos conversamos de la vida futura,
de los nuevos amores, de la literatura...
¿y de aquella Margot se acuerdan todavía?
La Margot que era flor de perenne alegría,
la loca compañera de las vidas inquietas,
la que brindó una noche por todos los poetas,
la Margot delirante
se perdió en los recuerdos de la bohemia errante...

Pero nuestro destino
nos unió en sus celestes y delirantes redes,
y en las noches de zambra, de bohemia y de vino,
resurge su recuerdo lejano y cristalino
en este corazón de un servidor de ustedes...

Mujer, yo no te amaba. Te conocía apenas,
pero tú te llevaste un algo mío,
porque cruzaste riendo allá en las nochebuenas
de mi lejano mocerío...

Hoy en la vida mía
llena de risas, luchas y de engaños,
te recuerdo con una vaga melancolía
como si tú te hubieras llevado mis veinte años...

La inscripción que merece la juventud perdida
yo la pondría sobre tu sepulcro lejano:
Era una enamorada de la vida,
y se marchó temprano!

LAS ALAS

Señor, yo te agradezco estas humildes alas
Con ternura acaricio su brillante plumaje
cuando aquí me hacen ver que las gentes son malas
y en las tardes inmensas suelo emprender el viaje.

Señor, en ellas duermen estas hambres de altura
y esta serenidad para explorar el cielo;
por ellas puedo huir de nuestra tierra obscura
y beber infinito y horizonte en el vuelo.

Señor, por la belleza que en tus obras exhalas
no quites a tus hijos sencillos y callados,
esta loca alegría de desplegar las alas
y entregarse a los cielos con los ojos cerrados!

Señor, ellas conocen todo lo que tú amas,
estrellas y paisajes, agua azul y agrios montes,
bajo sus suaves golpes fluyen los panoramas
y nos dan sus secretos todos los horizontes.

Señor, no nos las quites. Es nuestro el firmamento
por ellas, y por ellas vemos nuestros destinos;
y al trepar las alturas sentimos en el viento
la alegría del pájaro de no tener caminos!

MOMENTOS ÍNTIMOS

I

Estoy viviendo mal.
Vivo preparándome
para vivir mejor
otra vida que no deja
nunca de acercarse.

Vivo atropelladamente,
sin gustar los amores
ni las dudas
de estos días veloces

No le doy importancia
a nada del presente,
pues me parece
que mañana,
cuando llegue esa vida,
todas estas mismas cosas
las viviremos verdaderamente.

Cada sensación de hoy
me parece que no tiene
más valor
que el de un pequeño accidente
que sucedió en un viaje...
Y así voy derrochando
una gran cantidad
de vida...

Todo lo espero del futuro,
y al presente no le pido nada;
y me aterro pensando
en que el futuro tendrá que ser presente,
yo que sueño que el futuro
sea siempre futuro!

VII

Desde mi ventana,
azul, dormido, reflejando el cielo,
te veo, charco de agua.

Ingenuamente humilde,
sabes ser lírico.
Copias el cielo y con su azul te vistes.

Transparente y sencillo,
nada ocultas.
Tu buena vida
sueña desnuda.

Ayer eras nube;
hoy recuerdas el cielo
y miras hacia arriba.

Pones sobre la tierra
una ilusión de cielo.

Y esta noche
recogerán tus aguas quietas
unas cuantas estrellas.

Sólo una golondrina,
que pasó en la mañana,
supo de tu canción.

Ya mañana la tierra
te habrá sorbido enteramente,
y nadie más que yo
y un pájaro viajero,
sabremos de tu clara
y pequeña y humilde poesía.

LOS MOMENTOS LÍRICOS

DEI GRATIA VATES

Sobre estas rudas y ásperas pampas, sobre estas duras calvicies de la tierra, que aún están obscuras de vigor y barbarie; sobre estos ardorosos picachos de pujanza y rebelión, gloriosos de altura; en todos estos gestos grandilocuentes en que la vida funde sus palabras ardientes de potestad; en todos estos fieros montones de energías, por donde se arrastran los ciclones y los siglos; en todos estos suelos caldeados de ambiciones: en todos estos ilusionados campos aún incultos, tú, poeta y guerrero

de esta edad fragorosa, has de ser el primero
en abrir el camino amplio, cálido y puro,
para que se derrame la pasión del futuro!

Flor de raza y de época, que estás, con tu bondad,
sentado en las rodillas de la inmortalidad,
no debes apagar tus sólidos pensares
bajo la indiferencia de estas noches polares...
Pasa soberbiamente sobre estas multitudes
que están petrificadas de inútiles virtudes,
y solamente piensa, cuando quieras hablar,
que te escuchan los cielos y la tierra y el mar...

Cuando tú hablas dirígete al tiempo, que él te escucha;
y no tomes tu vida como una simple lucha
por desnudar el éxito. La gloria eres tú mismo,
por tus labios dialogan la cumbre y el abismo,
y sólo se realiza tu glorificación
el día en que tú llegues hasta tu corazón!
El poeta no alcanza otras glorias más puras
como cuando se funde con sus propias alturas.

Sé moderno y arcaico, y siempre indiferente
a la garra dorada y débil del ambiente.
Sé un vencedor de todo. Que tu corazón sude
éxitos. Que la época vibrando te salude,
pero tú no saludes a la época. Pasa...

Y cuando un día sientas que la canción te abrasa,
acuérdate que el mundo y que la vida gira,
y que todo el futuro, en silencio, te mira...

¡Un poeta! Son vastos milagros condensados
en un hombre. La lógica de los apasionados
átomos de la tierra, que tienen la armonía
de un engranaje pleno de la sabiduría
total del universo; la muda maravilla
de la futura gracia que duerme en la semilla
de las flores; la espada del viento que fustiga,
sobre todo lo alto—cumbre y luz—su cuadriga;
las febriles quietudes de las germinaciones
primaverales, que arden como palpitaciones
del amor de la tierra; la alegría dormida
del camino que lleva a la cumbre, encendida
de prestigio de altura; todo lo que es fragancia,
de imperio, luz de éxito, principio de arrogancia;
todo lo que levanta sus glorias terrenales
sintiendo un soplo áspero de cosas inmortales.
Todo está en el silencio de la caverna inquieta
de aquella fortaleza hecha hombre: un poeta.

Ha de ser formidable, soberbio y multiforme
como la tierra, y como ella duro y enorme.
Su palabra sabrá el pentagrama entero.
Alegre, triste, loco, hondo, fuerte, altanero.
Pues aquel que repite un cantar pensativo
no es poeta. Es un simple rimador de un motivo.

El poeta ha de ser como una llamarada
de la vida; que cada desilusión y cada
embriaguez, halle en su alma la justísima nota
del regocijo interno y de la ilusión rota.

¡El poeta ha de ser un total de atributos!
A mí se me figura que los hombres astutos
de otra edad, al formar sus rancias religiones
adornaron a Dios con los copiosos dones
de algún poeta antiguo, que además de poeta,
tenía algo de apóstol, de centauro y atleta!

Está obligado siempre a vencer de algún modo,
a sentirse más grande y a triunfar sobre todo.
Que se ponga de pie frente a las fieras cumbres,
y seguro el espíritu sobre sus fuertes lumbres,
les diga: ¡Soy más alto! Y frente al mar inquieto
le diga con voz sólida, a manera de reto:
¡Soy más soberbio! Y frente al cielo que se expande
como un sueño, que, audaz, le diga: ¡Soy más grande!
Y ante la multitud bulliciosa y airada,
que pase altivo y solo, y no le diga nada...

Sobre todas las castas está su aristocracia.
Dios le puso en la frente esplendores de gracia,
y en sus venas volcó sangre de Emperadores.
¡Que el orgullo bautice sus palabras mejores!

El poeta es la flor magnánima y robusta
de la raza y del siglo. Que su ardorosa fusta
caiga como un desprecio sobre el instinto humano
Júpiter con un haz de rayos en la mano
no sería más grande ni más soberbio. El cielo
es grande porque El lo mide con su vuelo.

En el corral los cerdos contemplan el despierto
y prodigioso vuelo del águila.—Es muy cierto,
dicen, que vuela bien, pero es una locura
dejar el campo cómodo por ir así insegura
por los aires... Nosotros si tuviéramos alas
jamás nos lanzaríamos al aire, pues son galas
inútiles. Y el águila que va sobre la sierra,
piensa, mirando el sol: ¡Qué pequeña es la tierra!...

¡Aguila de ambición, sedienta enamorada
de las estrellas, quiebra la ráfaga caldeada
con el golpe de tu ala siempre audaz. Tu silueta
se destaca en el aire enigmática y quieta.
Surcas serenamente los cielos de esmeralda
pues sabes que ellos mismos te defienden la espalda!

Aguila iluminada, que en las horas rojizas
de las tormentas crueles, vuelas y divinizas
el cielo con tu sólido símbolo de leyenda.
Cuando vas descendiendo pareces una ofrenda
que hace el cielo a la tierra; y cuando audaz escalas
la vanidosa altura, parecen tus dos alas
banderas alumbradas de libertad. Arriba
tu vuelo se despliega como una idea altiva!

A veces te obsesionan los más lejanos montes
y te echas a volar perforando horizontes,
y entonces dicen los cerdos del corral:
¡Ya estará moribunda el águila imperial,
este es el resultado de aquellas correrías!

Y quedan satisfechos. Después de muchos días
el águila regresa. firme, altanera y loca,
afiladas sus garras y su pico en la roca,
¡Volvió, dicen los cerdos, el águila imperial!
Y el águila mirando que todo rueda igual,
que el corral no ha cambiada ni ha cambiado la sierra,
dice mirando el sol: ¡Qué pesada es la tierra!

Flor de locura, carne de pasión, encendida
saeta cincelada al fragor de la vida,
tú aplicas el oído a la tierra y escuchas
como se van labrando las santísimas luchas
de la naturaleza, al amor de la tierra...
¡Amor de madre sana y robusta, que encierra
las inmutables fórmulas de aquella geometría
celeste que dirige, a espaldas del día,
la carrera consciente de los astros... Oyendo
cómo se desenvuelve el silencioso estruendo
de la fecundidad de la tierra bendita,
tu frente se emborracha de luces, y medita
en ia vibrante caja de música del mundo,
donde sólo el calor de un empuje fecundo
y único, distribuye la luz de las estrellas
y modela las nubes, que conversan con ellas,
perfila las montañas y enciende la emoción,
y es dentro de las grietas de nuestro corazón,
piedad, amor, orgullo, grises melancolías,
humedad de ternuras y chispa de alegrías!

Poeta y Vida, cómo se comprenden! Qué intensas
comuniones se abrazan en sus almas inmensas!

El poeta trepando los lomos de la sierra
grita ante cada cosa; ¡milagro de la tierra!
Milagro de la tierra, el rosal hecho rosas;
milagro de la tierra, las brisas presurosas
de la tarde; milagro de la tierra!, el boscaje;
milagro de la tierra, el picacho salvaje
donde el águila altiva triunfa y cuelga su nido;
milagro de la tierra, el espejo dormido
de los estanques viejos bajo la tarde amiga;
milagro de la tierra, la pasión de la hormiga,
que da un ejemplo enorme con su esfuerzo minúsculo;
milagro de la tierra, el viento del crepúsculo
y la canción de amores que por los campos yerra,
y el alma que la escucha, milagro de la tierra!

Y el poeta percibe una inmensa ternura
por la tierra, la madre amantísima y pura,
que con su carne firme y morena, amamanta
todo lo que palpita, o se estremece o canta;
rasal o riachuelo, montaña o mariposa:
tiene el mismo valor la cumbre que la rosa...
Y el poeta derrama sus palabras mejores
sobre la tierra, madre de todos los amores!

El poeta en su afán de ver la humanidad
a veces con su fardo desciende a la ciudad,
donde las vidas locas se empequeñecen, donde
la avaricia gitana su tentáculo esconde
para cazar mejor; en donde los amores
detrás de las ventanas se mueren con las flores

y se amasa la sombra con lumbre de dinero,
y hay duques del carbón y reyes del acero,
en donde desfallecen de anemia las ideas,
y el humo que respiran las viejas chimeneas
empaña la durmiente beatitud de los cielos.
¡Hasta los cielos manchas con los sucios anhelos
que sudas brutalmente, humanidad!

Hasta ellos
pierden sus prestigiosos y pascuales destellos
con el vaho que sube de tu cuerpo afiebrado
de ambición. El poeta mira y queda hermoseado
de silencio. Medita. Y su meditación
va sobre las pesadas redes de tu ambición
tal como una gaviota volando sobre el fango.
El poeta comprende la altura de su rango,
y apartando sus ojos del fragor del abismo
se deleita tan sólo mirándose a sí mismo!

Pero después se alumbra de una piedad inmensa...
Por su alma se desliza una humedad; y piensa
en los pobres esclavos de estos campos hirsutos,
y como lleva encima un total de atributos,
echa a volar sus albas brumas sentimentales
melancólicamente sobre los arrabales...
El candor de piedad de la cruz de la ermita
campesina, que reza, que canta y que medita
puerilmente sobre la égloga sencilla
del sonoro trigal que se estremece y brilla,
no existe en la ciudad. En ella la cruz tiene

un esplendor de espada que vence y que mantiene;
Jesús en la ciudad es fuerte y cobra rentas,
administra sus bienes y sabe llevar cuentas,
y como está contento de su positivismo
se olvida de su lírico y arcaico socialismo...

Y el poeta prosigue por las sucias callejas...
Calles convulsionadas, retorcidas y viejas
en donde los amores no tienen un retiro
con un poco de cielo donde vuele un suspiro...
Calles sin sol, en donde las tragedias nocturnas
se arrastran como brujas negras y taciturnas,
y aprietan las gargantas de las hembras perdidas
y enamoradas... Calles de gentes homicidas
que hacen pensar que nadie que vive allí proyecta
o sueña. Calles turbias de alma torpe y abyecta
como vicios ocultos. Calles sucias y faltas
de luz, por donde nunca pasarán cosas altas
y nobles. Calles grises en donde nunca hay citas
de novias, ni tampoco dulces fechas escritas
en las paredes. Calles que viven con recelo
y como avergonzadas de que las vea el cielo...

El poeta comprende que está completamente
solo. Que es la ciudad un anillo candente
de miserias. Un cauce de inquietudes. Un río
de fracasos. Comprende que en el gesto sombrío
del hombre ya no queda nada de la belleza
que mamara en los pechos de la naturaleza.
Que en la ciudad está el cielo más lejano,

y que en su mente llora todo el fracaso humano.
Que en la ciudad se abrazan las mansas amarguras
de las generaciones pasadas y futuras.
Apretada, podrida, melancólica, rota,
parece un campamento después de la derrota.
Y El la mira en silencio! Y tiene una actitud
de abuelo mitológico ante una multitud
prehistórica. Solo!

Pero escuchando atento,
el poeta percibe que el cordaje del viento
trae voces. Calientes palabras de la sierra
que tienen la alegría del olor de la tierra.
Un saludo florido de la tierra al poeta.
Y entonces El se alumbra de una albura secreta,
y sobre los humildes orgullos terrenales
pronuncia estas enormes palabras inmortales:
—Soy como el agua! Tengo su gracia y su verdad.
En mí tiembla la fórmula de la fecundidad.
Mi fe sabe el sistema de los acontecimientos
y mi mano conduce las riendas de los vientos.
Como el agua! La sangre de mi corazón sube
con calor de plegaria hecha de incienso y nube
a la altura, y desciende, en agua de piedad
y de revelación, sobre la humanidad.
Mi espíritu se forma de una suma de amores.
El orgullo bautiza mis palabras mejores!
Y por las tempestades solemnes de mi voz
bajan ráfagas cálidas, pregoneras de Dios!

LOS MOMENTOS VISIONARIOS

II.—EL LLAMADO

Crepúsculo. Altura. Comienzo de estío
Lejos de mi mismo contemplo el paisaje.
Sufro un dolor nuevo que antes no era mío,
y que es como vagos deseos de un viaje...

Una poesía de misterio crece
y ofrece a los hombres sus locas escalas;
el cielo está ahora más grande, y parece
que al alma bohemia le crecieron alas...

¿De dónde ha venido esta poesía?
¿De qué octavo cielo bajó esta emoción?
¿De dónde ha surgido esa lejanía
hecha de imposible y alucinación?

¿Por qué melodioso camino celeste
llegó este milagro de luz que me asedia?
¿Y de qué planeta se habrá volcado este
crepúsculo enorme de oro y de tragedia?

¿De dónde viniste, poesía loca,
loca como el alma y como el amor;
que pones silencio de gloria en la boca,
en los ojos llanto y en el pecho ardor?

¿De dónde viniste tan honda y tan triste,
trayéndome un soplo de la eternidad?
¿De dónde viniste, de dónde viniste
hasta el heroísmo de mi soledad?

La siento, la siento... Es sed de quimera,
ansia de ver cielo, hambre de subir,
y una valentía como si tuviera
en mis pobres manos todo el porvenir...

Son presentimientos que saltan de día,
pesadillas que arden en la obscuridad;
es algo que nace de la vida mía
que está transparente como la verdad.

Una voz me dice que he de hallar desnuda
la verdad celeste de la creación,
y he de hallarla en donde se duerme la duda
y se abren las alas de mi corazón.

De los hombres vivo lejos, lejos, lejos...
Me extrañan las fórmulas de su actividad,
y sus alegrías de tonos tan viejos,
y sus claroscuros de sensualidad.

Algo enorme y bello se entrega solemne
a todas las almas que quieren oír,
es gracia inmutable, es lumbre perenne,
es ritmo y estrella, cumbre y porvenir.

Las dos alas locas de la vida mía
se están desprendiendo de la arcilla impura,
y el corazón lírico se agita y ansía
la altura, la altura, la altura, la altura!

VII.—LA EXPERIENCIA

Heme aquí frente a frente
a la anciana otra vez.
Cayeron toques de crepúsculos
sobre las aguas del recuerdo
yo había visto aquella cara
hecha de tierra y de vejez
Y ella me dijo:
—Este camino
que fué ondulante y sugerente
como la voz de una mujer,
y que ofrecía un tercer cielo
de mirra, oro, incienso y miel;
fué una esperanza de los ojos,
una mentira de las manos,
un espejismo de la sed...
Este camino luminoso
como un futuro amanecer,
en cuyos bordes caprichosos
se repetían locamente los rubios versos del placer,
termina en esta pampa dura
llena de sombra y aridez.
Todo el camino ha sido inútil,
Tienes de nuevo, que volver.

Alza los ojos hacia arriba,
mira la vida cara a cara,
con una mística altivez,
que vaya tu alma siempre abierta
con la actitud que tiene un hombre
cuando está viendo amanecer...
Echa tus horas cuesta arriba,
contra los recios elementos,
por sobre el mal y sobre el bien,
tal como un pájaro errabundo
al cual los cielos le producen
una lejana y dulce sed...

IX.—EL VIAJE

El mineral dormita brutalmente. Un obscuro
sopor muerde su carne de piedra, bajo un duro
soplo de eternidad. Es un sueño completo,
total. Y sin embargo hay un anhelo inquieto
que con torpe cansancio, se eleva de la tierra
como una mano informe, que crispada, se aferra
casi conscientemente a todo lo que sube:
arranque de montaña o vuelo de la nube.
¡Quiere purificarse el mineral! Y anhela,
y sufre, y lucha, y quiere ser el ala que vuela,
el músculo que empuja, el ramaje que crece,
o la flor—¡geométrico verso!—que reverdece...
Pero el hombre, movido siempre en perpetua guerra,
no escucha los solemnes deseos de la tierra.
Quiere purificarse el mineral! Corrientes

de anhelos silenciosos y trágicos y ardientes,
van, como ríos, bajo su corteza dormida.
Después de muchos miles de siglos, esa vida
se retuerce y despierta hecha una yerbecilla
que un poeta—el Otoño—la coge en su amarilla
túnica; y muere para transformarse en arbusto,
y luego en árbol lírico, rumoroso y robusto.
Vuelan millares de años y el que era árbol un día
es animal ahora. Su voluntad sombría
y su alma informe guardan la triste y soñolienta
paciencia de la tierra. En su mirada lenta
lleva la pesadumbre de los árboles viejos.
Abre sus ojos grises y todo lo ve lejos...
hay nebulosas trágicas dentro de su alma bruta.
Solo quiere vivir. No ve ninguna ruta.
Y sin embargo a golpes de experiencias sufridas
en silencio, presiente ráfagas encendidas
pasar por su cerebro. Es la mañana pálida
de la razón, brillando ante la vida escuálida,
pobre, triste, desnuda...

Bajo este dolor vivo
despierta una mañana un hombre primitivo
bajo una agria y obscura caverna...

LOS MOMENTOS FUGACES

IV

Yo viví con los cómicos como con mis hermanos
sorbí todo el veneno de la vida teatral,

y tejí las volutas de mis sueños gitanos
al compás de una alegre música de arrabal.

Arrastré mi vivir bohemio y visionario
entre risas de artistas y coplas de placer,
y tras los bastidores de un antiguo escenario
me miraron amantes dos ojos de mujer...

Ahora sobre mi alma vibradora, encendida,
ardorosa de música y enferma de soñar,
va rodando como una narración desteñida
la vida cotidiana, monótona y vulgar.

Veo sobre mis horas un resplandor de ocaso,
en mí se apaga el último acorde espiritual,
y un orgullo de artista ya presiente el fracaso
silencioso, angustioso, venenoso, brutal.

Agonizan de olvido, como ensueños marchitos,
todos mis adorados talismanes de ayer;
sobre la estufa duermen mis libros favoritos
y un paquete de cartas que me envió una mujer.

Y pienso que mañana, yo el más loco gitano,
tal vez seré un anónimo pecífico, tal vez...
que leeré los diarios, me dormiré temprano
y tendré buena renta como cualquier burgués.

VI

Quilpué.—3,526 habitantes.
Comercio en desarrollo. Tierras exuberantes.

Se halla situado sobre la línea férrea. Cuenta
con ricos lavaderos de oro. Está a noventa
metros sobre el nivel del mar. Su población
es vistosa—me dice la séptima edición
de una geografía, ya desencuadernada
que aquí en mi biblioteca he hallado arrumbada.

Es mi pueblo. Sus calles largas y polvorientas
no han visto pasar nunca las ráfagas violentas
del vicio ni de la civilización. Plenas
de beatitudes, tejen, allá en sus tardes buenas,
sueños llenos de tedio y de polvo. De cuando
en cuando, algunos trenes que pasan resonando,
empujan el sencillo corazón campesino
hacia la vagabunda tentación del camino...

El alcalde es un santo varón, todo ternura,
que tiene sólo un odio inextinguible: el cura.
Y el cura, catorce años se ha fustigado en balde
por perdonar a su único enemigo: el alcalde.

Pero a pesar de estos pecados colosales
Dios aún no ha mostrado sus iras celestiales
a los 3,526 habitantes,
según la geografía que ví momentos antes.

Igual sigue la vida. Iguales las mañanas.
Unas pobres chiquillas ponen en sus ventanas
como una ofrenda al novio—las flores octubreñas
que se dan en el patio de la casa. Y risueñas
se asoman y ven que por la calle dormida
se va yendo—¡ay, Dios mío, sin vivirla!—la vida...

Claridad imposible de la tarde muriente,
que llenas de nostalgia y de oro el ambiente
del pueblo: dolorosa claridad de agonía,
que ennobleces las cosas con tu melancolía;
claridad soñadora de los pueblos dormidos,
hermanita mayor de los sueños perdidos;
claridad de oro y alma, lejana claridad,
cómo te he recordado desde mi soledad,
qué dulcemente hubieras aleteado sobre
mi inquietud humilde y mi música pobre...

Si pudiera en las aguas de tu santa tristeza
refrescar mi cansancio y apoyar la cabeza,
esta loca cabeza incurable y ardiente,
claridad imposible de la tarde muriente.

VIII

Turbias filosofías,
malas melancolías,
y artificiales alegrías
de nuestra vida artificial.
Amando el bien, amando el mal,
lejos del ideal...

Nuestras amarguras,
y nuestras locuras,
y nuestro ideal,
son literaturas,
morbosas, impuras:
calor cerebral...

Otoño en la frente,
otoño en la ardiente
y última pasión.
¿Dónde está el retoño
del amor chiquillo?
Otoño y otoño...
otoño amarillo,
ceniciento y pobre
bostezando sobre
nuestro corazón.

Nuestras amarguras
son literaturas!

No mamamos ni mieles, ni venenos,
ni emoción, ni belleza
en los pechos calientes y morenos
de la naturaleza;
ni miramos el cielo,
ni escuchamos el ritmo de la tierra
que encierra
las fórmulas que busca nuestro anhelo.

Nuestro pecado
está en haber pensado demasiado.
Nuestras amarguras
y nuestro ideal
son literaturas:
calor cerebral.

XVIII

En verso sabio y fuerte, como un glorioso bloque
de piedra, que al alzarse confusamente, evoque
visiones imposibles; en verso firme y duro
que sea el armazón de un inmenso futuro
de poesía eterna y única; en verso enorme
y claro, que refleje la vida multiforme
y bestial, he de hablar. Alegre, enternecida,
amorosa y ardiente, me escuchará la vida.

Los astros de los cielos, con agua de armonía,
me han bautizado a solas en las puertas del día.

A los pies del Señor conocí la humildad,
y en mí la traigo toda para la humanidad.

A los pies del Señor he comprendido el bien.
¡Es claro como el día! Te lo traigo también.

A los pies del Señor, sentí la poesía.
La poesía eterna! La de todos. La mía!

XX

Tuvo un amor inmenso y lo dejó pasar...
Era elegante, irónico.
Cuando algún literato le solía contar
sutilezas recónditas de su vida, Gaspar
le recetaba un tónico.

Encontraba simpático a Voltaire,
y se burlaba de don Juan Tenorio.
Gaspar tenía una mujer
para el aseo de su dormitorio.

Más de algún literato lo juzgaba
—¡Es un farsante este Gaspar!
Y él sacaba un cigarro Mariland, y fumaba.
Tuvo un amor inmenso, y lo dejó pasar...

XXII

Porque soy fuerte, quiero ser duro y austero,
y marchar siempre solo, y ser siempre leal.
Soy un vástago noble de esta América ruda,
que está sobre los hombros de la inmortalidad.

Mi espíritu ha heredado de la España caduca
un gesto desdeñoso para mirar el sol,
y así como las ásperas llanuras de Castilla
es duro, y ha nacido para conquistador.

Quiero ser como el toque de una campana antigua
que sepa de nobleza, de altura y de pasión,
y que arroje su grito por sobre las montañas
y las almas que tienen hambre de corazón.

Quiero tener los labios limpios de pesimismo,
y las manos calientes de fuerza y de emoción
y los ojos desnudos de paisajes mundanos,
para mirar el cielo y para ver a Dios.

Porque soy fuerte, llevo sobre mis hombros este
terrible cargamento de orgullo y de ambición.
¿Qué me importa la ruta de los demás? Yo tengo
mi camino. ¡El camino de mí mismo soy yo!

Soy el tipo moderno, mecánico y filósofo
que construye castillos de acero en Nueva York,
que pronuncia palabras saturadas de pólvora
y es un enamorado de la contradicción.

XXV

En esta ciudad de odios, de hierro y de tristezas,
voy nutriendo mi vida con mis propias bellezas.

Hostiles son los hombres, las cosas son hostiles
ante la pesadumbre de mis versos viriles.

Pero yo sigo solo. Es mi vida y mi abismo
esta heroica y sombría soledad de mí mismo.

Soledad que es castillo de ardientes aventuras,
guarida de pasiones, regazo de ternuras...

Mi alma hoy es un loco camino que me lleva
solemnemente, solo, hacia una vida nueva.

Siento en mi corazón un silencioso estruendo.
Es que mi juventud hoy está amaneciendo.

Y presiento la fórmula de la verdad que encierra
la armonía del cielo y el ritmo de la tierra.

Y me entrego a la vida—los brazos extendidos—
con la sensualidad de mis cinco sentidos.

Y me dejo llevar por la buena alegría,
por la santa tristeza y la melancolía.

Y soy como la vida, múltiple y multiforme:
niño, fuerte, sencillo, delicado y enorme.

Y no proyecto nada. Que los días futuros
me lleguen como obsequios temblorosos y puros.

Y no buscaré nunca otros espectadores
que aplaudan la elegancia de mis gestos mejores.

¿Aplausos? Yo me siento capaz del heroísmo
de ser poeta sólo para oírme yo mismo.

Yo soy joven y fuerte. No temo a la verdad,
y me basto a mí mismo y amo la soledad.

La soledad es cuna del alma, en donde arrullo
la santa humildad mía, que se muere de orgullo.

Amo la soledad, porque en ella me siento
grande con mi tristeza y con mi pensamiento.

Y ser como la vida que en mil vidas estalla,
y ser un día un héroe y otro día un canalla;

escribir buenos versos, tener grandes amores,
y encendidas virtudes y profundos rencores.

Yo quiero serlo todo. Cuando me haya marchado
no habrá tras mis espaldas un placer ignorado.

Mi alma contradictoria a veces se consuela
con dolores de faldas y angustias de novela.

Siento el goce de ser débil, como la ardiente
agonía sensual de una mujer potente.

Los placeres canallas son los grandes placeres
de los poetas sabios y las locas mujeres.

XXVIII

Rayito de luna: esta noche cuando
duermas en los brazos de tu madre, y sueñes;
irá el apacible pensamiento mío
a verte un momento...
Y tú, mi florcita de nieve,
soñarás con él.
Los besos que en sueños recibas
serán de verdad.
Desde lejos mi espíritu
te los enviará.
Serán besos largos, los que te daré
así como cuando jugabas conmigo.
¿Te acuerdas rayito de luna,
florcita de nieve?

Milagrito mío.
Esta noche cuando preguntes por mí

mi pensamiento te estará besando
y tu me sentirás vagamente
cerca de ti...

En tus juegos sencillos,
en tus breves rabietas,
en tus alegrías,
estaré contigo
tal como una sombra
muy tenue, muy frágil
y muy amorosa...

Cuando estés en la mesa,
la luz de la lámpara
arrojará una levísima sombra
junto a tu sillita,
y allí estaré yo
como todas las noches...

Cuando me llames muy bajito,
yo estaré contigo...
—No viene, no viene. Es tarde, y no viene...
¿Dónde se habrá ido?

Y tú, mi florcita de nieve,
quedarás inmóvil un rato
como siempre lo haces
para oír mejor...

No se sienten los pasos del viejo...
No se sienten... Es cierto.

Pero escucha más,
con muchísima atención.
Hay algo en el aire,
algo en el ambiente.
Es mi pensamiento,
que se acerca a tu lado en puntillas.

LOS MOMENTOS FRATERNALES

SALUDO

En el libro «Vaso de Arcilla» de Carlos Acuña.

En tu «Vaso de Arcilla», descuidado y sincero
destila el agua clara del último aguacero,
y esconden sus latidos
y sus versos sentidos,
las tragedias agrestes
los caminos perdidos,
y los ojos celestes...

¿Qué corazón obscuro de montaña
te dió sus emociones transparentes y rudas?
¿Bajo qué sauces dulces ensayaba tu caña
sus églogas desnudas?

Yo no lo sé, poeta; pero he de estar atento
mientras tu humilde caña vibre,
pues al son de tu cándida música, yo me siento
en pleno campo abierto y frente al cielo libre!

Vaso de Arcilla pura, en el que tú nos brindas
toda la buena vida de tu rústico alero:
¡Pocito donde beben las chiquillas mas lindas!
¡Olor a tierra húmeda y alegría de estero!

Nuestras almas están secas y desgarradas
y nuestros labios, tristes, humildes y sedientos...
Alza tu copa llena de armonías sagradas
para que las recojan las alas de los vientos,
y después en las tardes sosegadas
lluevan los suaves pensamientos...

EL MEDALLON DE ORO

A la memoria de Hugo Donoso.

Las estrellas inmensas y estupefactas, vieron
alzarse la tragedia bajo la noche loca.
Inexorables signos del cielo se cumplieron
sobre tu pecho, sobre tu sien, sobre tu boca.

Bajo la noche y ante los horizontes mudos,
caiste, ebrio de vida y ensueño, en un recodo
y así se derrumbaron tus amores desnudos
sobre la tierra santa que lo recibe todo.

Y las constelaciones aguardaron la hora
hasta que, en un oleaje de silencios y efluvios,
se abrió la eternidad, tan muda y tan sonora.
Juventud y tragedia, sangre y cabellos rubios...

Las manos de la suave Primavera, tomaron
ahuecándose, toda tu sangre de poeta,
para dar de beber a los que bien te amaron
en esta soledad de nuestra vida inquieta.

¿Qué dejaste a tu espalda? Los sueños no vividos,
los secretos no dichos y los rotos amores;
y entre el fuego de alegres besos interrumpidos,
las páginas no escritas que siempre son mejores...

Tu recuerdo será como un medallón de oro
a un tiempo melancólico y risueño y lejano;
en él vibrará siempre tu corazón sonoro
y en él tendrá tu efigie algo de un dios pagano.

«EL NIÑO QUE ENLOQUECIÓ DE AMOR»

(Novela de Eduardo Barrios)

Muchacho de ojos grandes y profundos,
que entre las brumas de tu amanecer,
con los primeros sueños vagabundos
ya sentiste pasar una mujer...

En esta tarde mansa y evangélica
el alma ya está loca de soñar...
Hay un recuerdo pálido de Angélica
y un deseo tan hondo de llorar...

Es una de esas tardes que tú viste.
Pronto el crepúsculo se abatirá.

Tú estás conmigo, dulcemente triste,
y Angélica parece que se va...

Tarde, campanas, pena y armonía,
ternura de una cosa que pasó,
silenciosa y fugaz melancolía
de lo que pudo hablarse y no se habló...

Mansa melancolía indefinible
que en el alma dormida despertó
la callada visión de la Imposible
que pasó a nuestro lado y no nos vió...

¿Alguien se fué?... De la ilusión difunta
despierta una inquietud, un no sé qué;
y aunque nadie responde a la pregunta,
bien sabe el corazón que alguien se fué...

Las montañas ardientes

LAS PALABRAS

Las palabras humildes son armoniosos vuelos
de pájaros errantes que no han venido al mundo.
Cada una posee un sentido profundo.
Hablar con sencillez es un don de los cielos.

Tienen un resplandor inmortal. Es preciso
saber amar las buenas palabras transparentes.
Yo las amo. Conozco sus perfiles ardientes.
Cada palabra tiene su oculto paraíso.

Son arcas de milagro. Nuestros grandes anhelos
se dicen con palabras claras. La poesía
de verdad amanece más diáfana que el día.
Hablar con sencillez es un don de los cielos.

FRENTE AL SOL

Poderosa mañana de primavera. El viento
lo llena todo de inquietud;
y yo siento que este momento
es como una explosión de juventud.

El fuerte sol apenas
acaba de salir,
y todas las montañas están llenas
de un resplandor de porvenir!

Mi hijo, esta pequeña creatura
toda emoción y risa, me acompaña.
Siento mi corazón lleno de altura
así como si fuera una montaña.

Aquí tienes, Señor, este pequeño
botón de rosa de la vida mía;
es más frágil que un sueño,
y más humilde que mi poesía.

Si no te pedí nunca, Señor, rosas terrenas,
las que a mí me tocaban déjaselas a él;
si miel yo puse en todas las tristezas ajenas,
tú, Señor, dale de esa misma miel.

Y si siempre mis manos estuvieron abiertas
para dar como para acariciar,
haz que se abran todas las puertas
a donde él llegue a golpear.

Señor, que las estrellas que yo tanto he amado
acompañen su corazón de peregrino;
y que todas las rosas que en mi vida he sembrado
le alfombren el camino.

Y que todos los versos que he hecho,
y que todos los sueños que he tenido,

vuelen alrededor de su pecho
cuando él esté dormido...

Sobre la tierra fresca la mañana deslíe
su luz. Del campo viene como un rumor de mar.
El niño, que me mira dulcemente, sonríe...
Yo me entrego a soñar...

¿El timón de qué barco batallador y ardiente
su mano franca guiará?
¿Y hacia qué esplendoroso y santísimo oriente
su proa firme enfrentará?

¿Qué agua clara de río
apagará su sed?
¿Qué alto camino de esperanzas
lo arrancará del lado mío?
¿Qué brazada de rosas lo embriagará en su red?

¿Qué belleza florida
nacerá en su alma loca?
¿Qué verso transparente le embrujará la vida?
¿Qué nombre de mujer le endulzará la boca?

¿Y en qué noche profunda será la luna llena
cómplice de su ensueño más oculto y amado?
¿Y qué primera duda, nacida en tierra ajena,
crecerá en su cercado?

¿Qué zarzales obscuros herirán sus sencillas
horas? ¡Yo necesito conocerlos, Señor,
para ir quemando una a una sus semillas
con fuegos que al infierno irá a buscar mi amor!

¿Qué espina de rosal romperá sus felices
ambiciones? ¡Señor, si tu voz encendida
no me la nombra, iré rompiendo las raíces
de todos los rosales de la vida!

Y si acaso hay un hombre que pueda herir su fuerte
vida que de mi vida floreció,
si acaso existe ese hombre, Señor, dale la muerte,
si no, se la doy yo!

Le mataré sonriendo, casi con un espasmo
de placer... No me importa que la gente se asombre.
Solo a tí he de gritarte con inmenso entusiasmo:
—¡Señor, he muerto a un hombre...
¡Señor, he muerto a un hombre!

Y aquí me tienes! Pura la voz, altas y claras
las miradas, serena y azul el alma mía.
Pero antes de juzgarme, óyeme todavía...
Si en este mismo instante, tu le resucitaras,
de nuevo, como fiera, Señor, le mataría...

Y aunque todos comprendan la belleza que encierra
este radiante y santo crimen de mi cariño,
yo, Señor, en silencio me marcho de la tierra,
y aquí te dejo el niño...

EL PEQUEÑO UNIVERSO

Viajar? Y para qué? El que anhela viajar
nunca verá la tierra, ni los cielos, ni el mar...

Será un ciego, mendigo de verdad. Su mirada
pasará por las cosas sin saber nunca nada.

Yo sé que entre las cuatro paredes de mi huerto
tengo encerradas todas las verdades del mundo:
el pasado brumoso y el porvenir incierto.
Mi huerto es un pequeño universo profundo.

Yo siento las más altas leyes del universo
en la hoja que cae y en el agua que juega...
La santa vida todas sus verdades me entrega
y yo no le doy nada más que mi pobre verso...

Ni la gloria, ni el oro, ni la carne, ni el mundo.
Mi huerto es un pequeño universo profundo.

AMBICION

Trabajar en un verso evocador y transparente
lejos del tiempo y de la realidad,
y batallar con sus bellezas desesperadamente
hasta la eternidad.

Que bajo la poesía de las tardes futuras
nos dé su inquietud cada estrella,
y que nos sorprenda el ancho viento de las noches obscuras
buscando la cadencia aquella...

Y eternamente así! Que el momento,
el día, el siglo, en fin, toda la vida,

nos hallen tristes y torturados persiguiendo en el viento
la palabra perdida...

Recorrer hondos ríos y trepar agrias sierras
por perseguir el ritmo más insignificante,
cruzar desesperados las más abruptas tierras
buscando los tesoros nuevos de un consonante.

Conocer los tormentos de las grandes ciudades
por dar un matiz raro a la estrofa adorada;
ir viviendo, una a una, todas las soledades
para escuchar a solas la cadencia encontrada...

Y sacrificar nuestros amores,
y recibir sonriendo la tortura,
y romper estrellas y deshojar flores
a los pies de la estrofa futura...

Y dejar atrás todo: Nuestra pena errabunda,
nuestra gloria soñada, nuestro humilde reposo;
hasta encontrar la muerte una tarde profunda
al resplandor de un verso perfecto y doloroso...

PEQUEÑA PROFECÍA

Nosotros los poetas, vamos a tener luego
una era de paz inefable. Con fe
amaremos el agua, el silencio y el fuego,
y haremos una vida de humildad. Yo lo sé.

Tendremos un pedazo de tierra, y abriremos
el surco, y nuestra propia mano sembrará el trigo,
y en nuestra vida anónima solamente tendremos
un libro y un amigo...

Y escribiremos versos. Versos solo inspirados
en los temas eternos. Tendremos una fuerte
musa que ha de encendernos duros versos forjados
en torno del amor, de la vida y la muerte...

Serán nuestros hermanos veraces y austeros
la espiga y la alborada, el verso y el panal,
las palabras humildes y los ojos sinceros
y el ideal...

Y morir... Cuatro cirios, una caja sencilla...
Después nos echarán a la tierra, a dormir...
asi como si fuéramos una santa semilla
del porvenir...

LA ORACIÓN DEL ALBA

Que todas las mañanas digamos unas cuantas
palabras de emoción, de paz y de alegría
dedicadas al sol, a la tierra, a las plantas,
al corazón y al día.

Y al conjuro de nuestras palabras quedaremos
limpios y transparentes para entrar a vivir,
y sentir como llegan los instantes supremos
desde las lejanías anchas del porvenir.

Y en todo lo que toquen estas trabajadoras manos, nuestras palabras leves y embriagadoras irán poniendo un poco de su perfume ardiente, tal como unas magnolias que al paso de las horas se fueran deshojando lentamente...

CUANDO TU LLEGUES

I

Señor, aquí me tienes esperándote,
fervoroso y desnudo,
con mi pequeña lámpara encendida
a los pies del futuro.

No sé por qué camino viene el himno
de tu perfil augusto,
pero siento el rumor de tu sandalia
en mi corazón mudo.

No sé por qué horizonte tu silueta
ha de asomarse al mundo,
pero este año las rosas nacen vueltas
hacia el Oriente rubio...

Cuando tu llegues, besaré la tierra,
en señal de saludo,
y apagaré mi lámpara, ya inútil
en tu día profundo.

Cuando tu llegues me darán las cosas
sus sentidos ocultos,
y mi vida será tan dulce como
la luna en el crepúsculo.

Cuando tu llegues, abriré mis puertas
para que entre el júbilo
del viento, y para ver los nuevos signos
de los cielos nocturnos.

Porque se poblarán de estrellas nuevas
los cielos del futuro,
cuando bajo los pechos de los hombres
se callen los orgullos.

Y en nuestros ojos quedarán tan sólo
rencores moribundos,
deshaciéndose en lágrimas, fragantes
como de un llanto tuyo.

Cuando tu llegues guardaré silencio,
y así mis versos últimos
quedarán convertidos en alegres
pájaros errabundos...

Repetiré tu nombre día a día
bajo mi techo obscuro,
para que mi vivienda quede llena
de su claro murmullo.

Hacia ti tenderé mi pensamiento
minuto tras minuto,

para que quede azul, y como enfermo
de un largo plenilunio.

Y cuando llegues besaré la tierra
en señal de saludo.

II

Es posible que tu mañana llegues
¡oh, Sembrador de rosas!
y las puertas se cierren a tu paso
y nadie te conozca!

Y caiga el resplandor de tus palabras
sobre sus almas sórdidas,
desorientadas, y sin manos para
recibir tu limosna.

Es posible que tu les digas: -Hijos,
os traigo a vuestras chozas
pan de belleza y agua de alegría.-
y los hombres no te oigan,

Y te vuelvan las caras y te nieguen,
y sus vidas anónimas
se queden agrupadas como bestias
coléricas y sordas.

Y en cambio los guijarros que acaricien
tus manos soñadoras,

quedarán convertidos para siempre
en ardientes alondras.

Santificadas quedarán las yerbas
que roces con tus ropas,
y no habrá fuego que devore al manso
árbol que te dé sombra.

¡Y el mar para copiarte la silueta
se aquietará en la costa,
y al leve peso de tu voz de seda
se partirán las rocas!

Para alumbrar tu paso, a media noche,
brillará el alba loca,
y las estrellas, antes del crepúsculo
se asomarán curiosas.

Y entonces, estos hombres de la tierra
han de dudar a solas
y han de sentir crecer un miedo oscuro
sobre sus almas sórdidas.

Y de rodillas caerán, Maestro,
a tus plantas radiosas,
y besarán el polvo, suplicándote
un asiento en la gloria.

Señor, más que el amor les mueve el miedo,
más que la luz la sombra.

Vencedor, mi príncipe; fuerte y solitario,
solo contra todos tendrás que vencer.
El triunfo está dentro de nosotros mismos:
vivir de nobleza, de altura, de fe...
El hombre es mezquino, cobarde, pequeño.
No hay que hacer confiadas alianzas con él...
Destroza la seda del cielo celeste
removiendo el agua muerta con el pie...
Vive, leal, tu vida, sin escuchar nunca
lo que el mundo puede decir de Teté...
El mundo chochea, es triste, está viejo,
ha llorado mucho, ha bebido hiel,
ha tenido guerras, ha llorado de hambre,
su boca está seca de sombra y de sed;
el mundo está viejo, pero todavía
sigue confundiendo la *d* con la *b*...

TARDECITA

Tardecita! Que mal me haces
con esta suave nostalgia
que me echas al corazón.
Ojos azules con lágrimas...

Tardecita. Yo te quiero
¡pero tú siempre tan mala!
le das un sentido tan hondo, tan hondo
a cada palabra...

Tardecita! Tus celestes
manos entran a mi alma,
y revuelven esas cosas
que ya estaban olvidadas...

Tardecita, tardecita:
cómo no oír tus palabras
si tú ya te estás muriendo...
¡Y tus palabras son malas!
Tardecita, tardecita:
ojos azules con lágrimas...

LOS HUESPEDES

I

Vienen llegando al mundo los primeros
héroes de una inmensa edad futura.
Bajo sus santos pasos tesoneros,
se hace sonora nuestra tierra obscura.

Yo ya suelo escuchar la cercanía
de sus firmes y vastos corazones.
Y cuando pienso que se acerca el día,
me asaltan bocanadas de canciones.

Yo no sé por qué lado de la vida
asomará su tea exploradora;
ni conozco la seña convenida.
Unicamente sé que ya es la hora.

Perdónales, que no saben lo que hacen,
¡oh, sembrador de rosas!

¡Al leve peso de tu voz de seda,
se partirán las rocas!

TERNURA

Oh, ternura, ternura! Aquí te tengo abiertas
las puertas de mi casa. Es tuya. Con ferviente
inquietud, yo te espero. Entra por estas puertas
copiosa y ancha como si fueras un torrente!

Ven a desordenar las cabelleras blondas
de mis niños, enciende el hogar, humedece
las flores de mi mesa, y pon palabras hondas
en cada poesía que en mi pecho amanece...

Yo estudiaré en tu carne la ciencia de los cielos,
y beberé alegría para saber vivir
y mantener ardientes los mejores anhelos,
y recibir con clara modestia el porvenir.

Llena de sencillez mi casita. Preside
nuestras íntimas charlas. Y aunque los hombres crueles
te nieguen siempre, y aunque todo el mundo te olvide,
yo, poeta olvidado, me bañaré en tus mieles.

Oh, ternura, ternura, eres mia! Te siento
sobre toda mi vida. Y siempre cuando me hundo

en la labor, tu llenas de altura el pensamiento
y haces que el verso sea misterioso y profundo.

Por ti mías serán las cosas más distantes,
y me dará la vida sus mejores aspectos.
Tú me sonreirás en todos mis instantes,
¡oh, madre silenciosa de los versos perfectos!

RIMAS

Mi corazón sencillo vive en una cabaña.
callado y lejos de la humanidad.
Bebe agua pura en la montaña
y busca la verdad.

Nunca dirá el tesoro que hay en su vida huraña,
ni su sandalia pobre entrará a la ciudad.
En claridad se baña
y está toda su carne hecha de claridad.

La única alegría que jamás le es extraña
es escuchar en la ancha soledad
la música sencilla de una caña
húmeda de astros y de inmensidad...

Para todos su entraña
tiene amor y bondad;
y el lobo, y la cigüeña, y la oruga y la araña
son sus hermanos de humildad.

Ningún rencor empaña
su firme y lírica serenidad;
y la ambición humana nunca daña
ni su quietud ni su diafanidad.

No hay triunfo vocinglero ni luminosa hazaña
que lo hagan olvidarse de su azul libertad;
su mirada tranquila no se engaña
ante ninguna vanidad.

Bebe agua pura en la montaña
y busca la verdad.

INMORTALIDAD

Padre mío, no quiero que tú mueras. No quiero
que tu nombre se borre en este barro oscuro
de la vida. Yo sé que he de dejarlo entero
escrito a sangre y fuego sobre todo el futuro...

Se lo diré al peñón más abrupto y sombrío,
al camino lejano y al pequeño rosal,
a las hojas del árbol, a las aguas del río,
a los huecos del surco y a la miel del panal.

Le enseñaré las letras de tu nombre, una a una,
a los pájaros locos y al suave amanecer;
y por ellos, más tarde, lo aprenderá la luna
y los hombres que tienen que nacer...

Se lo diré a la tierra con gritos inmortales:
amándola, besándola con desesperación.
y cuando de la tierra nazcan nuevos rosales
ofrecerá tu nombre en el primer botón.

Y se lo enseñaré a la montaña huraña,
y al viento ebrio de música y de melancolía;
para que cuando el viento vaya hasta la montaña,
la montaña, solemne, le diga;—¡Lo sabía!

Y cuando a los callados jardines otoñales
llegue el viento dormido bajo el atardecer,
regocijadamente le digan los rosales:
—Desde mucho antes de nacer!

Y así cuando a los pájaros encuentre el viento ardiente
bajo la primavera que extenderá sus galas,
los pájaros viajeros le digan dulcemente:
—¡Desde antes de ensayar las alas!

Y cuando halle a la nube,—navegante del cielo—
el viento aventurero que se revuelve y sube
que la nube le diga sin detener el vuelo:
—Desde mucho antes de ser nube!

Y si el viento va al mar, en un día de bruma,
y quiere al agua hablar,
que el agua le responda con palabras de espuma:
—¡Desde antes de llegar al mar!

Y así lo sabrán todos... ¿Todos? A veces pienso:
—¿Y cómo lo sabrán las estrellas?
La duda
no ha dejado jamás su crepúsculo inmenso
sobre mi alma desnuda...

Daré agua de mi alma a todos los sedientos,
pan de mi corazón a las fieras humanas,
y he de tener en todos mis momentos
serenidades propias para ajenos tormentos,
y horizontes eternos para ambiciones vanas...

Daré a los pobres ciegos canciones luminosas;
sobre acciones torcidas pondré palabras bellas,
y sobre hondos rencores deshojaré mis rosas...
¡Y así lo sabrán todas las estrellas!

HORAS

IV

Su belleza y la muerte siempre se han hermanado.
Viva la veo dándose a todos como el día,
vilmente codiciada por los que la han mirado;
lejana como el alba... Muerta la siento mía.

Cuando esté muerta habrá entre la vida y ella,
un frío crucifijo con los brazos abiertos,
un puñado de rosas, un mármol y una estrella,
y esa cosa lejana que nos dejan los muertos.

La besaré en la boca, le cruzaré las manos,
y la ocultaré en mi alma tal como en una cuna,
la meceré con suaves pensamientos lejanos,
y al través de mis penas le llegará la luna...

MI TORRE

Esta torre ambiciosa, desesperada y alta,
tiene un perfil sereno que en las noches resalta
sobre los horizontes desconocidos. Una
misteriosa actitud la aproxima a la luna.

Es clara y armoniosa. En sus frágiles muros
amanecen las rosas de los versos futuros...
Es lírica y es pura. Los pájaros del cielo
le entregaron la gracia y la emoción del vuelo.

Tiene el alma sensible de un niño. Cuando el viento
la azota allá en las noches heladas, yo la siento
gemir como una lira... Oscuras sinfonías
de rebelión se elevan de sus piedras; sombrías
palabras de protestas surgen de su alma inmensa,
yo la oigo y la contemplo siempre. La torre piensa.

Y en mis tardes espirituales
se asoman a sus ventanales
los cuatro puntos cardinales,
que en mi torva soledad son
cuatro copas de tentación
en que se embriaga el corazón...

Sueña el crepúsculo. Perdura
espiritualmente una pura
humedad de astros en la altura,
baten las alas luminosas
de mis estrofas dolorosas,
estrellas, lágrimas y rosas...

El paisaje está enternecido;
y desde el fondo del olvido
vuelve un rostro suave y querido...
En lo alto de la torre, pienso;
y frente al panorama inmenso
el corazón está suspenso.

Cuando yo pienso a solas, parece que esta torre
se desprende del suelo... ¿Qué arranque espiritual
la sacude? ¿Qué vértigo innombrable la lleva
hacia la altura mía? ¿Qué llamarada astral
la recoge en su onda? ¿Qué ley celeste y alta
la llama desde el ancho cielo crepuscular?
No sé. Pero en las horas en que me encuentro solo
y me entrego a soñar,
esta torre parece
una rosa caída sobre la inmensidad.

HANS WELT

Hans Welt cogió en sus manos ardientes, la desnuda hacha que él mismo había forjado con su ruda

fe de santo y de atleta, y partió. Alegremente
pasó aquella mañana por el pequeño puente
que unía su vivienda con el camino. Un pobre
puente de retorcidos troncos viejos, por sobre
los cuales muchas veces caminó su esperanza.
Los padres de sus padres, con humilde confianza
lo hicieron. Parecía un brazo dulce y manso
que invitaba al viajero a la paz y al descanso.

Hans Welt era un muchacho fuerte, enorme y huraño.
Sobre su frente había un gran silencio extraño.
Al nacer lo meció en su falda la muerte.
Después la soledad lo hizo solemne y fuerte.
Mamó en los duros pechos de la filosofía,
y jugó dulces juegos con la melancolía.

Amaba los países nebulosos y fríos,
donde todos los hombres son fuerte y sombríos
tienen una fe inmensa, un vigor lento y rudo
de pueblo exhuberante, joven, bárbaro y mudo.
Esos hombres huraños que por sus pensamientos
parecen dioses nuevos, oscuros y violentos;
y por sus emociones simples y universales
tienen dulces aspectos de niños inmortales...
Y como ellos, Hans Welt odiaba la elegancia,
la palabra sonora y la inútil fragancia
de las almas escépticas. Hans amaba lo eterno,
las fieras tempestades del universo interno,
la voluntad que vence y la fuerza que avanza.
y el dolor, árbol viejo cuyo ramaje alcanza

las últimas estrellas, y cuya raíz fuerte
se afirma, como garra de águila, en la muerte.

Hijo de un pueblo bárbaro y genial, él odiaba
la ardiente alma latina, anémica y esclava
de los matices... Alma latina, pobre ciega
que en su larga agonía, febrilmente se entrega
a cincelar sus últimos vasos, en su sombrío
palacio decadente. Su corazón vacío
sólo adora la forma, y se hunde en el abismo
de la melancolía y del escepticismo.
Y Hans Welt mantenía en su sangre, la brava
ambición de las razas jóvenes, y adoraba
la verdad y la fuerza. Hans Welt odiaba todo
lo banal, lo risueño y lo que de algún modo
hace muelle la vida, y debilita el brazo
luchador. A su alma nunca llegó el ocaso.

A LA NATURALEZA

I

¡Mírame tú si seré fuerte y puro,
si tendré hierro y roca en el espíritu,
y que en las aguas del dolor más hondo
no habré lavado el pensamiento mío,
cuando después de los voraces años
de desaliento, de labor, de brío,
vuelvo a tí tembloroso y transparente,
con mi desnudo corazón de niño!

¡Malas palabras no me hicieron daño,
no me vencieron ásperos caminos,
viejos rencores no me desgarraron
la pobre y leve túnica de lino,
ni los zarzales me desalentaron,
ni me encendieron los amores frívolos,
y las ciudades no sufrieron nunca
de las sandalias de tu peregrino!

Vengo cansado, dame tu regazo;
vengo sediento, ofréceme tu vino;
y recógeme entero, con mis ansias,
con mis locuras y mis sacrificios.

II

Tómame entero, y serás mía, mía.
Mía por la pasión de tus montañas,
mía por la ternura de tus árboles
y por el oro de tus otoñadas.

Mírame tú si seré claro y recio,
si tendré cumbres y astros en el alma.

Vengo a llenarme de tus soledades,
y quiero beber agua de montaña
en tus arroyos y en tus manantiales.
Vengo por tus espigas y tus albas,

He de arrojarme sobre el pasto nuevo,
y entre las yerbas he de hundir la cara,

y he de morder raíces
con tu alegría desafiante y áspera.

He de vivir como tus piedras, como
tus árboles robustos de retorcidas ramas,
como tus vientos agrios
que en la soledad aman
la poesía de las fuertes cumbres
y la belleza de las cosas bárbaras.

III

Mi humilde poesía
florece en tus rosas,
y mis mejores pensamientos
se encienden en tus amapolas

Mi voluntad se ensaya
frente a tus altas rocas,
y mis amores últimos
se pierden en tus tardes azulosas.

Lejos de tu cariño he caminado huérfano
en mis horas más hondas;
lejos de tu verdad
sólo vi las mentiras de las cosas;
y hoy que vuelvo hacia tí siento ansias de morirme
para que así tu tierra me recoja,
beba toda mi sangre
y me transforme en rosa,
en rosa que los vientos

deshojen sobre el agua temblorosa
de un arroyo que pase llevándose mis pétalos
a lejanos países de ciudades brumosas,
en donde nunca estuve y en donde aún me esperan
vagas mujeres, vagas visiones, vagas horas.

HIMNO

I

Hijo mío, recibe estos consejos
que son resumen claro
de amores grandes y de triunfos viejos.
Acógete a su amparo.

II

Ten para el sol que nace, cada día,
un saludo de paz y de humildad.
Ofrécele tu cuerpo y tu alegría.
¡Qué él te dé eternidad!

Entra a vivir con fe. Alas vibrantes
se han de agitar sobre tus horas quietas.
Como los charcos de agua, los instantes
tienen estrellas para los poetas.

Que cada día sea un blanco y puro
trozo de mármol que has de cincelar.
¡Artífice doliente del futuro,
Dios te bautice con agua del mar!

Y forje tu alma en yunques de montaña,
y ponga rocas en tu voluntad,
y que tu vida huraña
mame en los pechos de la soledad.

III

Porque eres amoroso, te bendigo.
Vive dando tu amor de todos modos.
Ama al rey y al mendigo
pero no ames al hombre igual a todos.

IV

No pienses en la gloria. Es una brava
mujer que pasará; pero después
al ver tu indiferencia, como esclava
se sentará a tus pies.

Yo la tuve a mis plantas muchas veces,
desnuda y enjoyada,
arrastrándose ante mis altiveces
como una linda bestia enamorada.

Hoy que no está conmigo, y no doblega
bajo mis pies su cabellera ardiente,
ni su mano finísima me entrega
el incienso ferviente;
hoy que la veo pálida y perdida
no haría nada para que volviera
a embriagar los dolores de mi vida
en la locura de su cabellera.

Cuando ella vuelva estarás tú en mi puesto...
¡oh, mi cachorro altivo!
y ella al mirar en tí mi antiguo gesto
creerá que soy yo el que la recibo.

Llegará hasta tu sitio como tantas
veces llega. Y al ver tu boca muda
llena de amor se dormirá a tus plantas,
enjoyada y desnuda.

V

¡Viva la Vida! Mi alegría es ancha
tal como un horizonte. Yo la siento
en la roca soberbia y en la mancha
de luz, en la montaña y en el viento.

En el río que corre, y en la planta
que crece, y en la estrella humedecida,
trémulo y tumultuoso se levanta
el grito de la dicha de la vida.

Para sentirla hay que tener un poco
de juventud, de fe y de sangre ardiente.
Yo, que traigo a mi espalda, un fardo loco
de entusiasmo, lo siento plenamente.

El universo es una poderosa
alegría de arroyo y de alborada
que vuela con la frágil mariposa
y ama con la montaña apasionada.

Y tu, cachorro mío, que eres fuerte
puesto que eres mi vida florecida,
has de aprender la ciencia de la muerte
siendo un enamorado de la vida.

ROMANCE

III

EL COMEDOR

El comedor... Una sala
con mil encantos marchitos
de otras épocas. En ella
se reunían los íntimos
a conversar de las siembras,
del trabajo, de los fríos...
Yo recuerdo que esa sala
tenía un techo bajísimo,
y que estaba empapelada
con un papel amarillo
con inmensas flores negras.
Ahí llegaban los tíos
pisando fuerte, y hablando
de un salteo en el camino
de la «Refuca»...
Unos cuadros
de añejo romanticismo
mostraban el oro suave
de sus marcos antiquísimos

así como un resplandor
de glorias viejas...
Un lírico
ramo de rosas, encima
de la mesa, aun con rocío
de jardín, desparramaba
su vibrante regocijo
de colores... Unos pétalos
de oro viejo, desprendidos
del ramo, sobre la roja
carpeta eran como un fino
acierto de pintor.
Sobre
los trinches, los vasos limpios
recibían los reflejos
de la mañana ¡y el vino
rojo reía en la panza
de un jarro de cuello fino!

Pero los aparadores
tenían para mí un íntimo
significado. Eran arcas
de milagro. Cofrecillos
de bendición que guardaban
los tentadores membrillos,
las pastas, las mieles rubias
los tarros de cristalinos
potajes... Todo el orgullo
de la Antuca, allí escondido
hasta que llegara el santo

de la abuela, o un Domingo
en que vinieran visitas...
Soplaba un viento levísimo
y deshojaba una rosa...
Los pétalos encendidos
casi misteriosamente
caían rompiendo el hilo
de mi pensamiento, pero
me dejaban el espíritu
fragante a rosa, a lágrimas,
a noche de luna, a río...

IV

LA RAMADA

Vieja ramada dorada,
en el jardín fabuloso...
vieja ramada dorada,
en este corazón hondo
de poeta, tú volcaste
la agonía de tus oros,
la riqueza de tus bronces
y tus fuertes toques rojos
que eran sangre de la gracia
moribunda del otoño...

De tus ramas encendidas
recibí un claro tesoro

de matices, que aún me tienen
enloquecidos los ojos...

La leve melancolía
que siempre sopla del fondo
de mis versos, toda es tuya,
es la rosa de tu otoño...

Vieja ramada dorada,
bronce, sangre, rosa y oro...

V

EL CABALLO DEL CARTERO

Benito, un hombre de bien,
era el cartero del pueblo...
Todo el día galopaba
en un pobre caballejo
color ladrillo, de lacias
orejas y soñoliento
mirar.
Filósofo dulce
de las siestas de mi pueblo,
a cuanto corazoncito
no le tronchaste los sueños...

Sobre tus lomos viajaban
las cartas que desde lejos
nos traían, como un pájaro
enloquecedor, un beso...

Palabras desde países
lejanos, pequeños duelos,
calladas lágrimas, citas,
memorias de amores muertos:
todo viajaba en tus lomos,
filósofo caballejo,
como un gran fardo de rosas
que tú ibas siempre esparciendo
por las calles polvorientas
y silenciosas del pueblo...

VI

AGUA DEL ALBA

En las mañanas de Agosto
apenas amanecía
despertaba con el ruido
de las goteras finísimas
de las canales... Era una
lenta canción monorrima
del agua clara del alba.
En el patio el sol reía,
yo me levantaba, loco
de amanecer, de alegría,
de corazón. Y bajaba
al patio, y todos los días
hallaba al pie de los caños
un charco de agua encendida
de colores... Agua azul,

rosa, violeta, amarilla...
Remanso dormido sobre
un lecho de arena fina...
Me embrujaba locamente
el charco de agua dormida,
de agua azul, de agua violeta,
de agua rosa y amarilla...

Como quisiera encontrarte
hoy, charco de agua dormida,
para arrancarme este loco
corazón, y en tu agua lírica
lavarle todas las dudas,
las viejas melancolías,
los rencores y los odios
y las venganzas sombrías,
hasta dejarlo tan claro
como tu agua encendida,
para que cual tú amanezca
sereno todos los días,
y lleno de luz azul,
rosa, violeta, amarilla...

EL POETA

Poema en siete cantos

CANTO SEGUNDO

LA TIERRA

Despertando con esa lentitud misteriosa
que hay en los largos sueños, bajo una pavorosa
sombra, el poeta oyó una voz que crecía,
inefable, imprecisa, llena de lejanía...
—Soy la tierra—decía—tu madre. Te he mecido
cantándote en voz baja como a un recién nacido;
te dí fuerzas ocultas cuando te hallabas triste,
pero tú no me viste.

Hijo mío, hijo mío, hijo de mis entrañas,
hijo como mis mares y como mis montañas,
como mis aguas claras, como mis rosas leves,
como mis mariposas armoniosas y breves,
hijo como mis hojas y como mis espumas,
como mis nubes llenas de copos y de plumas.
Hijo mío, gentil señor de tus destinos,
para que fueras libre, yo te dí mis caminos!
Las aves tienen alas para jugar al viento,
tu también las tenías, pero en el pensamiento...

Cuando tu eras pequeño, jugabas largas horas
con la arenita clara de mis playas sonoras,

y te hablaba la arena con palabras esclavas
de emoción y ternura, y tu no la escuchabas.

Mi nene—te decía suavemente la arena,—
nene, nenito mío, toda mi alma está llena
por un amor tranquilo, silencioso y profundo.
¡Juega, nenito mío, tu eres dueño del mundo!

Ahora quiero hacerme más blanda que una cuna
para mecer las rosas de tu cuerpo de luna;
seré tan fina como la espuma en que me abrigo
para no herir tus dedos cuando juegues conmigo;
los pasos de los hombres sobre mí no harán ruido
cuando te hayas dormido...

—Juega, nene, conmigo y con tus ambiciones,
eleva tus castillos, alza tus malecones,
levanta tus murallas, diseña tus senderos
para que anden los albos sueños aventureros...

Ves? Con la fe y la tierra lo puedes hacer todo.
Alas de golondrinas hizo Jesús con lodo.

Así, nene, se empieza. Así se alzan los muros,
se levantan ciudades sobre campos obscuros;
así también se forman los caminos risueños
por donde después vamos a buscar nuestros sueños.
Está en la fe y la tierra el secreto profundo.
¡Juega, nenito mío, tu eres dueño del mundo!

Después cuando fuiste hombre, frente al mundo sombrío,
te faltó, como a todos, la fe, nenito mío!

La fe, nenito mío! Sí! Cuantos torreones
no dejaste inconclusos. En cuantos malecones
sólo faltó la última piedra para triunfar;
en cuanta senda un paso sólo para llegar...

Ahora estás cansado, tienes frío. Un gran viento
de paz viene del mundo y de tu pensamiento.
No escuchaste a la arena cuando tu eras pequeño.
Duerme, nenito mío; yo velaré tu sueño.

CANTO TERCERO

EL AGUA

Una gotita de agua
tal vez recién formada por las manos de Dios,
transparente de gracia, trémula de belleza,
y aun enloquecida por el iris del sol,
hasta la losa humilde del poeta dormido,
suave como un secreto de una mujer, llegó...

Y cuando en sus tormentos de sombras, el poeta
desde la eternidad le preguntó:
—¿Y tu quien eres?—Ella, así como responden
los niños, solamente le respondió:—Soy yo...

Y vengo del remanso de alma modesta y buena
que copia el cielo y da su corazón
al pastor solitario que ensaya tristemente

en su rústica flauta, un pequeño himno al sol,
con la emoción altísima de una lejana égloga
de algún griego admirable.

Con mi claro rumor
muchas veces torcí la ruta primorosa
de tu meditación,
y sin que tu supieras, te hice pensar en anchos
caminos que conducen a los campos de Dios...

Y muchas otras veces mientras tu me bebías
refresqué tu doliente corazón
que ya estaba encharcado en las melancolías
del vivir sin saber por qué razón...

También quise entregarte el milagro que encierra
la transparencia y la emoción,
y la sabiduría que esconde cada gota
de agua que hizo el Señor.

Pero tu modelabas tus poemas mejores
para lo más efímero que hay en la creación:
primaveras de un día, glorias de un rato, dioses
de arcilla, lo que debe pasar. lo que pasó...
Y ni siquiera un leve recuerdo para el agua
que va por el arroyo niño y serpenteador,
para el agua dormida que amanece en los charcos
en las mañanas de buen sol,
para el agua que canta, para el agua que ríe...
Ni un pensamiento en flor
para el agua doliente que en las tardes de otoño

cae en la lluvia suave, como un reparador
llanto sobre los hombres
duros de corazón.

Pero ahora no es tiempo
de que escuches mi voz.
Yo arrullaré tu sueño con un rumor tan leve
como la flauta de un pastor,
de un pastor que acompaña con su música pobre
la soledad y la emoción.

Y lucharán entre la sombra espesa
con un bárbaro ardor
revolviendo la injuria y la terneza,
el odio y el amor.

Y después ya saciados los deseos
la sangre brotará roja y caliente,
y se irán apagando los jadeos
y sonarán los besos lentamente.

Y en la tarde serena y visionaria,
bajo los suaves sauces pensativos
de los campos cercanos,
no faltará una lira solitaria
que cante estos amores primitivos,
libres, hondos y humanos.

Y bajo esos amores delirantes
de las selvas vibrantes
entrarán a vivir

los rubios, poderosos y radiantes
hombres del porvenir!

LA PESCA MILAGROSA

I

Cristo díjole a Pedro: Avanza mar adentro
y allí suelta tu red,
Maestro,—respondióle Pedro,—hemos trabajado
toda la noche entera sin recoger un pez.

Cristo pensó en voz alta:
—¡Hombres de poca fe!

Y repitiole a Pedro;—Avanza mar adentro
y allí suelta tu red.

Pedro obedeció entonces. La barca entró en el agua.
Una gran ráfaga de fe
infló las velas remendadas.
Todo tenía en ese instante una actitud de obedecer.

II

Aunque los negros vientos de la vida
quieran mi leve embarcación romper,
y las heladas manos de los hombres
mi caminito siembren de desdén,
yo, navegante triste de la tarde,
mendigo errante de la dulce sed.

alzaré hacia la altura el pensamiento
y tenderé mi red.

Aunque las emboscadas de las dudas
a solas me hallen al anochecer,
y quieran apartarme del sendero
que ha de llevarme al horizonte aquel,
yo, caminante mudo del crepúsculo,
que siento el claro corazón arder,
esperaré el mandato del maestro
y tenderé mi red.

III

Y después, terminada la jornada,
de frente al viento libre y cara a cara al sol,
no tendré entre mis manos
la pesca milagrosa del Señor;
sino que entre las redes toscas y mal unidas,
recogeré temblando de emoción,
más fuerte, más sincero, más limpio, más abierto
que nunca el corazón... ¡mi corazón!...

LA ESCALA

(Fábula).

Está el primer peldaño inconsciente y dormido
mientras, ciegas, se arrastran las horas sosegadas;
él no ha pensado nunca, ni siquiera ha sentido
cómo ruedan arriba las noches estrelladas.

El segundo peldaño está inquieto. Se enciende
de cóleras obscuras y de odios extraños.
Encierra movimientos de protesta. No entiende
por qué existe él y los demás peldaños...

Pero el tercer peldaño ya ha pensado, y opina
que él se encuentra muy bien donde le han colocado.
Mira a su alrededor, pero aun no adivina
la vida de los otros que se hallan a su lado...

Y el cuarto dice: No! Escuchadme. Yo sé
toda la utilidad de vuestra vida activa.
Estais bien donde estais. Lo que ignoro es por qué
existen los inútiles escalones de arriba...

Tu no debes juzgarme—dijo el quinto peldaño—
porque yo estoy más alto. Tal vez no entenderás
bien lo que digo, porque vives en un engaño...
El que está más arriba es el que vale más.

Pero el sexto le dijo gravemente:—Escuchad:
cada uno está haciendo su vida útil y activa;
todos contribuímos algo, mas la verdad
solamente la vemos nosotros los de arriba...

Y el séptimo peldaño les dijo con ternura:
—Mi enseñanza es más bella que la flor y la nube.
Ninguno de nosotros siente la verdad pura.
La vida nos unió con su recia atadura
para formar la escala; por la escala se sube
y lo único cierto está en la altura...

INSTANTES

VIII

Señor lector:
Despreocupadamente
yo te entrego estos versos
con ese gesto fanfarrón y altivo
del muchacho que sabe que hace buenos
y evocadores versos, sobre asuntos
tan dulces y pequeños,
que los demás desprecian por banales,
Tú, mi señor lector. con altanero
ademán cogerás este volumen
diciendo:—Hay que ver que tal es esto...—
con ese tono que te das a veces
cuando quieres fiingirte con talento...
Porque tu sabes que yo sé de aquella
importancia dogmática de abuelo
que tu usas en tu casa, ante los tuyos,
cuando comentas con reposo y tiempo
temas intelectuales,
científicos y. nuevos...
Y tu honrada familia,
gente de corazón humilde y bueno,
al oirte citar a Schopenhauer,
a Rostand y a Lutero,
piensan:—Pero este Juan que sabe tanto...
(Porque tu, ya lo creo,

has de llamarte Juan. No hay duda alguna).
Y tu sonríes paternal y austero
al calor del brasero
familiar, que preside
las veladas de invierno...
Llegarás a tu casa
cuando esté anocheciendo,
con este atropellado
volumen de mis versos;
y después de comida
antes de darte el sueño,
cuando tu hijo mayor haya salido,
y tu pobre hija por matar el tedio
en el piano repase el repertorio
de sus valses domésticos,
y tu buena mujer coja un tejido
y eche a volar vulgares pensamientos;
tu empezarás, despreocupadamente,
a leer estos versos...
Verás tu vida mansa
reflejándose en ellos...
Tu vida de tranquilo oficinista
que tiene un horizonte muy estrecho
a la luz de las gafas del gerente;
tu vida silenciosa y desprovista
de valientes proyectos,
de sensaciones hondas
y de amores violentos;
tu vida que bosteza y que se aburre
detrás de aquellos números eternos

que son el pan que come tu familia
y la tranquilidad sobre tu sueño...
Pobre Juan que contemplas tu futuro
empolvado de tedio,
dormitando detrás del calendario
que nunca te hablará de dias nuevos...
Pobre Juan melancólico
que ya has adormecido el pensamiento
al compás de los valses repasados
que toca tu hija distrayendo el sueño.
Pobre Juan que no sabes de la vida
más que unos pocos párrafos ingenuos,
de un barrio triste, de una casa humilde,
y de una novia de ojos muy sinceros
que hoy es tu esposa y que te quiere mucho,
que no gusta de holganzas ni paseos,
que aconseja a tus hijas
y cuida que no tires el dinero.
Después de un largo rato
de lectura y silencio
tu mujer te pregunta: ¿Juan, que lees?...
Le dices: unos versos...
Y cuidas bien de que ella no los lea
y no despierten sus aburrimientos
que duermen sin sentirse allá en el fondo
de sus ojos sinceros...
Y sientes una cálida amargura
de que ella viva sin saber el tedio
de su vida, ese tedio que se siente
en las cosas y que se tiene miedo

de decirse en voz alta
y se piensa en secreto...
Un loco te lo dijo
al rodar de estos versos,
pero tú no te atreves
a decírselo a ellos.
El reloj canta su tic tac de pena...
Tu hijo aun no ha vuelto.
Tu hija ha dejado el piano y se ha marchado
a su pieza, llevando en sus pupilas
la mancha de ese tedio...
Tu mujer duerme en su sillón. Tu piensas.
La casa está en silencio.
En la calle resuenan las pisadas
de un transeunte, y mueren a lo lejos...
De pronto tu mujer que se despierta
te dice: Juan, no tienes sueño?...
Tu contestas:—Ya voy...
Y agregas el eterno:
Que mañana la chica me despierte...
Y con tristeza arrojas este libro.
No te gustan mis versos...

XI

Te encontré en el salón. Una historia lejana
me contaron amantes tus pupilas de añil,
y me mostró cruelmente la luz de esa mañana
todo lo mismo: el piano, el álbum y el atril...
Oh, mi novia perdida, virgencita profana

tu ya no eres mi rubia colegiala gentil
que sorprendí leyendo detrás de una ventana
bajo la luz enferma de una tarde de Abril.
Charlamos y reimos. Me hallaste muy cambiado.
Hojeamos el álbum todo garabateado
en donde había versos escritos por los dos.
Y quedó en nuestros labios nuestra charla deshecha
cuando al pie de un soneto encontramos la fecha
de aquella tarde opaca cuando te dije adiós...

XIII

Algo traen los niños de lo desconocido,
algo que no sabemos nosotros recibir.
En sus trémulas manos aun traen cogido
un resplandor del porvenir!
Ellos nacen. Nosotros tenemos el placer
vanidoso de darles el pobre saber nuestro,
sin que jamás logremos ver
que en la miel de sus labios se sonríe un maestro...
Un maestro que luego, sediento y olvidado,
mendigo de ternura, huérfano de cariño,
queda crucificado
para siempre en el fondo del corazón del niño...

XIV

En un detalle está la vida. En una
gota de agua se mira el universo.
Toda la poesía de la luna
cabe en la claridad triste de un verso.

Hay en la arquitectura de las rosas
tanto misterio como en las estrellas.
No despreciemos las pequeñas cosas;
seamos buenos camaradas de ellas...

MENADE

PEQUEÑA TRAGEDIA EN VERSO Y EN DOS ACTOS

DRAMATIS PERSONAE

Orestes	Ménade
Hermes	Urania
Heracles	Deyanira
Tibulo	Helena
Darío	Ariadna
Eliseo	Zadara
Diómenes	Amorena

FRONTIS

Vida forjada entre llamas y hierros y grandes dolores,
disciplinada en las guerras obscuras del alma,
frente al enigma brutal de la vida y la muerte,
se ha levantado enigmática y recia como una columna
sobre huracanes y sobre catástrofes ¡hacia los cielos!
Años sangrientos de luchas y sombras me han hecho invencible.
Llevo en mi pecho este trágico peto de nieves y lágrimas,
donde rebotan los pobres dolores del mundo como guijarros
lanzados al cielo a trizar las llanuras del Véspero.

Traigo en el alma mareas y vértigos de otras edades;
traigo en mi espíritu obscuros y horribles clamores,
de multitudes que luchan, que sufren y vencen;
que se alzan y quieren trepar no sé a donde...
Traigo en los labios canciones obscenas y trágicas
que en siglos lejanos cantaron los negros guerreros,
entre charcos de sangre, después del saqueo y del triunfo.
Soy multitud, avalancha, torrente.
Voy en la misma triunfal dirección en que marcha la vida
y mi sandalia se mueve al compás de los astros.
Mi corazón es un charco de viejos rencores vencidos
por mi legítimo orgullo, tan grande, tan alto,
que para hablar con los hombres
se pone un sencillo ropaje de pobre humildad...
Tengo secretos profundos que muy pocos hombres conocen:
Rijo mi vida por cifras sagradas;
pero por sobre mis ciencias astrales, tiemblo de amor como un niño
ante la tierra, ante el agua, ante el aire, ante el fuego,
y escucho el rumor de las piedras que vienen del fondo del tiempo,
el juguetear de las ondas que van hacia mundos mejores,
el jubiloso temblor de las ráfagas claras,
y el crepitar de las llamas que suben revueltas
como un haz de intenciones celestes...
Ante los cuatro elementos con fe me arrodillo,
y sobre sus bellos misterios me duermo
tal como en un nido...
Atlas moderno, al caer cobro fuerzas! La tierra, mi madre,
puso entre rocas mi espíritu por ver si cedía,
puso entre llamas mi azul corazón por sentir si temblaba,
y enterró en nieve mi fe por saber si era viva.

Y esperó un siglo. Diez siglos. Mil vidas humanas.
Vió que era un recio cachorro de razas de dioses y de águilas,
vió que en mi puño cabía el Zodíaco y el Tiempo,
vió que en el fondo de mi alma
flameaban banderas y ardían antorchas,
entonces riendo y llorando besó mis dos manos vacías,
mis ojos cerrados, mi frente dormida, mi pecho desnudo.
Y como a Lázaro Cristo, me dijo: ¡Levántate y anda!
Vine! La muerte a mis plantas espera que diga mi canto.
Los hombres...—Anónimos, tristes, revueltos—tal como una pobre
manada perdida en la noche no escuchan mis voces,
No importa. Yo así como un viejo poeta dedico mis versos al tiempo,
y canto mi canto... ¡Mi canto a la Muerte!

ACTO PRIMERO

La orgia se celebra en el interior de un templete de mármol, que se alza sobre una colina, frente al mar. El crepúsculo arroja sus últimos resplandores sobre el paisaje que se adormece lentamente. Las copas recogen leves toques de la luz del ocaso. Diríase que están encendidas. Las risas de las mujeres parecen mariposas invisibles que vuelan en torno del templete. A lo lejos suena la flauta de un pastor solitario. Por la falda de una colina, sube pausadamente un nigromante, famoso en la comarca; conoce la voluntad de las estrellas y lee el porvenir de los amantes en las líneas de sus ardientes manos.

ESCENA UNICA

AMORENA

¡Un nigromante!

ARIADNA

¡Un viejo nigromante!

ZADARA

¡Que diga
el porvenir!

HELENA

¡Que muestre si la suerte es amiga
o enemiga de nuestro corazón!

DEYANIRA

Que nos abra,
al influjo enigmático de su obscura palabra,
las puertas del destino!

URANIA

Aquí tienes mi mano,
mi mano soñadora. Dime el perfil lejano
de la vida que viene.

NIGROMANTE

(Sube al templete, y al entrar bajo la cúpula, dorada por el ocaso, hace una profunda reverencia al grupo)

A vuestras plantas. Vengo
de costas remotísimas y solitarias. Tengo
en mis pupilas viejas la oculta y negra ciencia.

que floreció en el recio país de los Atlantes.
Yo pisé la Lemuria; me asomé a las fragantes
tierras del continente Hiperbereo. Mi espalda
se humedeció al rozar estrellas de esmeralda.
Mis manos han palpado el misterio naciente
que duerme en el regazo del horizonte. Ardiente
y enjoyada, la tarde volcó en mis ojos fieros
la potencia del yunque que forjó sus luceros.
Desde entonces conozco las palabras celestes
del porvenir, mucho antes que Pan, en sus agrestes
sinfonías, las eché a rodar por la vida.

URANIA

(Tendiendo la mano al nigromante, ríe frívolamente)

Al verme así, la mano vacía y extendida,
me parece que estoy pidiéndole a la suerte
una pobre limosna por piedad...

NIGROMANTE

Se os advierte
que todos los anillos estorban. Os lo digo
por si quereis...

URANIA

(Se quita los anillos, y muestra, riendo, su mano de luna)

¡La mano desnuda de un mendigo!

NIGROMANTE

¿Qué os interesa más, de mis labios, oír?
¿Vuestro futuro o vuestro pasado?

URANIA
(Con alegría desafiante)

¡El porvenir!

NIGROMANTE
(Observando las líneas de la mano de Urania)

Te amarán por amorosa,
por ardiente te amarán,
porque es simple tu alma airosa
como las flores y el pan;
porque eres un recio y vivo
evangelio del placer,
porque es claro y primitivo
tu corazón de mujer;
porque aun no sabes nada
del árbol del bien y el mal,
y eres una llamarada
del universo sensual...
Seguirán con ansia loca
el piadoso y rubio bien
de tu vientre, de tu boca,
de tu pecho, de tu sien...
Tus días serán caminos
por donde cada pasión
se embriagará con los vinos
rojos de tu corazón.
Nadie te negará ensueño.
Nadie amor te negará,
y en tu risueño y pequeño

corazón, el alba irá
derramando sus claveles,
leve, rubia, loca y fiel...
y mojará con tus mieles
tu pura boca de miel.
La vida devuelve todo,
todo lo que tú le das:
si le das lodo, da lodo,
y si le das paz, da paz...
Cada rosal que has plantado,
oculto florecerá;
y un día, un día olvidado
desde el fondo del pasado
sus rosas te arrojará...
Ya estais servida...

URANIA

Gracias.

DEYANIRA

A mí. Tome mi mano.
Quiero romper las puertas de bronce del destino
y saber qué callado caminante lejano
ha de buscar la huella de mi pie en el camino!

NIGROMANTE
(Observando las líneas de la mano de Deyanira)

Porque amas la alegría, la pereza, el estío,
vivirás en un pueblo embrujado de sol,

en donde los paisajes enloquecerán bajo
la pesadumbre del color...
La sombra de las casas será un azul violento,
las montañas altísimas serán un resplandor
de verdes y violetas, y las aguas celestes
al beberlas darán la sensación
de que la boca está bebiendo cielo
para tranquilizar el corazón...
Tu vivirás allí unos largos días
de siestas y calor,
tendida bajo el frágil ramaje de unos árboles
tan viejos, que debieron escuchar el rumor
que hacían al pasar
las sandalias de Dios,
cuando ya se apagaba el luminoso
sétimo día de la creación.
Hasta tí llegará un hombre, un peregrino,
y a tus pies dejará su corazón,
corazón montañés, olor a río,
a planta, a tierras, a sol...
Tu te levantarás lenta, apoyándote
en su pobre cayado de pastor,
y a su lado echarás a caminar
en dirección al sol.
Cruzarán la llanura en tranquilo abandono,
mientras el silencio ancho les hablará de amor,
y después de dejar las últimas montañas
pisarán las estepas cegadoras del sol.
Y allí entre llamas rubias y vértigos de fuego,
sentirán en la sangre crepitar la pasión...

El amor hecho altura
y la carne hecha sol...
Y después de millones y millones de siglos
el cuerpo de tu amante y tu cuerpo de flor,
vendrán a derramarse sobre las rosas rojas
convertidas en luz de sol...

ORESTES

Clara profecía! Sea
realidad fragante pronto
en tu cuerpo y en tu espíritu.

HERMES

Conozcamos el horóscopo
de Ménade. Debe ser
lisonjero y luminoso
como un horizonte

MÉNADE

No.

ZADARA

Anda! Miremos el fondo
del futuro. Que la vida
es copa de vino de oro
y hay que beberlo sin miedo,
gloriosamente, de un sorbo!

MÉNADE

No!

HERACLES

Tú que has vivido siempre
en los panales del gozo;
tú que siempre has sonreído
ante el pensativo rostro
de la esfinge, ahora no tienes
derecho a volver los ojos
ante las claras palabras
de las estrellas.

URANIA

Es hondo
placer este de mirar
cara a cara el gesto fosco
del porvenir.

TÍBULO

Esa mano
hecha de luna y de loto,
que con su altivo ademán
supo subrayar el loco
final de tantas palabras
ardientes, en los ruidosos
momentos de risa y vino;
esa mano hecha de ópalos

y camelias, que ha sabido
con desenfados heroicos
saludar tantos placeres;
esa mano de fastuoso
mármol griego, que ha debido
ser de Venus, en el fondo
de un siglo muerto, en que andaban
revueltos, dioses y gnomos,
entre las claras mujeres;
esa linda mano, sólo
puede encerrar en sus líneas
el milagro de un horóscopo
de vértigos, de locuras,
de sol, de mareas, de oros...
¡Líneas rosas de tu mano
que cruzándose en gracioso
laberinto, formarán
una red que irá hasta el fondo
del destino, a recoger
el encendido tesoro
de tus vértigos de estrellas
y de tus mareas de oro!...

MÉNADE

Tengo miedo...

ZADARA

¡Mentira! No temes nada.
El volcán de oro en llamas de tu mirada

hace que sea diáfano y rubio el día;
tus pechos amamantan a la alegría;
como un chiquillo dulce, débil y fino,
en tus brazos se mece riendo el destino;
y el ritmo de tus blancos senos de luna
hace las veces de alba canción de cuna...
Sabes atar los días con los destellos
de las hebras doradas de tus cabellos;
y el encanto que viene desde el oriente
en tu cuerpo se enrosca como serpiente...
Eres linda, eres joven, eres radiante.
La carne de tu cuerpo rubio y quemante
la desean los hombres y las mujeres;
Lesbos te da las mieles de tus placeres;
eres tan poderosa como el monarca
que reparte las tierras de la comarca.
¿A qué temes, entonces? Dilo...

MÉNADE

Lo ignoro.
Siento como si todo mi albo tesoro
de juventud lo hubiera ya derrochado...
Zadara, tengo miedo de mi pasado!

ZADARA

¿Y por qué? No comprendo tu miedo ahora.

HERACLES

Son sombras que la tarde desoladora
suele arrojar al fondo de nuestros nervios.

¡Anda! Que tus celestes ojos soberbios
vuelquen su luz de aurora sobre tu vida.

MÉNADE

Es tarde. Me hallo triste y arrepentida!

HERMES

Ménade, tú estás loca... ¿quién te ha embrujado?

MÉNADE

Unas suaves palabras que he escuchado...

ORESTES

¿Unas suaves palabras?...

HELENA

¿Y de quién?...

MÉNADE

Viejos
pastores las trajeron desde muy lejos.

(Guarda un instante de silencio, y luego mirando el horizonte, empieza a hablar con un hondo misterio en la voz)

Dicen que un hombre rubio llegó a Judea
cuya palabra es clara como una tea...
Dicen que su mirada húmeda encierra
cosas que no se han dicho sobre la tierra,
y que donde su planta leve se posa
el zarzal se hace aroma, la piedra rosa...

Dicen que en la ribera los pescadores
besan sus pies orlados de resplandores,
y le siguen, le escuchan ansiosamente
cuando él alza su pura palabra ardiente
pidiendo por los pobres, por los vencidos,
por los desamparados y perseguidos,
por los que son humildes, tristes, pequeños...
El habla. Los ligeros vientos costeños
se callan para oirlo. Los horizontes
se empinan curioseando sobre los montes.

ORESTES

¿Quién es ese hombre?

MÉNADE

Cristus, el Nazareno!

ELISEO

Ménade, tú!...

DARÍO

¿Tú crees?

MÉNADE

Dulce y sereno,
dice solemnemente que Dios le envía.
¡Yo creo!

DIÓMENES

Tú, la fuerte bacante impía,
que cuando se encendían las bacanales
en las violentas noches primaverales,
surgías desafiante como un obscuro
torrente de placeres, que, hacia el futuro,
se derramara ardiendo; tú, bella y recia,
como de mármol, eres toda la Grecia...
La Grecia de los dioses y los pastores,
la Grecia heroica y blanca de los dolores
impasibles, la Grecia de nieve y fuego,
la Grecia del enorme poeta ciego...
Eso eras tú... Y ahora, ¿qué eres ahora?

MÉNADE

Una mujer estéril y pecadora!

DIÓMENES

¿Pecadora y estéril? Mientes! Tú has sido
por bella, Grecia, y como Grecia has vivido.
Y Grecia no es estéril y pecadora!
Se abatirán los siglos en turbadora
confusión; en dolido tropel las razas
marcharán al olvido; la fe, que abrazas
hoy, morirá mañana; claros imperios
llenarán catacumbas y cementerios;
dioses y monumentos quedarán muertos
debajo de la arena de cien desiertos;

pero siempre, sobre esta ruda cadena
de cataclismos, Grecia, clara y serena,
como uno de sus mármoles, se alzará riente,
coronada de pámpanos y oro la frente...
Las civilizaciones de todo el mundo
que quieran tener algo fuerte y profundo,
han de volver los ojos a nuestros días
para echar lumbre y gracia sobre sus crías...
Y los pobres poetas del mundo entero
querrán tener los ojos ciegos de Homero
para ver en sus pechos restos del fuego
que ardió en la roca viva del pecho griego.
Y tú, mujer pagana, nacida en estas
costas, bajos los oros de nuestras puestas,
¿reniegas de los dioses, del porvenir,
del pasado, de todo?...

MÉNADE

¡Quiero morir!

ORESTES

Muere, para que Pan recoja entre sus brazos
tu cuerpo y lo haga tierra. Tierra que se transforme
en rosas por las rosas que quedan en tu cuerpo;
y tierra que jamás florezca, por los malos
hechizos que se entraron a tu corazón. ¡Muere!

MÉNADE

Vosotros no debiais desear jamás mi muerte.

ORESTES

Has traicionado a Grecia en lo más puro y alto
de Grecia: en el espíritu.

MÉNADE

¿No me amais ya?

ORESTES

Te amamos y por eso queremos
que mueras.

MÉNADE

Tú, Darío, que has sido compañero
de mi infancia en Arcadia; tú, que al través del agua
de los arroyos locos, viste mis pies desnudos;
tú que me adormeciste mil veces al sonido
doliente de tu flauta; tú que cuando pequeña
me has mirado dormida; tú que me has enseñado
canciones de otros años ¿también quieres que muera?

DARÍO

Has traicionado a Grecia en lo más puro y alto
de Grecia: en el espíritu.

MÉNADE

Tú, Heracles, que has mecido
mi suave corazón con tus palabras blancas;
tú que me has enseñado todos los armoniosos
nombres de las estrellas que se veían desde

las pequeñas ventanas de esa vivienda donde
tanto nos adoramos otros años... ¿también?...

HERACLES

Has traicionado a Grecia en lo más alto y puro
de Grecia: en el espíritu.

MÉNADE

Y tú, Hermes, que siempre
entre mis brazos trémulos, me decías besándome
que si acaso en el mundo la verdad no existiera,
tu la descubrirías sólo para decirme
en mis brazos: Te adoro... ¿También, Hermes, también?

HERMES

Has traicionado a Grecia en lo más alto y puro
de Grecia: en el espíritu.

MÉNADE

Y tú, Tibulo, el loco
poeta de mi vida, que en el ritmo quemante
de mi aliento, aprendiste a medir tus hexámetros,
y a llenarlos de lumbre, de misterio, de altura.
Tú, Tibulo ¿también?...

TIBULO

Has traicionado a Grecia en lo más alto y puro
de Grecia: en el espíritu.

MÉNADE

Y tú, Eliseo, el dulce amador de estos campos,
que me enseñaste el simple secreto de los bosques,
la emoción del ramaje, la voluntad del lodo,
y la gracia ondulante de los caminos; tú,
el suave panteísta que pusiste en mi trémulo
corazón, rocas fuertes de tus montañas, agua
celeste de tus valles, y sombras de tus frágiles
árboles... ¿tú también?...

ELISEO

Has traicionado a Grecia en lo más alto y puro
de Grecia: en el espíritu.

MÉNADE

Y tú, Diómenes, tú
el fuerte enamorado de la vida, que sabes
arrancar del momento
más fugitivo y leve, el granito de oro
que sólo necesitas para encender la chispa
fugaz de tu alegría. Tú que ríes de todo
porque eres fuerte y joven; tú que todo perdonas
porque eres más risueño que Pan cuando empezaba
a hollar la campiña con su hendida pezuña,
allá en la juventud alba del universo.
Tú, Diómenes, también?...

DIÓMENES

Has traicionado a Grecia en lo más alto y puro
de Grecia: en el espíritu.

MÉNADE

Urania...

URANIA

Cuando estés muerta, yo, silenciosa
recogeré las flores de tu tumba fragante,
para tenerte siempre a mi lado hecha rosa,
y mirar en sus pétalos tu silueta distante!

MÉNADE

Helena...

HELENA

Cuando tengas ya cruzadas las manos,
yo te pondré en mi alma tal como en una cuna,
te meceré con suaves pensamientos lejanos,
y al través de mis penas te llegará la luna...

MÉNADE

Deyanira...

DEYANIRA

Mi vida ha de marchar en pos
de la tuya, por siempre! Tu irás entrando en mí,
y poco a poco iremos fundiéndonos las dos,
y el día de mi muerte me pareceré a tí...

MÉNADE

Zadara...

ZADARA

Tan unidas se encuentran nuestras vidas,
que sé que viviré tus futuros dolores,
y diré las celestes palabras encendidas
que a decir no alcanzaron tus labios gozadores.

MÉNADE

Ariadna...

ARIADNA

Como siempre son mias tus quimeras,
algo de tí amarán los hombres que me amen,
y como he de ponerme tu nombre cuando mueras
a tí te han de llamar los labios que me llamen...

MÉNADE

Amorena, qué dices?... Tengo ansias de morir,
y al mismo tiempo siento una tristeza amarga,
esa amarga tristeza que se siente al partir,
y que es mucho más larga que la senda más larga.
Tengo ansias de morir. Toda mi juventud
se ha derrumbado ya, mi corazón desprecia
la vida, pero siento una inmensa inquietud...
Amorena, qué dices?...

AMORENA

Has traicionado a Grecia...

(Ménade, inmóvil, se ha quedado contemplando las primeras estrellas. Orestes llena las copas vacías, y las va repartiendo a todos, silenciosamente. La última la ofrece a Ménade, pero antes de entregársela, le dice:)

ORESTES

Tú que naciste bajo los radiantes
signos de Piscis y de Sagitario,
tú que amaste el prestigio solitario
de las estrellas y los nigromantes;
tú que eres una viva paradoja
por tus caprichos y tus seducciones,
que pasaste como una llama roja
por el fondo de nuestros corazones;
tú que eres una antorcha de placeres
batida por arranques inmortales,
entre los hombres, entre las mujeres,
hacia los cuatro puntos cardinales;
por la influencia de tus claros astros
estás predestinada a morir luego,
y a dejar en la tierra locos rastros
de tu historia fugaz de himnos de fuego...
Las estrellas lo ordenan. Pan que te hizo
llena de azul y gracia, así lo quiere.
Eva de nuestro breve paraíso,
yo te hablo en nombre de la vida, muere!

(Todos alzan las copas y beben. Por el Oriente, un aerolito ha rayado el cielo. Pareció una trizadura del firmamento, pero fué una visión tan fugaz, tan leve, que nadie la vió.)

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

(Con sarmientos viejos, Orestes, Hermes y Tíbulo, han tejida una red, sobre la cual han colocado, desnudo, el cuerpo de Ménade. Amorena y Helena han coronado la frente de la muerta con pámpanos y rosas. Antes del alba, el cortejo ha salido en dirección a las montañas. Adelante, Orestes con una antorcha. En seguida, Hermes, Tíbulo, Diómenes, Eliseo, Dario y Heracles, llevan la red. Detrás siguen las mujeres. En la profundidad de la noche, la llama de la antorcha, llameando parece una bandera.)

ORESTES

¡Era más bella y celeste que el día!

HERMES

¡Entre sus manos quemé como incienso
mi juventud dolorosa y bravía!

HERACLES

¡Su corazón era un himno en suspenso!

TÍBULO

¡Al resonar de su voz cantarina
se me llenó el corazón de agua pura!

DARIO

¡La rosa, el crepúsculo y la golondrina
han de llorar sobre su sepultura!

DIÓMENES

¡Desde que ha muerto, la muerte es más bella!

ELISEO

(Contemplando los ramajes rojos que se destacan sobre la primera claridad de la mañana)

¡Es el otoño, el otoño amarillo;
la primavera se ha ido con ella!

(Toma un puñado de rosas de un rosal silvestre y lo arroja sobre el rostro de la muerta)

ORESTES

¡Toma mi pobre homenaje sencillo;
toma mis pálidas rosas terrenas
que al resplandor de tu adiós a la vida
han de encenderse y han de quedar llenas
de tu belleza invencible y perdida...
Caigan mis rosas de adiós en tu boca,
caigan ardiendo en tu pecho dormido,
y en tus cabellos de zíngara loca
que sin saber hacia donde se han ido...
Que se perfumen mis rosas agrestes
sobre tus manos que ya están vacías,
y en tus inmensas pupilas celestes
que ahora muertas las siento más mías!

HERMES

(Arrojando un puñado de rosas sobre el rostro de la muerta)

Recoge, reina de mis aventuras,
junto con todos mis sueños sombríos,
este saludo de flores obscuras
sobre la paz de tus ojos vacíos.
Yo que tuve en mis manos ardientes,
yo que amé tanto tus carnes doradas,
y que gocé de tus besos calientes
en el abismo de tus trasnochadas;
ahora al verte perdida y lejana
siento mi vida para siempre trunca,
y después de esta tragedia pagana
ya para mí no amanecerá nunca!

HERACLES

(Arrojando un puñado de rosas sobre el rostro de la muerta)

Porque eras linda y gentil; porque amabas
líricamente la gloria y la vida;
porque por esas tus pupilas bravas
no pasó nunca una hora perdida;
porque sabías vivir plenamente
con la pasión de tus cinco sentidos;
porque eras sabia como una serpiente
en los placeres más desconocidos;
porque tus ojos se abrían quemantes;
porque eran bellos tu vientre y tus senos;
porque tenías los labios fragantes
por los más puros poemas helenos;

porque eras casta en tus triunfos sensuales;
porque ponías ternura y belleza
en tus más rojos momentos carnales;
porque sabías amar la pereza;
porque moriste en tus claros veinte años
para que siempre tu espíritu irradie
libre de lágrimas y desengaños;
porque ya nunca te besará nadie;
porque te ves más hermosa dormida;
para que así muerta más pura te muestres,
porque prosigas soñando en la vida,
¡toma mi ramo de rosas silvestres!

(El paisaje se ha iluminado débilmente con la luz azul del alba. El cortejo se ha detenido a descansar)

TIBULO

¿Qué ruta de almas y de estrellas
llevas ahora? ¿Qué fugaz
y leve flauta de pastores
tu corazón arrullará
bajo la trágica y solemne
bóveda de la eternidad?
¿Qué pensamiento de la tierra
logra cruzar el más allá?
¿Qué grito ardiente y doloroso
traspasa la frontera astral?
¿Qué rito simple y olvidado
abre la puerta de ese mar
sin fondo, donde muda y trágica
siglos y siglos estarás?

¿Qué obscura frase cabalística
a tí mi voz hará llegar?

(Bajo el amanecer, la palidez del cuerpo de la muerta se ha tornado celeste)

Yo quiero hablarte, quiero verte,
quiero sentirte una vez más,
mirar tus ojos delirantes,
oír tu voz meridional,
y enredarme en tu cabellera
pesada, trágica y sensual.
Quiero sentirte viva, viva...
Tu carne, ardiente; tu mirar,
extraviado, y poseerte
en una locura carnal,
sobre las rocas del infierno,
sintiendo con dolor sensual
que se enroscan a nuestros cuerpos
las llamas de la eternidad.
Y así morir, ebrios, malditos...
Sentir los cuerpos, fríos ya,
podrirse poco a poco, juntos,
sin dejar de amarse jamás.

(Bajo el avance del alba, el cuerpo de Ménade se tiñe ligeramente de rosa)

Tu muerte ha sido el acicate
de mi obscura sensualidad...
Te quiero viva, viva, viva;
y un día te tengo que hallar,
rompiendo el cielo, desquiciando
las puertas de la eternidad.

y has de ser mía, mía, mía,
o por el bien o por el mal...
Y será nuestro amor al fin
una apoteosis genial,
y en sus alas de armiño y bronce
la gloria nos envolverá...

(El sol, ya próximo a salir, tiñe de oro el horizonte, y el dulce cuerpo desnudo se dora suavemente)

DARIO

Hace un millón de siglos que tu alma y la mía
se aman. En mil estrellas te he besado, mi bien;
en casi todo el cielo te he dado mi alegría
¡y tú cuántas locuras no me has dicho también!
Una noche, en Neptuno, lloraste de ternura
entre mis brazos trémulos. Tu alma ¿se acordará?
Tu cabellera rubia era entonces obscura,
y tus ojos azules eran negros allá...
En Venus, una tarde de exquisitos ardores,
besándote, mordí tu carne de clavel.
Y después de cien vidas de triunfos y dolores
aun conservo en mis labios, hecha llamas, tu miel.
Y en una estrella, en una estrellita perdida
en un rincón del cielo, un instante te ví...
Pasaste, me miraste, y en toda aquella vida
no volví a verte, pero siempre pensaba en ti.
¿A qué constelación partirá tu alma ahora?
¿En qué estrella rosada te volveré a encontrar?
¿En qué costa enigmática, solitaria y sonora,
y con qué nombre suave te volveré a llamar?

No me importa si ahora esos tus labios callan
y están tus manos pálidas y tu pecho está inerte;
pues sé que eternamente nuestros besos estallan
por encima del tiempo y a través de la muerte.

DIÓMENES

En la tarde sonámbula y dorada,
ante el paisaje de oro decadente,
mi juventud buscó un refugio ardiente
en la hoguera otoñal de tu mirada.
Tú me lo diste en una llamarada
de amor, frente a la seda del poniente,
y allí se recostó lánguidamente
el vasto atardecer de mi otoñada.
Desde entonces llevabas en el fondo
de tu mirada, el mar revuelto y hondo
de mi vida de vértigo y de ocaso...
Y ahora que te alejas de la vida,
mi pobre juventud desvanecida
se irá bajo tus párpados de raso.

ELISEO

¡Alas de seda, casco de bronce, peto de armiño!
Fuiste la musa de mis pasiones fuertes y avaras.
En tu regazo, ramo de rosas fué mi cariño,
que cayó ardiendo como una tea de llamas claras.
¡Idea libre, gesto sereno, verbo quemante!
Tenías todos los arrebatos de una bandera.
Musa futura, mitad alondra, mitad bacante,
era aureola y era serpiente tu cabellera!

¡Carne de luna, voz de milagro, manos de lino!
Esfinge frágil que despertaste mi vida muda,
cuando en tu copa soberbiamente chispeaba el vino
simbolizabas toda la Grecia simple y desnuda,
Rosa de Atenas, cielo de Roma, luna de Oriente!
Cuando pregunte la Primavera por tus supremos
y albos encantos... Cuando recuerde tu cuerpo ardiente,
Rosa de Atenas, ¿qué le diremos?... ¿qué le diremos?...

(El cortejo comienza a avanzar suavemente, serpenteando sobre el camino ondulado. Las mujeres, sin mirar el cadáver, dicen sus letanías)

DEYANIRA

Mañana de plata, torre de alegría,
caiga en tus cabellos nuestra letanía,
suave como el alba y honda como el mar.

URANIA

Cuna de lisonjas, hermana del día,
recoge en tu frente nuestra letanía,
dolorosa como la voz del pinar.

ZADARA

Luna de leyenda, rosa de armonía,
recibe en tus ojos nuestra letanía,
oro y mirra puestos al pie de tu altar.

HELENA

Vestal del crepúsculo, sirena bravía,
abriga en tu pecho nuestra letanía,
para que en tus llamas aprenda a volar...

ARIADNA

Montaña de ardores y de fantasía,
toca con tus manos nuestra letanía
para que se torne celeste cantar.

AMORENA

Lámpara de sueños, gozadora pía,
se envuelva en tus plantas nuestra letanía,
manto que en la muerte tendrás que pisar.

(El cortejo continúa avanzando en silencio. Poco a poco el camino comienza a ascender con suavidad, como una serpiente que trepara cautelosamente)

ORESTES

Por estos silenciosos caminos pasó un día!

HERMES

Yo la ví y aún conservo belleza en la mirada!

DIÓMENES

A su paso, la tierra parecía extraviada!

ELISEO

Y al ritmo de su aliento el aire se encendía!

DARIO

Tuvo la tarde esclava bajo la tiranía
de su belleza, un manso gesto de retirada!

TIBULO

Y la tarde imperial celeste y derrotada,
se derrumbó a sus plantas desde la lejanía!

HERACLES

Después, cuando pasó, se durmieron las cosas!

ORESTES

Las huellas de sus plantas se tornaron en rosas!

HERMES

Y el viento cayó como una inmensa ala rota!

DIÓMENES

Las estrellas brillaron en el cielo apagado,
como un botín de guerra, rico y desordenado,
que abandonó la tarde después de la derrota!

(La ascensión se hace cada vez más rápida. El sol está próximo a salir. El cuadro tiene una majestad inefable)

ELISEO

Tal vez fué emperatriz en un mundo distante,
donde el trigal y el alba le daban su alegría;
donde el sol era suyo...

DARÍO

Por eso es que tenía
el corazón azul y la mirada errante!

TÍBULO

El pastor solitario y el triste caminante
la encontraron a veces en plena serranía...

HERACLES

Contaba las estrellas al apagarse el día,
y a veces en los charcos se miraba un instante...

ORESTES

Tenía algo de extraño...

HERMES

Una luz...

DIÓMENES

Una sombra...

DARÍO

Algo que no se ve...

TÍBULO

Algo que no se nombra...

HERACLES

Amargura de niño...

HERMES

Pena de primavera...

ORESTES

Algo como si todos los que la hemos amado,
sin comprenderlo nunca, la hubiéramos llevado
muerta en el corazón mucho antes que muriera...

(Han llegado a la cumbre. Sobre una roca áspera y obscura, colocan el cuerpo—oro y rosa—de Ménade. El contraste de la piedra eterna y de la carne leve es tan inesperadamente hermoso, que duele mirarlo.)

ORESTES

Ménade, tu me escuchas. El oído
puesto en el muro de la eternidad,
el levísimo aliento contenido,
los ojos llenos de curiosidad...
Yo siento que me escuchas, dolorida,
detrás de las estrellas, donde nada
turba el viejo reposo de la vida...
Ménade, aquí es el fin de la jornada.

Aquí nos separamos. En la muerte
quedas tú, rubia, pálida, dormida;
nosotros, que ya nunca hemos de verte,
nos desparramaremos por la vida...
Ahora que estás muerta y que ya nada
ha de turbar tu sueño blanco y frío,
y que tu cabellera idolatrada
cuelga trágicamente en el vacío;
ahora que tus manos amorosas
se han ahuecado para recoger
la sombra de la nada y las radiosas
ilusiones del ser y del no ser;
solemnemente ahora te juramos
que siempre fuimos tuyos, que la duda
no existió entre nosotros, que te amamos
como ahora que estás muerta y desnuda,
frente a la eternidad.
Si hemos querido
verte muerta es por verte siempre pura
de alma, no por echarte en el olvido.
Te mecimos como a una criatura
con canciones de elogios transparentes,
exaltamos tus gestos infantiles
en nuestros versos clásicos y ardientes,
abrumamos tus años juveniles
con besos, con estrellas y con rosas,
pero al ver que tu espíritu pagano
besaba las sandalias dolorosas
de Jesús Nazareno, y que tu mano
iba a llamar a la pequeña puerta

del portal de Belén, para salvarte
necesitamos que estuvieras muerta,
y por encima de la muerte, amarte.
Fué un crimen de amorosos. Hoy que le hallas
donde todo se ve y donde jamás
resuenan las pobrísimas batallas
de los hombres, tu nos perdonarás.
Perdónanos, porque eres generosa
con quien supo vivir sueños contigo,
y caiga tu perdón como una rosa
sobre mi triste mano de mendigo;
y yo repartiré como despojos
de tu cuerpo sus pétalos fragantes;
algunos tendrán algo de tus ojos,
y otros algo de tus manos distantes;
y después cuando tú nos abandones,
y estemos solos con nuestros tormentos,
han de caer en nuestros corazones
y nos perfumarán los pensamientos...

DEYANIRA

(Besando los cabellos de Ménade)

En tus cabellos, porque fueron como serpientes
rubias, que se enroscaron al árbol de la vida,
para ofrecer a todos las manzanas ardientes
de la más extenuante luguria prohibida.

URANIA

(Besando la boca de la muerta)

En tu boca, porque era como un caliente nido
de doradas metáforas y besos de fuego,

y que al morir dejó, por siempre, interrumpido
el encanto imperial de un hexámetro griego...

HELENA

(Besando los ojos de Ménade)

En tus ojos celestes de inmensidad... Celestes
de ternura, de cielos, de oros otoñales,
de poemas paganos y de cosas agrestes...
Ojos húmedos de llantos inmateriales...

ARIADNA

(Besando las manos de la muerta)

En tus manos vacías que se ahuecaron para
recibir el misterio de la muerte. En tus manos
que recorrieron todos los países ¡Oh, avara
de emociones! buscando los placeres lejanos!

ZADARA

(Besando el pecho de Ménade)

En tu pecho callado, frágil arca de amores,
que ha quedado vacía para siempre. Dolido
y helado el corazón, entre grandes terrores,
temblará en su interior como un niño perdido...

AMORENA

(Besando los pies de la muerta)

En tus pies leves y albos, que anduvieron veinte años
por las tierras celestes de la felicidad;

tenían alas, eran a la fatiga extraños,
y daban al camino, paz, lumbre y humildad...
(El sol, como fondo de apoteosis, aparece en el horizonte)

ORESTES
(Al sol)

¡Muerta y desnuda te la devolvemos!
Vivió, gozó, triunfó siempre a tu amparo,
y frente a los crepúsculos supremos
su corazón se hizo sencillo y claro.
Supo entregarse a los mortales fuegos
de todas las más rudas emociones.
Era gentil. Sabía versos griegos
y suaves nombres de constelaciones.
La breve historia de su vida cabe
en un hexámetro. Era la alegría,
la fe, el amor... En su mirada suave
había algo que siempre amanecía.
Porque siempre te amó en su vida loca,
hoy que está muerta a ti te pertenece.
Tuyos son estos ojos, esta boca
este pecho que ya no se estremece,
tuya esta fabulosa cabellera,
tuyos sus sueños albos y supremos,
tuya, por fin, tuya su vida entera.
¡Por eso, oh Sol, aquí te la traemos!

Los Horizontes

MARÍA MAGDALENA

María Magdalena, entre los esplendores
del Gólgota, tú yergues tu pagana hermosura.
Tu cabellera rubia es un río de amores
que se ha volcado sobre la Sagrada Escritura.

Sí, le amaste, le amaste! En vano la Sagrada
Escritura lo calla. Tu amor, ensueño blondo,
torrente derramado, ansiosa llamarada,
no cabe en el silencio; es más ancho, más hondo!

Lo sabían las rosas; el viento lo sabía;
la noche en sus rumores inmensos lo cantaba.
—¡Era suyo!—decía con voz de luz el día.
La roca sin entrañas, gemía:—¡Era su esclava!

Nadie lo adivinaba, nadie lo comprendía,
¡y esos ojos azules que lo adoraron tanto,
después de veinte siglos, lo gritan todavía
al través de la pena, del silencio y del llanto!

Le amaste, sí, le amaste. La suave Palestina
sintió pasar tu humilde sandalia en busca de EL.
Y por ese amor mudo, para ti, cada espina
fué rosa, cada injuria breve sorbo de miel.

Amor montaña; amor que nunca hubiera sido
capaz de resistirlo el corazón del hombre;
amor que iba hacia el cielo... ¡Oh, quien hubiera oído
tu fina voz hebrea pronunciando su nombre!
Tu amor ardió en la sombra de un silencio siniestro.
Tus besos no alcanzaron a restallar bravíos,
y al morir te llevaste la imagen del Maestro
clavada allá en el fondo de tus ojos judíos!

ELLA

Hombre que vienes mostrando tus bríos
en un millón de violentas hazañas,
enderezando su curso a los ríos
y abriendo el vientre de oscuras montañas;

hombre que vienes surgiendo altanero
de una edad toda erizada de guerras,
con el dolor de sentirte extranjero
en todos los mares y en todas las tierras;

hombre que vienes saliendo de aquellas
toscas y enormes cavernas calladas,
al resplandor de las mismas estrellas
que te alumbraron las negras jornadas;

hombre que vienes alzándote apenas
del bosque azul de las mitologías,
y que escuchaste cantar las sirenas
y viste centauros en tus correrías;

hombre que junto a tu yunque sonoro,
entre el fragor de tus días veloces,
le arrebataste a la tierra el tesoro
para ponerlo a los pies de tus dioses;

hombre del mundo, que nada te arredra,
que levantaste del polvo terreno
esos inmensos poemas de piedra
y este deseo inmortal de ser bueno;

hoy frente a estas ciudades alzadas
con el tesón de tus brazos nervudos,
entre las locas riquezas logradas
ves a tus pobres hermanos desnudos.

Cuando creías la lucha acabada
ves levantarse el más negro episodio,
y has de emprender una nueva jornada
entre la sangre y el fuego y el odio.

Son tus hermanos y te mueven guerra;
están por el oro y el mando beodos;
te han arrancado tu trozo de tierra
y sus espigas no son para todos...

A muerte es la guerra. Tu mano vibrante
no puede confiar en ajenos socorros;
si ahora no logras pasar adelante
mañana tendrán que caer tus cachorros...

Solo te sientes en esta emboscada;
ajena la tierra, los cielos vacíos;
y ya contempla venir tu mirada
todo un torrente de días sombríos.

Solo a las puertas de un nuevo suplicio,
y éste de nada podrá dejar rastros:
hundidos los pies en el hambre y el vicio
y tu cabello se enreda en los astros...

Solo ante el torvo perfil de la vida
en este rojo momento del mundo;
está en tu mano la tea encendida
y te rodea un silencio profundo.

La guerra es a muerte. Confía en tu estrella.
Pero en la lucha que ya ha comenzado,
alguien no quiere dejarte... ¡y es ella!
¡la que jamás se apartó de tu lado!

La que te mira con ojos tan hondos,
la que te ayuda en tus días sombríos,
y la que lleva en sus pechos redondos
la leche santa que maman tus críos.

Ella en la altura tus sueños mantiene;
y es tu rosal, tu camino y tu estrella,
y desde el fondo del tiempo ella viene,
linda y callada, siguiendo tu huella...

Ella en los ásperos días ponía
fuego en tu oscura guarida salvaje,
y en las mañanas de sol te seguía
su voz ardiente al través del boscaje.

Reina y esclava, siguió tu destino;
por ella la ruta te supo más bella;
si vuelves ahora a mirar el camino
verás confundidas tu huella y la de ella...

Contigo en la dura caverna sonora;
contigo en la guerra y contigo en el arte;
mil vientos contrarios te asaltan ahora
¡y ahora tampoco ella quiere dejarte!

Cómo no quieres que tu alma mendiga
siempre ternura en su pecho no encuentre,
cómo no quieres que te ame y te siga
¡si ella ha sabido llevarte en el vientre!

Porque eres su carne, porque eres su vida,
hoy que te ve envuelto entre cien huracanes,
en este episodio brutal de tu vida
¡ella reclama su parte de afanes!

Quiere ser libre, forjar su futuro;
sus hombros de nieve no eluden la carga;
y pide en el día más negro y más duro
apurar contigo tu pócima amarga.

No pidió derechos en los claros días
cuando libremente volaba el encanto
de los madrigales y las hidalguías,
¡los reclama ahora que hay trabajo y llanto!

Ahora que todas las manos son pocas
para alzar las nuevas y ardientes banderas,
ahora que tiemblan dudando las rocas
y los hombres luchan como las panteras.

Es gesto de madre su gesto de ahora,
ademán sangriento y arranque bravío;
es fiera que salta atropelladora
porque ve el peligro que corre su crío!

Rompe sus cadenas que son criminales,
álzala a tu lado que es tu compañera;
y cuando se miren de iguales a iguales
¡será lo más grande de tu vida entera!

Súbela a tu lado, pásale tu arado,
y vencerán juntos a la suerte terca;
pues cuando consigas sentirla a tu lado
¡se parará el sol a mirarte de cerca!

Dios allá en el alba de la edad primera,
dice en sus versículos la Santa Escritura,
desde el paraíso donde los pusiera
los arrojó juntos a la tierra oscura.

Y juntos bajaron. Pero ya mañana
a tus pies el cielo caerá sumiso;
y si unes tu mano con su mano hermana
morderás, si quieres, la misma manzana
en la misma tierra de ese paraíso...

SUPLICA POR EL NIÑO AUSENTE

Señor, no está conmigo. Tu mano me lo debe.
Señor, anda distante por el mundo, y es mío!
Señor, si él te lo pide, entíbiale la nieve,
párale el sol y tuércele la carrera del rio!

Señor, es carne mía, y qué lejos camina...
¿Para qué me das este paisaje, y esta luna,
y esta calma de seda y esta dulce colina?
Son de él estas bellezas. Yo no quiero ninguna...

Para tí, aquí en mi pecho, Señor, me estoy buscando
la plegaria que tenga más ansia y más ternura!
Señor, díle al camino que sea breve y blando,
suplícale a la tarde que caiga con dulzura!

Que se torne miel rubia el agua cuando él beba,
que se convierta en rosa el guijarro que él mire,
y echado aquí a tus plantas, nada habrá que me mueva,
edades tras edades, mientras la tierra gire.

Si él no se halla conmigo, ¿de qué sirve el verano?
¿A qué viene la luna si él se encuentra ausente?

Aquí le espero mientras cae la tarde en vano,
y mientras el rosal florece inútilmente...

Si mi beso pudiera apartar un guijarro
de la senda por donde su suave pie camina,
yo me arrodillaría y besaría el barro,
besaría el abrojo, besaría la espina!

Pero mi pobre beso, Señor, no puede nada...
Ni apartarle la sombra, ni guardarle del frío,
ni acortarle el camino, ni ablandarle la almohada.
¡Qué poco puede un beso en el mundo, Dios mío!

Pero yo espero, espero. Aquí en mi pecho triste
está ardiendo en hoguera tu palabra divina.
Yo tengo fe, Señor, y tú ya nos dijiste
que al soplo de la fe la montaña camina...

LA VÍSPERA

Hoy este corazón se ha transformado en cuna,
y en el día no cabe entero mi cariño.
Tú no lo sabes, árbol; tú no lo sabes, luna;
tú no lo sabes, agua... ¡Mañana llega el niño!

Acórtate, camino! Apresúrate, día!
que detrás de tí vienen su mirada, su boca,
su entusiasmo, su mano... ¡Todo eso es carne mía!
Tú no lo sabes, nube; tú no lo sabes, roca...

Y el día va tan lento, cansado bajo el peso
de mi ternura inmensa. ¡Apresúrate, día,
mira que aquí en la boca ya no me cabe el beso,
y en la espera me está doliendo la alegría!

Y tener que esperar que pase lentamente
la eternidad celeste de este día de invierno
pegada a los cristales la enloquecida frente,
esperando que empiece el crepúsculo eterno.

Y tener que pasar la intensa noche entera
frente a frente al camino callado y solitario;
contando las estrellas para endulzar la espera.
Aldebarán... Andrómeda... Boyero... Sagitario...

Y tener que esperar que el alba soñolienta
apague las estrellas; que suene una campana;
que una vaca distante muja solemne y lenta,
que pase un campesino, que se abra una ventana...

Y salga el sol. Y rompa la fina algarabía
de los pájaros ebrios con la gracia del vuelo.
Acórtate, camino! Apresúrate, día!
que ya he contado todas las estrellas del cielo.

Pero el sol se ha parado... Corazón mío, vé
solo, llevando a cuestas tu cariño profundo,
entra a la eternidad y grítale a Josué
que el sol se ha detenido otra vez en el mundo!

MIS VERSOS

Hechos con sangre de la lucha diaria,
moviendo guerra dentro de mi mismo,
contradictores y batalladores
salen al mundo.

En hierro y roca los forjé. No quieren
otro placer que el de esperar los años,
y soportar las olas del futuro,
recios y enteros.

Bebieron lumbre en ambiciones viejas,
se levantaron en este mi pecho,
desordenados, atropelladores,
provocativos...

Yo que no espero nunca de los hombres
ni amor, ni gloria, ni amistad, ni nada;
supe nutrirlos con mi torva y muda
desesperanza.

Mis versos odian la elegancia, el brillo,
la moda, el tiempo... Cuando todo pase,
ellos en pie se mantendrán, altivos
como vanguardias.

¡Cachorros míos! Yo los quiero. Nunca
buscan arrimo en la opinión ajena.
Que solos vivan como yo, su padre,
que mueran solos.

Los he llevado mucho tiempo adentro,
bebieron mucha leche de anarquía
para que un día la mano del hombre
pueda torcerlos.

En el estudio, en el pensar callado,
en las más duras convicciones mías,
pronto aprendieron a ensayar las zarpas
y abrir las alas.

¡Cachorros míos! Puse al engendraros
odio y amor, revueltos, hechos llamas.
Salid desnudos, en plena barbarie,
de mis cavernas.

Os quiero ver hechos panteras, águilas,
contra este siglo decadente y fácil;
hogueras de odio, teas de cariño,
yunques de fuerza.

Os quiero llenos de pasión antigua,
como alaridos y como revanchas;
os quiero firmes, duros, primitivos,
os quiero bárbaros.

El vulgo cree que decir bellezas
es fácil juego de mujeres tristes,
tarea inútil que no puede nada
contra la vida...

¡Ah, si supieran que Belleza es siembra
en la que nunca se halló grano vano,
cuya cosecha a recoger no alcanza
todo una vida!

Siembra que Dios arroja en nuestras manos
y que nosotros vamos dispersando
por sobre el vulgo que, sin saber nada
rumia sus penas.

Moved vosotros, en venganza, guerra
contra la lenta incomprensión que duerme,
contra sus dudas, contra sus tinieblas,
contra sus goces.

Que estalléis quiero como bombas para
iros poniendo con amor y tiento,
donde mastica sus ideas tardas
la medianía.

Que estalleis donde sangre más la herida,
donde más hondo el daño se adivine
en sus amores, en sus religiones,
en sus orgullos.

Hay que luchar con armas prohibidas
que aquí el asalto por la espalda es válido,
y la emboscada es justa, como el fiero
golpe a mansalva!

ESPERA

Hermano, antes que estén tus cabellos plateados.
y antes que los rosales florezcan nueve veces,
su sandalia callada pisará los caminos
de este mundo demente.

Antes que pasen estas batallas tormentosas
y que las llamaradas de los rencores cesen,
caerán en las tristes cabezas de los hombres
sus palabras celestes.

Antes que al mundo vengan los hijos de mis hijos,
y antes que yo me vaya camino de la muerte,
El abrirá las puertas de todos los misterios
con sus ojos ardientes.

Hombre del mundo, escucha el lejano rumor
de sus pasos que se oye cuando va a amanecer,
y mira su palabra en la santa humildad
del pan y de la miel.

Escúchalo venir en la inmensa inquietud
de nuestro corazón que no quiere morir,
y en el dolor del mundo que llora de hambre y sed,
contempla su perfil.

Con el pecho rasgado por la lanzada oscura,
la boca todavía húmeda por la hiel,
la corona de espinas sobre las sienes albas,
¡va a bajar de la cruz Jesús de Nazareth!

Nuestras noches son rojas, negros son nuestros días
¡Se están cumpliendo todas las santas profecías!
En este siglo de hambres, de guerras y de pestes
¿cómo no ven flotar su túnica celeste?

Yo ya siento venir sus palabras mejores,
en el surco, en el agua, en el pan, en las flores
en las buenas acciones y en las almas sencillas...
Y tengo mi pequeño corazón de rodillas.

Dicen las Escrituras que cuando Cristo vino
ninguno lo sintió pasar por el camino.
La gente lo miraba, y no lo conocía...
¡Estaba ciega, ciega, bajo la luz del día!

Hija mía, más suave que una caricia leve,
más pura y transparente que el agua de la nieve,
no quiero que tú puedas cerrar tus manos ante
su mano suplicante.

Porque puede llegar un día de tu vida,
día tedioso y largo sin angustia ni afán,
en que llegue a tu puerta un mendigo, y te pida
un pedazo de pan.

Y si tú en ese breve momento de tu vida,
te hallaras distraída
sin fijarte en su humilde mano abierta,
y sin oír las voces de tu corazón fiel,
volverías la cara, cerrarías la puerta
¡y podría ser EL!

LAS DEMÁS

Como un ciego, con estas manos tristes, estoy
palpando el calofrío de las cosas eternas.
A cuestas con mi fe, enardecido, voy
a solas internándome en mis propias cavernas,

¡Voy hallando los rastros de Dios! Ya lo adivino
por estas inquietudes que pasan por mi pecho.
Y tengo que callar porque el mundo es estrecho
para decir entero mi verso peregrino...

Ah! No tienen los hombres un idioma de fuego
para nombrar el alma que ya está despertando.
Yo solamente algunas rimas pobres entrego
¡las demás aquí dentro, Señor, me están quemando!

LOS MANTRAS

Tú no sabes, tal vez, que las palabras tienen
siete significados profundos y escondidos.
Sólo algunos poetas logran adivinar
lejanos resplandores de este secreto lírico.

El celeste evangelio de Budha, la Sagrada
Escritura, y las viejas páginas del Korán,
son pedrerías bajo siete llaves guardadas.
Hombre del mundo, aquieta tu vida y lo sabrás...

Hay sílabas sagradas que cuando se pronuncian
su resonancia enorme llega hasta el Más Allá.
Hay palabras que trepan desde tu boca triste,
por sus siete peldaños, hasta la eternidad.

Hay versos que desgarran los mundos invisibles;
estrofas que estremecen el sistema solar.
Hay palabras de Cristo, en que, como en el hueco
de un caracol, resuena toda la inmensidad.

Te lo dice un poeta que está a los pies de Dios.
Hombre del mundo, aquieta tu vida y lo sabrás.

EL CAMINANTE PERDIDO

Todo este mundo oscuro,
estas montañas, estas rosas, estos caminos,
no son más que un ensueño
que va desenvolviéndose ante nuestros sentidos.

Y los cuerpos son sombras
proyectadas por nuestros ardientes apetitos;
sombras que se estremecen
entre orgullos y lágrimas a los pies del destino.

Y la muerte es la única
puerta que se entreabre en este laberinto;
y ante esa puerta negra
el corazón de tierra solloza como un niño...

Yo creo que nosotros
somos los portadores de un secreto infinito,
y aquí en las sombras hemos
olvidado el mensaje y perdido el camino...

Llamo a mi corazón:
—Hermano corazón, ¿desde dónde venimos?
Y lo encuentro llorando...
¿Qué pasa? ¿Por qué llora? ¿Por qué llora, Dios mío?...

SALUDO AL DIA DE PRIMAVERA

Yo te saludo, día de Octubre que comienzas.
Que seas silencioso y profundo,
ebrio de horas intensas,
puñado de semilla derramado en el mundo!

Que todos los rosales que se planten hoy día
llenen de paz fragante al hombre que los mire,
y año a año florezcan, con ardiente porfía,
mientras la tierra gire...

Que los yunques resuenen con ardor tesonero
y el hierro se desgrane en roja chispería;
y que la pala del sepulturero
descanse hoy día.

Que los besos estallen con estruendo!
Y que sean fecundos esta clara mañana

los vientres de mujer que recojan ardiendo
la simiente humana.

Y que todas las manos adversarias
se reconcilien hoy para toda la vida;
y que las almas solitarias
hallen su senda escondida.

Que los versos que nazcan como espigas doradas
lleguen desbordados de claridad,
y que con alas desplegadas
entren a la eternidad.

Y después, ¡oh, día claro!, sigue tu ruta en pos
del tiempo, que es tu padre y tu enemigo.
Yo, poeta por la gracia de Dios,
te bendigo.

LOS NÚMEROS

Hay un número santo que alimenta la entraña
del átomo así como la del hondo universo;
un número que puede partir una montaña
como dar alas rubias al tembloroso verso...

Hay números sagrados, inmensos, enigmáticos;
números que sostienen el viejo firmamento.
En los enormes símbolos de los templos asiáticos
duermen estas verdades ocultas. Yo las siento.

Son números sonoros las notas musicales;
los colores del iris, números luminosos;
y números inmensos los signos zodiacales
que rigen nuestros días tristes y presurosos.

EL MENSAJE

Todas las almas traen un mensaje a la tierra,
pero al llegar lo pierden en este hervor sombrío;
yo, bajo los estruendos de estos aires de guerra
como todos, Señor, perdí también el mío...

Perdí también el mío! Pero lo he de encontrar
aunque sea partiéndome el pecho esperanzado;
arañando en mí mismo lo he de desenterrar
por encima del tiempo, más allá del pasado.

Por las selvas hirsutas nunca buscó una fiera
su presa como yo voy buscando la mía.
Frente a la eternidad, mi alma es una pantera
que aulla a las estrellas toda su rebeldía!

KARMA

Es cuerda que trenzamos con nuestra propia vida.
Y es eterna. No sabe esta boca que besa
que al ritmo de una ley dulce y desconocida,
al través de los siglos, ese beso regresa...

Cada palabra tuya es un grano de trigo
que siembra en su heredad tu corazón eterno.
Siembra maravillosa que tú llevas contigo
al través de los siete círculos del infierno.

Pero tu alma no ha roto el misterio insondable.
Hombre del mundo, sueña tus sueños. Es temprano.
Todavía no escuchas la voz inexorable
que te dice:—Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?

Pero despertarás. Entre la sombra, espera,
que no hay vida fugaz ni caminito estrecho.
¡Si el criminal, borracho con la sangre, supiera
que un dios de ojos azules va dormido en su pecho!

Un año de inquietud

A LA TIERRA

¡Oh, tierra, yo no temo entregarte mis huesos!
Cuando llegue la tarde postrera, y en mi frente
reciba la pasión de los últimos besos
yo bajaré a tu obscuro reino, confiadamente.

Entonces será tuyo este mi cuerpo fuerte
con el que estreché a tantas mujeres adoradas,
y emprendí las más locas guerras contra la suerte
¡y triunfé por encima de un millón de emboscadas!

Aun conservaré el pecho fragante por las crueles
caricias de los fieros amores aturdidos,
y la boca estará llameante por las mieles
que le fueron dejando los vasos encendidos.

La cabellera ardiente llena de rebeldías,
la frente ya alumbrada por la inmortalidad,
las pupilas opacas y las manos vacías...
¡vacías, pero abiertas ante la eternidad!

Así yo he de bajar hasta tu reino obscuro
así me entregaré a tu callado imperio,

y así me han de encontrar, frente a frente al futuro,
el otoño, la niebla, la luna y el misterio.

De mi frente harás pétalos para lejanas rosas;
de mis manos harás oro de espigas puras,
y de mi corazón, raíces poderosas
que puedan nutrir siete primaveras futuras!

LECCIÓN

—¡Chiquillos, es hermosa la vida!—yo les grito
al entrar a la casa. Ellos ríen. Yo tomo
al más pequeño en brazos, y lo levanto como
si entregara una ofrenda al infinito.

La risa de los niños llena todo el ambiente.
En tanto que como una bandera enardecida,
mi palabra flamea, loca y soberbiamente
por la casa: ¡Chiquillos, es hermosa la vida!

UNA NOCHE

Una noche, en un teatro pobre, donde sonaba
una charanga triste, viví toda mi vida.
Entre almas miserables supe que ella me amaba,
y en la sombra besé su mano estremecida.

Fué un instante, una ráfaga... Mi vida vagabunda
fué llamarada y vértigo en sus manos morenas;

desde entonces un cielo de ternura me inunda
y vivo derrochando belleza a manos llenas.

Llevo dentro de mí todo lo que idolatro;
para mi juventud el porvenir no existe;
viví toda mi vida una noche, en un teatro
pobre, donde sonaba una charanga triste...

UN SUEÑO

El nene estaba enfermo... ¡Qué largo y lento el día!
¡Qué pobres el paisaje y la luz! Parecía
que en la casa, un gran viento de alas torvas y obscuras
había envenenado mis últimas ternuras.
El extraño crujido de los muebles, los lentos
suspiros, las miradas inquietas, los momentos
de silencio y de espera, todo tenía un dejo
de abatimiento y duda. En la alcoba, el espejo
recogía las últimas claridades del día.

* * *

¡La boquita de rosa ya no me sonreía!
y las manos de luna no jugaban como antes
con mis cabellos... Mudo, las pupilas errantes,
la cabeza rendida sobre la blanca almohada,
dormía. Mi tristeza, dulce hoguera sagrada,
temblaba. Las postreras rosas de aquel verano
morían un vaso bellamente. Un lejano

murmullo que venía del campo, con serena
y sencilla emoción, mecía nuestra pena...

* * *

Fué la primera tarde que unos brazos pequeños
no me abrazaron trémulos, y unos labios risueños
no se apretaron, locos, con los míos.
—El nene,—
me dijo ella,—está enfermo... yo no sé lo que tiene.
¿Estaba enfermo el nene que era dueño del mundo?
¿El que con sus manitas curaba mi fecundo
corazón, de las grietas que le abriera la vida?
¿El alegre cachorro de mi ardiente guarida?
¿La flor que dió mi vida recia y batalladora?
¿El verso más perfecto de mi fe vencedora?

* * *

Si el niño estaba enfermo, Jesús no lo sabría...
Salí. Ya el campo estaba casi en la sombra. Fría;
sin estrellas, la noche inundaba el paisaje.
El viento obscuro estaba dormido en el ramaje.

Pregunté en un rosal a las rosas curiosas:
—¿Habéis visto pasar a Jesús?...—Y las rosas
nada me respondieron. Y a la roca desnuda:
—¿Habéis visto al Maestro?—Y ella se quedó muda.
Le pregunté a la senda ondulante y dorada:
—¿No pasó por aquí?—Y no contestó nada...
Y me dirigí al viento fragante y armonioso,
y el viento de la noche se quedó silencioso.

Seguí andando en la noche, Trepé por la montaña,
crucé los llanos suaves y las selvas hurañas,
subí roca por roca de cada cuesta brava,
bajé al fondo del mar. El maestro no estaba.

Ensangrentado y solo volví a casa. Traía
dentro del corazón un charco de sombría
inquietud. En la alcoba había luz de luna.
Era Jesús que estaba de pie junto a la cuna.
—¡Maestro!—murmuré.—¿Vos aquí? Os he buscado
por los cuatro horizontes y no os he encontrado.

Y Jesús levantando con humildad su frente
de donde parecía caer la luz de luna,
me respondió sonriendo melancólicamente:
—Puesto que tú no estabas vine a mecer la cuna...

Yo lo comprendí todo, y doblé la cabeza.
—¿Pero qué tiene el niño, Señor?—le pregunté.
Y El me respondió: Nada... Un poco de tristeza
porque a su lado viven hombres de poca fe...

LA LUNA SE ENOJA

Duérmete mi nene,
porque el cuco viene...

Cierra los ojitos, mi desobediente!
Con versos humildes, te mezco tu cuna;
no seas porfiado, que seguramente
por no distraerte no sale la luna.

Ya es tarde. En el bosque el lobo maldito
buscará a la pobre Caperusa Roja
y si no te duermes lueguito, lueguito
la luna se enoja.

OTOÑO

¡Otoño claro! Lírica fortuna
de tus poetas y tus golondrinas,
ya empiezas a dorar, una por una,
tus uvas cristalinas.

Mi corazón te espera
para beber tu niebla desolada,
y emborracharse con el agua helada
que caiga en la primera
lluvia de la otoñada.

¿DÓNDE?

¿Dónde estás que abandonas con tan leve
ademán tu tesoro transparente
en nuestras manos de mendigos? Nieve
azul, ala de bronce, rosa ardiente...

Nosotros recibimos en el ala
de nuestro corazón tu ofrenda pura,
y volvemos al mundo por la escala
sutil de la armonía y la locura.

Y aunque a ti te debemos los supremos
bienes ¡oh, cielo lírico y profundo!
como Judas a Cristo te vendemos
entregándote al mundo...

PERO ESO NADA IMPORTA....

Esos pobres poetas anónimos, que escriben
en versos desolados sus dolores obscuros,
y que en los barrios tristes y populares viven
con la hoguera ilusoria de los triunfos futuros;

esos pobres poetas anónimos, que luchan
y sueñan, son los únicos verdaderos... Yo sé
que ellos sienten el alma de las cosas, escuchan
la vida, y son felices de verdad. Tienen fe...

Tal vez sus versos sean fríos, tal vez no tengan
esa chispa innombrable de gracia y de ternura;
pero serán poetas grandes, mientras mantengan
la fe, como una antorcha, sobre cada amargura.

Tal vez sus manos nunca acaricien las manos
del enigma, que entrega el último por qué,
tal vez caigan vencidos en los charcos humanos,
tal vez no vean nunca los caminos lejanos,
pero eso nada importa. ¡Ellos tuvieron fe!

SÚPLICA

No comprenden, no comprenden...
Lo ven todo frío, frío.
Sus miradas no se encienden.
¿Que ya están muertos, Dios mío?

Ven abiertas sus heridas,
ven dispersos los despojos
de sus pasiones perdidas
¡y quedan secos sus ojos!

Caen, se arrastran. La cruz
abre sus brazos ardientes
y no pasa ni una luz
por sus frentes!

Ven a los niños desnudos
bajo sus tribulaciones
¡y no se parten sus rudos
corazones!

Ven a los pobres morir
bajo el agua, bajo el viento,
y no consiguen sentir
ni un vago remordimiento!

Tú, que eres pan, lumbre y techo
día rubio y ala loca,

¿por qué les formaste el pecho
de roca?
Están ebrios. Ya no escuchan
tus palabras austeras.
Están sordos. Luchan, luchan
como fieras.

Sus palabras son sombrías,
sus acciones traicioneras,
¡tú no los conocerías
si volvieras!

El odio se enrosca altivo
por sobre sus almas mudas.
¡Veinte siglos que está vivo
Judas!

Vuelve, Señor. Solamente
tu palabra estremecida
los llevará a las vertientes
de la vida.

Vuelve, Señor. Nos darás
tus perdones, tus cariños...
Vuelve, Señor. Tú lo harás
por los niños.

LA ALEGRÍA PROFUNDA

Yo he venido a la tierra a cantar la alegría,
la alegría profunda y seria de las cosas.
El hombre es triste, pero es tan alegre el día
y son tan delicadamente alegres las rosas.

A veces la tristeza me da a beber su vino,
pero yo, no por esta pequeña pena mía,
voy a cerrar los ojos y a perder el camino...
En la noche celeste mi corazón divino
recoge, como un poco de luna, su alegría...

EN PLENA CARRETERA

Deja apretar tu breve corazón con el mío
para que se levanten los dos en una hoguera,
que yo te he de enseñar, mi cachorro bravío,
a desplegar tu vida tal como una bandera!

Si vienen penas, vengan... ¡Y, arriba corazón!
Si llega la alegría, cógela toda entera,
que te he dado, chiquillo, esta zarpa de león,
para asaltar la vida y quitarle el zurrón
peleando pecho a pecho, en plena carretera...

COPLAS

Este cielo profundo de noche de verano
con su millón de estrellas palpitantes, me evoca
un arrabal ardiente, un cariño lejano,
una canción canalla, un vértigo, una boca...

«No se me olvida cuando en tus brazos» ...—decía
la canción callejera allá en la trasnochada.
Todo era amor y vino y carne y alegría
en la sensualidad de la noche caldeada.

Las calles encendidas de entusiasmo y de risa.
Borrachos, militares, prostitutas... ¡Salud!
Una copa y un beso. Hay que vivir de prisa
porque nos marcharemos muy pronto, juventud...

Y fué verdad... Muy pronto! No esperamos en vano
¡Oh, mi loca bohemia tan ardiente y tan viva!
Deja estrechar por última vez tu pequeña mano
que ya la juventud se marcha calle arriba
con sus claras mujeres y su vino lejano...

FRANJA DE LUTO

Ayer murió el enfermo de la casa del lado.
Hoy sacaron la caja entre un grupo curioso
de mujeres y niños... Bajo el día nublado
a calle tuvo un largo momento doloroso.

. Los cuatro cirios tristes ardían todavía,
cuando en la esquina un viejo organillo embrujado
rompió con una música de juerga y de alegría,
revolviendo mil cosas alegres del pasado!

Música de arrabal, de vino y trasnochada
entre las gasas negras y los cirios y el llanto.
Carcajada de fiesta en la casa enlutada.
Copa de vino rojo volcada en el quebranto.

Las notas han venido y me han emborrachado
con lágrimas y vino este día brumoso.
Ayer murió el enfermo de la casa del lado
y hoy sacaron la caja entre un grupo curioso...

FUENTE SIN AGUA Y ESTRELLAS

Hace cien días que mi corazón
no ha dicho unas palabras de belleza.
Está seco y callado
como fuente sin agua y sin estrellas.

Hace cien días que mi corazón
no ha sentido el placer robusto y claro
de romperse en un río de ternura
y volcarse en los astros.

¡Oh, Santa gracia de decir bellezas
cómo nos hace buenos!
Parece que nos crecen

alas blancas por dentro,
y para que revuelen locamente
les abre el corazón todo su cielo.

¡Cuánto rencor se cura con un verso!
Cuánta duda torcida
se desvanece con el fuego puro
de una estrofa sencilla!

¡Oh, Poesía! Ante tus ojos claros
todos los hombres son
niños que necesitan que los mezcas
entre las alas de tu corazón.

LA ANTIGUA CRIADA

Alta, arrugada, seca... Es un palo de leña viviente, que trabaja día a día, cien años. A su lado sonríe la quietud lugareña, y suenan las campanas y pasan los rebaños...

Durante cuarenta años fué santa cocinera de mi abuela. Su nombre me sabe a huerto, a casa antigua, a la larga siesta, a muerta primavera, a canción de colegio que sollozando pasa...

Buena vieja sencilla! Ninguno creería viéndote, que tu solo recuerdo en mí levanta un revuelto huracán de antigua poesía, ¡toda la poesía de aquella vida santa!

En el último extremo del poblacho, vegeta
con un perro, tres gatos y catorce gallinas,
y tiene un evangélico corazón de poeta
cuando mira, en la tarde, pasar las golondrinas...

Ah! Qué buenas almendras y duraznos me daba
cuando yo, por las tardes, iba a ver a la abuela.
—Hoy hizo la cimarra otra vez!—y exclamaba:
—Este don Danielito que nunca va a la escuela!

Es verdad que yo no iba casi nunca al colegio,
que me gustaba más el cerro, el viento, el río...
el sol tan fabuloso y el paisaje tan regio,
¡todo eso que era mío, profundamente mío!

Es verdad, buena vieja, es verdad. Pero ahora
este don Danielito ha crecido, ha luchado,
se ha hecho hombre. La vida, con la maña traidora
de un ladrón de camino, mil veces lo ha asaltado...

Ha sabido trepar solo, y ha conocido
lo que es esta batalla del mendrugo de pan;
y hoy contempla sonriendo, un poco entristecido,
cómo todas las cosas adoradas se van...

Y con una fe de héroe cierra los ojos, toma
en sus manos el pobre bordón de peregrino,
y aunque el alba bendita todavía no asoma,
se echa, loco de luna, a andar por el camino...

¿A dónde va? Quién sabe... Harto poco se sabe
de esta vida que un día se tendrá que apagar.
El misterio se extiende inmenso, obscuro, grave,
y el alma loca quiere explorar, explorar...

¡Explorar! que la duda no nos clave su garra.
El chiquillo que ayer iba a ver a la abuela
ya no hará, buena vieja, nunca más la cimarra.
¡Ahora sí que va en camino a la escuela!

LA VENTANA DEL TALLER

Las horas de trabajo
revientan mis coplas claras,
cuando todas las bellezas
no me caben en el alma.

¡Ah! la inmensa, la profunda
poesía del martillo,
con sus odios, sus arranques,
sus protestas, sus quejidos...

Bajo la blusa los versos
nacen mucho más intensos,
y se encienden en las chispas
de los yunques tesoneros.

Y las frentes fatigadas
hallan en las rimas pobres,
actitudes y ademanes
rudos y batalladores.

La ventana del taller
muestra un paisaje sencillo,
y endulza esta poesía
agria como un alarido.

Yo te quiero, poesía,
de huelgas y de arrabales,
y te echo al mundo solita,
pobre como mis cantares.

Acaso nadie te quiera
porque eres del barrio bajo;
acaso nadie te quiera...
¡pero yo te quiero tanto!

LA CASA

Con rocas de pasiones y de ensueños
alzaremos la casa.
¡Junto al camino se erguirá ante el día
eternamente rumorosa de agua!

Nuestra fe ruda servirá de asiento
a sus altas murallas,
y así la pesadumbre de los siglos
no logrará cansarlas.

Las finas golondrinas femeninas
tocarán con sus alas,
las almenas románticas, dejándole
gracias de vuelo y de añoranza.

Labraremos sus piedras una a una
en las tardes doradas,
con estas manos que luchando esperan
como desesperadas!

¡Será nave, remanso,
nido, bandera y fábula!

En su techumbre sentirá el contacto
de las estrellas claras,
y sus cimientos beberán la savia
de los rosales en las noches diáfanas.

Los peregrinos tocarán la puerta
y entrarán a la casa
trayéndonos ruido
del mundo en sus sandalias!

Nosotros le daremos nuestro pan,
nuestra alegría, nuestro sol, nuestra agua,
y ellos nos mirarán agradecidos
devolviéndonos todo en la mirada...

¡Será rosa de luna, fortaleza,
mano tendida al caminante, ráfaga!

Oh, casa mía! El ciego te verá
y gritará:—Milagro. ¡Veo! ¡Veo!...
pero al volver los ojos a otro lado
sentirá que está ciego...

Y ante todo mi casa, serás roca,
trinchera, púa, hierro!
rincón inexpugnable,
foso ancho de veneno!
barrera indestructible,
persistente silencio,
obstáculo insalvable
y límite de fuego,
contra las vanidades de la tierra,
contra la multitud, contra su estruendo,
contra los hombres, contra sus banderas,
contra sus manos de ademán plebeyo,
contra sus odios, contra sus trabajos,
contra sus bríos, contra sus ensueños!

No tendrás una grieta
por donde pueda penetrar el viento
de una palabra frívola...

No te hallarán un hueco
en donde logre acomodarse el lodo
de un torcido y obscuro pensamiento...

Tus ventanas serán ojos cerrados,
tus puertas serán labios en silencio,
¡y tus murallas, diques que contengan
el mar de mi silencio!

Casa mía, techumbre de ternuras,
remanso tembloroso de luceros,
albergue de las lágrimas mejores,

recodo de olvidanza y de misterio,
alma en donde despiertan
las palabras de fuego,
imperio de la luna,
límite azul del cielo;
confidente celeste de la tarde,
hoguera de fragantes pensamientos...

Casa mía, defiéndeme
del estruendo del mundo. Yo no quiero
que las manos humanas
penetren en mi huerto;
no quiero elogios, glorias ni placeres,
yo sólo quiero un poco de silencio...

Y el único contacto que tendré
con los hombres, será cuando en mi huerto
le entregue a un mendigo
el agua cristalina y el pan fresco,
y unas cuantas palabras de verdad
para su pobre corazón sin cielo...

LA PRIMERA LECCION

Frente a la gran pizarra de madera
mi hija está sentada.
Yo con la tiza entre las manos, libro
una ardiente batalla,
y no me atrevo a pronunciar ante ella
la primera palabra.

Sólo Dios, construyendo el universo
con estrellas y lágrimas,
fué más grande que yo, en la eternidad
de esta hora sagrada
en que voy a dejar caer, a solas,
la primera enseñanza
sobre un corazón puro y simple como
el agua, el pan y el alba...

La frase más sencilla que mi mano
escriba en la pizarra,
penetrará en su espíritu desnudo
tal como una estocada
para toda la vida...
¡Y no podrán borrarla
ni los rencores, ni el amor, ni el tiempo,
ni los hombres ni nada!

Lo que yo diga será para ella
verdad íntegra y clara,
y todo el universo en este instante
ha de moverse para
hacer más grande su fe grande en esta
mi primera palabra.
Leyes tan poderosas y precisas
como el mundo, trabajan
dentro de su gracioso cuerpecito
para que ella reciba mi enseñanza
con esa plenitud con que reciben
el sol las buenas plantas.

Tengo en mis manos el poder más grande!
Una inmensa palanca
apoyada en la roca eterna y viva
de las fuerzas atávicas.

Yo voy a hablar. Mi hija
va a recoger en su alma
el primer dogma que yo quiera darle.
Inexorablemente, Dios lo manda.

¿Quién tuvo entre sus manos
una gracia más santa?
¿Qué poder más radiante que el poder
de ir dibujándole el perfil del alma?

¿Qué emperador del mundo,
gobernando por mares y comarcas,
pudo, tal como yo en este momento,
llenar un corazón de locas hadas?...

¿El amor? Oh, chiquillo rubio y cruel,
eres omnipotente, pero pasas...
Y otro flechero, como tú vendado,
borrará, riendo, en juegos, tus palabras...

Y mi lección no la borrará nadie!
Yo moriré. La tierra fría y santa
recogerá mis huesos y mis sueños,
mi pobre voz se perderá en la nada,
quedará todo hecho un montón de barro...

Pero no rías tú, flechero; aguarda.
Voy a decir lo enorme!
Oye, flechero, cabecita mala...
Oye la voz de Jesucristo, ardiendo
en mis labios como una tea clara;
—Podrán pasar los cielos y la tierra
pero no mis palabras!

Voy a entregar una verdad a un niño;
y la eternidad trágica
guardará en sus anales
mi voz como una lámpara sagrada.

Voy a entregar una verdad a un niño!
Oye, flechero de la faz vendada,
mi flecha entró en su corazón, llameando.
Dios la encendió en la fragua
donde forja luceros,
para que yo a sus pies la disparara.

Yo voy a hablar. Mi hija está esperando.
Mientras tanto, a mi espalda,
el universo inexorable y ciego
empuja mis palabras!

YO NO...

Ve a recorrer el mundo, hermano, pero
déjame en mi rincón,
bajo la santa gracia de de este alero
que es estrella y canción.

Yo te veré partir con alegría,
y tendré para ti
un pensamiento noble cada día,
pero déjame aquí.

Entrégate a las rutas infinitas
que el hombre, triste, abrió.
Vivirás, gozarás... Tú necesitas
ver el mundo. Yo no.

Y mientras tu te entregues a tu ardiente
vida de luz y horror,
yo quedaré explorando heroicamente
mi universo interior.

Verás pueblos de ayer, tumbas de reyes,
desaliento ancestral;
yo beberé las inmutables leyes
del mar universal.

La ciencia te dará su fe perdida,
el arte su oro en flor;
yo tendré las raíces de la vida,
la muerte y el amor.

Gozarás la sutil dicha compleja
del mundo occidental;
yo cultivaré el árbol de la vieja
ciencia del bien y el mal.

Y mientras tú prosigas tu camino
de la alegría en pos,
yo quedaré forjando mi destino
aquí, a los pies de Dios.

Pero... Ah! Cuando volvamos a encontrarnos
cara a cara, tú y yo;
y a los ojos volvamos a mirarnos,
tú ignorarás ¡yo no!

Ah! Cuando nos veamos en la playa ardiente
que nadie vió,
mudos eternos, solos, frente a frente,
tu temblarás ¡yo no!

Y ante la inevitable y larga vía
que el mundo no esperó,
tú verás que tu mano está vacía,
y llorarás ¡yo no!

FRAY LUIS DE LEÓN

Viejo poeta solitario, quiero
descansar en tu verso cristalino,
volver a la quietud del viejo alero,
¡y recoger tu corazón divino!
Dame para mis fiebres de viajero
tu pan moreno y tu sabroso vino,
que yo recibiré como una ofrenda
la suave paz de la escondida senda.

Este siglo que tú no conociste
pesa en el corazón como una carga;
tú, maestro romántico, te fuiste
y la tierra quedó seca y amarga...
La ilusión niña se durmió muy triste
en esta espera demasiado larga,
sin poder encontrar bajo su tienda
la fresca paz de la escondida senda.

Creyeron que mi fe dura y quemante
era tan sólo juventud vacía,
y juzgaron mi verso delirante
gavilla seca y vanidad tardía...
Esta tristeza noble y desafiante,
breve y superficial melancolía,
y una infantil y lírica leyenda
la clara paz de la escondida senda.

Esperan que en las sombras del futuro
se apague esta mi llama silenciosa,
como el latido suave e inseguro
de una estrellita débil y armoniosa
que parece, en el ancho cielo obscuro,
que va a apagarse cada noche umbrosa...
Esperan que en mi alma no se encienda
la mansa paz de la escondida senda.

Tú lo sabes, maestro, esto no acaba;
maestro, esto es eterno, tú lo sabes;
¡hay mucho hierro, hay mucha roca brava
bajo las amorosas voces suaves!

¡Es reina de almas que habla como esclava!
Son montañas que tienen alas de ave!
¡Es Cristo, Cristo que se nos ofrenda
hecho humildad, en la escondida senda!

DEL DESTIERRO

Tú me mandaste, Señor, que viniera.
Yo obedecí tu mandato.
Y aquí me tienes en este recodo
tristes los ojos, vacías las manos.

No amo, Señor, esta tierra reseca,
ni amo a estos hombres extraños,
no quiero su arrimo, no iré por sus rutas,
ni buscaré en sus cavernas amparo.

Yo no he mamado, Señor, de su leche.
¡Soy de otro cercado!
¡Les moveré guerra a sangre y a fuego
ya que a esta vera tú me has arrojado!

Me siento hermano de leones y de águilas,
de las panteras hermano,
pero entre ellos me siento extranjero
¡mi corazón es un pobre emigrado!

Sé que he venido, Señor, de otra parte...
Este lenguaje en que te hablo
no es mi lenguaje, Señor, lo conozco
en estos versos con pólvora y llanto...

No es el orgullo, Señor; tú me hiciste
el corazón de otro barro;
al escribir estos versos de guerra
voy recordando mi idioma olvidado.

Tú me mandaste, Señor, que viniera.
Ya que seguí tu mandato.
déjame ir solo, que pierda el sendero,
y que me encuentre la luna extraviado...

Estas ardientes palabras que digo
deben tener otro significado;
pues yo les hablo, les ruego, les grito,
y ellos se quedan callados, callados...

Y aquí me tienes en este recodo
tristes los ojos, vacías las manos.
Sé que he venido, Señor, de otra parte...
¡Soy de otro cercado!

VASO DE HIERRO

Toda esta poderosa poesía
de mirar el misterio, es dura y negra.
No entra en pechos débiles. Es vaso
de hierro, que contiene vino amargo
que en silencio bebemos
los hombres solitarios.

Es tesoro tan sólo para aquellos
acostumbrados a pensar en sombra,
en las inmensas tardes religiosas,
mientras que por los cielos van armándose,
estrella por estrella,
tímidamente las constelaciones.

Mirar la frente de color de tierra
de un muerto idolatrado,
hundirse allá en las noches taciturnas
por las montañas ásperas,
y ver el fondo de los ojos santos
que lloran por nosotros,
es asomarse a tres ventanas negras
que se abren hacia Dios...

Después se vuelve al mundo
con tres enigmas dentro.
Uno en la frente, con los pensamientos
que, en hoguera, crepitan.
Otro en el pecho, con las sensaciones
sin nombre, enloquecidas.
Y otro en la boca, con las balbuceantes
palabras sin sentido.

Ya no es posible deleitar el cuerpo
con mieles y lisonjas.
El pebetero ya no tiene aromas
para nuestro sentido,
y el humo perfumado
sube y dibuja enigmas en el aire.

Oh, poeta romántico! Ya sé
que esta no es poesía.
Estos son alaridos
que el corazón atónito
arroja en la jornada.

Caminante extraviado en la noche sin luna,
nombra a los dulces seres
que le amaron un día.

Nombres que murmurados en la noche
hacen, desde la sombra,
profunda compañía.

Es que para mi obscuro corazón
pasó el minuto de pulir acrósticos.
Yo sólo siento la belleza trágica
del hombre que se para
a mirar el destino
nel mezzo del cammin di nostra vita.

II

Estamos a las puertas
de lo desconocido.
Vienen rumores desde el infinito
como un oleaje obscuro
que apenas percibimos.
Yo no quiero bellezas, quiero sólo
percibir un relámpago de aquello...
En estos versos yo no busco formas
radiantes y armoniosas.

En estos versos yo batallo a solas
contra mí mismo, enloquecidamente,
con la esperanza de arrancarme un grito
que sea la primera
palabra de ese idioma
que se sospecha cuando la ternura
ya no nos cabe dentro.

Estos mis versos son batallas áridas,
arremetidas trágicas
que yo emprendo hacia el cielo
o hacia mi corazón.

Guerrero de lo eterno,
he perdido el camino,
y voy por entre breñas,
y entre fantasmas, no se adonde, triste...
Las cosas de la tierra
ya no tienen sentido para mi alma.
Yo soy un extranjero
que no sabe el idioma de estos hombres,
y no sé quién me espera
en no sé cuál estrella...

Las rosas y las lágrimas
me recuerdan alguna cosa mía,
algo que yo he vivido en otra parte...

¡Porque yo he vivido antes!
No es fe mezquina y frívola
en dogmas de los hombres.

Es otro sentimiento obscuro y áspero
que me desgarra el pecho,
y que yo no podré decir jamás
con estas estruendosas
palabras tan heladas y vacías.

Ah, tragedia soberbia
del alma que se yergue entre las sombras
como un águila herida
volando por los cielos de la noche!

III

Cuando arrullo a mis hijos
en las noches profundas,
antes que ellos se aduerme el alma mía,
y descansa, la altiva.

El sueño de los niños
es su única almohada.
Hombre de corazón obscuro, no hagáis ruido.
En estas delicadas criaturas
que recién llegan a este mundo estrecho,
yo vislumbro miradas
que vienen de otro lado...

Y permanezco a solas,
en silencio, con ellos,
como atónitos náufragos
arrojados en esta playa negra,
agrupados en torno
de no sé qué recuerdo que nos une!

Ellos en la mirada
me preguntan, Dios mío!

Yo estrecho sus fragantes cuerpecitos
contra mi pecho en sombra...
Y salgo hacia la vida
como un tigre que deja a los cachorros
en la caverna oculta
y se lanza a la selva
a buscar una presa.

¿Cómo arañar la tierra del misterio
para arrancarle un resplandor que pueda
darles todo el sentido de la vida?

Ah. ¡Yo marcho a buscar esa respuesta
lejos de los placeres de los hombres,
más allá de las cosas de la tierra,
por encima del límite del alma.
Así voy, mudo y solo,
camino de la muerte!!!

TETE

¡Kika, qué vergüenza! ¡Teté, qué fracaso
El papá les gana, les gana a jugar.
Ustedes no saben hacer carretones
ni vestir al perro, ni cortar adobes
y no han aprendido a trepar el nogal...

Kika, yo te llevo por veintidós años,
pero te resulto más chiquillo yo...
Esta tardecita profunda de otoño
es indispensable que el Teté y la Kika
¡hagan la cimarra con mi corazón!

Son los silabarios unas tonterías
que se han inventado para que el Teté
invariablemente ponga mala cara
cuando se le dice tres veces seguidas
que siempre confunde la *d* con la *b*...

A ver quien se mete primero en la pila.
¡Fuera las sandalias señor don Teté!
¡El cielo celeste se metió en el agua
y ha de romper este cielito celeste
el que entre primero la punta del pie...

La Kika se atrasa muchísimo. El perro
teme al agua fría. ¡El Teté ganó!
¡Roto entre sus plantas el cielo celeste
y para la alegre cabecita altiva
su penacho de agua le da el surtidor!

Ven para estrecharte, Teté, mi cachorro,
junta tu pechazo con mi corazón,
que se estrellen, firmes, tu fe con la mía,
para que mañana cuando yo me vaya
te quedes, chiquillo, dueño de las dos!

Inédita

VERSOS PARA MI MADRE

Yo me entregué a la vida con el alma aturdida
por tu beso profundo,
y me dijo la vida
que tu beso no tiene sentido en este mundo!

Que cada vez que luchen la garra y el ensueño,
la garra vencerá inevitablemente;
sobre todo lo grande estará lo pequeño,
¡y la zarpa bestial sobre la dulce frente!

¿Alas para la altura? Rodarán bajo el lodo.
¿Idolatrías nobles? Serán desconocidas.
Así termina todo;
¡Los guijarros triunfantes y las rosas vencidas!

Esa es mi vida, madre, y cambiarla no quiero,
que está mi suerte echada, mi ruta decidida.
Un dios de ojos azules clavado en el madero,
símbolo de mi vida...

Y esto es lo más hermoso de mi. Todo este afán
de marchar a lo horrible y no retroceder.
Buscar puesto en las filas de los que caerán,
y jugarse la vida por lo que no ha de ser...

Y en esta guerra a muerte he de caer rendido.
Los ojos distraídos ya no querrán mirar,
y apagará su llama mi pecho adolorido,
el que frente a la muerte no se supo turbar.

Madre, tu cerrarás los ojos a tu hijo,
encenderás los cirios en la estancia dormida,
y cuando entre mis manos pongas el crucifijo,
¡muerto sostendré el símbolo tremendo de mi vida!

INDICE

La música que pasa

	Pág.
Ofrenda a Jesús	9
Ya se va la Farándula	11
In memoriam	13
Miserere sentimental	16
Devotamente a ti	18
¿Te quemarás también?	19
A una física	20

Vida de Artistas

Motivo segundo	23
Motivo tercero	25
Motivo séptimo	28
Populachera	30
A Federico Mistral	37
Rondeles de pasión	40
Un grito en la sombra	41
En la redacción	43
A la hermana ausente	43
Obsesión	47
Otoño	48

Claridad

Aquello	50
Velando tu sueño	50
Misterio	55
La puerta	56
Solo conmigo	57

Págs.

Mi padre ... 58
El sol después de la primera lluvia ... 61
El niño de la vida ... 62
In Memoriam ... 64
Los Vientos de la Otoñada ... 67
Tema tercero ... 67
Tema cuarto ... 68
Tema sexto ... 70
Tema séptimo ... 72
Mi vecindario ... 74
Juventud ... 75
La verdad ... 77
Mi alma ... 78
Los pequeños temas ... 78
Estas cuatro murallas ... 80
Confesión ... 81

Los Momentos

Los momentos eternos ... 82
Mi vida ... 84
Mi corazón ... 86
Sophia ... 88
El Sermón de la Montaña ... 90
El tesoro ... 93
Ya se fué la abuelita ... 94
Plegaria ... 96
El Santuario de la Montaña ... 97
María Agustina Rebeca ... 98
Apuntes Líricos ... 100
Las manos ... 102
Rayito de luna ... 104
Los momentos serenos ... 107
Las huellas del Maestro ... 109
La Frontera ... 110
Y alzó la copa bajo las estrellas ... 111
Mi casa ... 115
Remember ... 116
Un pequeño recuerdo ... 117
Las alas ... 120
Momentos íntimos ... 121
Los momentos líricos ... 123
Los momentos visionarios ... 133

Págs.

Los momentos fugaces ... 137
Los momentos fraternales ... 148
El medallón de oro ... 149
El niño que enloqueció de amor ... 150

Las Montañas Ardientes

Las palabras ... 152
Frente al sol ... 152
El pequeño universo ... 155
Ambición ... 156
Pequeña profecía ... 157
La oración del alba ... 158
Cuando tú llegues ... 159
Ternura ... 163
Rimas ... 164
Inmortalidad ... 165
Horas ... 167
Mi torre ... 168
Hans Welt ... 169
A la Naturaleza ... 171
Himno ... 174
Romance III. El comedor ... 177
IV. La Ramada ... 179
V. El caballo del cartero ... 180
VI. Agua del alba ... 181
El Poeta ... 183
Canto segundo: La tierra ... 183
Canto tercero: El agua ... 185
La pesca milagrosa ... 188
La escala ... 189
Instantes ... 191
Menade. Tragedia ... 196

Los Horizontes

María Magdalena ... 234
Ella ... 235
Súplica por el niño ausente ... 240
La víspera ... 241
Mis versos ... 243
Espera ... 246
Los demás ... 248

Págs.

Los mantras 248
El caminante perdido 249
Saludo al día de Primavera 250
Los números 251
El mensaje 252

Un año de inquietud

A la tierra 254
Lección 255
Una noche 255
Un sueño 256
La luna se enoja 258
Otoño 259
¿Dónde? 259
Pero eso nada importa 260
Súplica 261
La alegría profunda 263
En plena carretera 263
Coplas 264
Franja de luto 264
Fuente sin agua y estrellas 265
La antigua criada 266
La ventana del taller 268
La casa 269
La primera lección 272
Yo no... 275
Fray Luis de León 277
Del destierro 279
Vaso de hierro 280
Tete 285
Tardecita 287
Los huéspedes 288

Dispersas

A la ciudad de Santiago 293
Nuestros días 297
Retrato 299
Oriente 303
Post Scriptum 305

Inédita

Versos para mi madre 307